

BOLETIN
DEL
INSTITUTO DUARTIANO



Año V

Enero-Diciembre 1973

No. 9

SANTO DOMINGO,
Republica Dominicana.

El Instituto Duarteiano es un organismo de carácter oficial dedicado al estudio y difusión de Duarte y de cuantos temas se relacionen con el Fundador de la República.

La intención del Instituto Duarteiano no se agota en la muy importante finalidad de ofrecer conocimientos históricos. Siendo la vida de Duarte un ejemplo de virtud heroico y de puro amor a la Patria, el Instituto Duarteiano persigue esencialmente, al divulgar a Duarte, el perfeccionamiento moral del pueblo dominicano.

BOLETIN
DEL
INSTITUTO DUARTIANO

Dirección y Redacción a cargo
del Presidente
y del Secretario

DONACION DE LA
BIBLIOTECA DEL PROF.
ENRIQUE PATIN VELOZ
IN MEMORIAN

Año V

Enero-Dicembre 1973

No. 9

I N D I C E

NOTICIAS

Acto en Los Llanos

Donación de un documento 5

ALOCUCION DEL PRESIDENTE DEL ID 7

DOMINGO O. BERGES BORDAS

Discurso de ingreso al Instituto 11

ENRIQUE PATIN VELOZ

Discurso de contestación 21

GEORGE LOCKWARD

Duarte, hombre de fe 28

MARIANO LEBRON SAVIÑON

Pedestal para un héroe 41

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Duarte, el Magnificador 75

VETILIO ALFAU DURAN

En torno a la supuesta descendencia de Duarte 76

JUAN JIMENEZ DE LA ROSA

Comunicación al Instituto Duartiano 80

Informe sobre Duarte en Río Negro 84

Informe sobre homenaje a Duarte en Río Negro 92

Apéndice sobre el centenario de Duarte 95

*Las opiniones emitidas en este Boletín no son necesariamente
las del Instituto Duartiano*

FEDERICO C. ALVAREZ HIJO	
Discurso en el natalicio de Duarte	98
Discurso en el aniversario de la batalla del 30 Marzo	108
JOSE GABRIEL GARCIA	
Francisco del Rosario Sánchez	121
MANUEL DE J. GALVAN	
Ramón Mella	126
JOSE RAMON LOPEZ	
Paralelo entre Núñez de Cáceres y Juan Pablo Duarte	137
ANGEL RAFAEL LAMARCHE	
Paralelo entre Núñez de Cáceres y Juan Pablo Duarte	142

DONACION DE LA
BIBLIOTECA DEL PROF.
ENRIQUE PATIN VELOZ
IN MEMORIAN

NOTICIAS

HOMENAJE A VICENTE CELESTINO DUARTE EN LOS LLANOS

El domingo 2 de septiembre de 1973 fue un día dedicado en San José de Los Llanos a evocar y honrar la gloriosa memoria de Vicente Celestino Duarte, prócer de la Independencia y de la Restauración.

Un próximo folleto del Instituto Duartiano recogerá todos los detalles de esta celebración, pero aprovechamos el presente Boletín para anticipar una breve reseña.

Una nutrida representación del Instituto Duartiano se trasladó a aquella histórica población y fue recibida en sesión solemne del Ayuntamiento. La presidente de la corporación, Profesora María Isolina Frías Tellería, leyó una resolución declarando Huéspedes Distinguidos a los visitantes. El Síndico Municipal, Sr. Dimas Ermelindo Alarcón Ruiz, leyó un discurso de bienvenida, al que correspondió con palabras de gracias el presidente del ID, Lic. Pedro Troncoso Sánchez.

A continuación, en el parque Gral. Juan Ramírez fue descubierta una tarja de bronce destinada a perpetuar el recuerdo del admirable prócer, hermano del Padre de la Patria. La banda municipal ejecutó el Himno Nacional al comienzo y al término del acto. A nombre del ID habló el

Dr. Mariano Lebrón Saviñón y a nombre de San José de Los Llanos dijo un discurso el Dr. Georgilio Mella Chavier.

Más tarde en el salón de actos de la Escuela María Nicolasa Billini dictó una conferencia el presidente del ID acerca del papel de Los Llanos en la Independencia. Las palabras de presentación estuvieron a cargo del Dr. Eligio Mella Jiménez.

Todas las intervenciones se publicarán en el anunciado folleto.

UN VALIOSO DOCUMENTO DUARTIANO

El archivo histórico del Instituto Duartiano quedó enriquecido con la donación del original —no catalogado antes— de un documento expedido y autografiado por Duarte el 11 de noviembre de 1863, copia del cual era conocida y se reproduce en el volumen I del Instituto Duartiano, página 126.

Se trata del nombramiento que en su calidad de “Decano de los Fundadores de la República y Primer General en Jefe de sus Ejércitos” expidió Duarte en favor del patriota Francisco Saviñón designándolo “coronel efectivo de los ejércitos nacionales”, cuando preparaba en Venezuela una expedición armada para combatir la inconsulta anexión del país a España.

La donación del valioso documento fue hecha por la nieta del designado Sra. Carmela Saviñón viuda Paulino.

El acto de entrega del mismo se realizó solemnemente en la Casa de Duarte el 20 de septiembre de 1973. En ese acto la Sra. Paulino estuvo representada por su hija la Sra. Juana Ramona Paulino de Estrada.

En la misma ocasión el presidente del Instituto Duartiano ofreció a la concurrencia una disertación acerca de las relaciones de Duarte y Francisco Saviñón, quien fue uno de los principales colaboradores del patricio en las jornadas de 1863 y 1864.

DUARTE, EJEMPLO DE CIVISMO

**(Alocución del Presidente del Instituto Duartiano
el 26 de enero de 1973)**

Hoy hace ciento sesenta años que nació Juan Pablo Duarte y estamos en el año 129 del Estado Independiente y soberano que él concibió.

Esta entidad jurídica colectiva nuestra fue proyectada y creada por Duarte, los Trinitarios y los Febreristas con la forma de una república. Así quedó ratificado en la Constitución del 6 de noviembre de 1844 que nos rige.

Por esta razón el actual artículo 2 de nuestra Ley Fundamental declara que "la soberanía nacional corresponde al pueblo, de quien emanan todos los poderes del Estado, los cuales se ejercen por representación".

Por idéntica razón el artículo 4 dispone que "el gobierno de la Nación es esencialmente civil, republicano, democrático y representativo".

Es también un canon constitucional el período de cuatro años de ejercicio de los representantes de la soberanía popular elegidos por las Asambleas Electorales.

Estos preceptos sobre soberanía popular delegada y periodicidad de las funciones de gobierno son típicos en toda república, en todo régimen genuinamente republicano, preceptos esenciales sin los cuales una nación no sería propiamente una república.

Es válido suponer que los componentes de una comunidad política constituida en república conocen el arte de llevar una vida republicana y acatan normalmente los cánones citados.

Y todavía más válido presumir que si una república tiene ciento veinte y nueve años de creada, los ciudadanos que la integran son veteranos en ese mismo arte.

Sin embargo, estas presunciones, tan lógicamente bien fundadas, se derrumban si observamos la realidad histórico-política dominicana. La verdad es que los dominicanos, a pesar de la Constitución, no hemos aprendido el arte de conducir una vida republicana en manera regular y pacífica, con el ritmo legalmente predispuesto. Hemos pasado de crisis en crisis, de conmoción en conmoción, cuando no oprimidos bajo las botas de un tirano.

Basta con que en régimen de libertades se aproxime la fecha de las elecciones generales para que llenos de temor patriótico veamos cernirse negros y amenazadores nubarrones en el horizonte de la Nación. Estas situaciones no se justifican ya y debemos superarlas.

Otra verdad innegable es que siempre hay tiempo para aprender el arte de vivir republicanamente.

Tenemos un maestro insuperable. El propio Fundador de la República. Su doctrina y su ejemplo vivos son la mejor lección, el mejor estímulo y la mejor inspiración para llevar al cabo nuestra educación republicana.

Todos los actos de su vida revelan que fue medularmente un demócrata; que respetó e hizo respetar la institucionalidad; que acató las leyes y la autoridad constituida; que no quiso ni supo valerse de la violencia, del odio y del engaño, sino de los medios más legales y civilizados en el debate público; que prefirió la renuncia y el sacrificio a la discordia civil.

Tuvo y vivió la política, según sus propias palabras, como la ciencia más pura después de la filosofía y la más digna de ocupar las inteligencias nobles. "La Política —dijo textualmente— no es una especulación". ¿Qué quiso decir el patriota cuando enunció este postulado? Con la palabra "especulación" expresa y sintetiza Duarte todas las formas negativas del que-

hacer político. Quiso decir que la política no es un negocio; que no es una actividad utilitaria; que no es el instrumento para conquistar o mantener posiciones personales o de grupos.

En cambio dijo que la política es una ciencia pura, en el sentido de que su ejercicio debe estar libre de impurezas desnaturalizantes; una ciencia pura cuya aplicación tiende al bien común y nada más que al bien común. Por eso, según Duarte, la política es una ciencia para las inteligencias nobles.

Quien se sienta movido por intereses, ambiciones y odios, que no sea político, porque no es digno de serlo, nos ha dicho Duarte con sus palabras y con sus hechos. Sólo debe serlo quien se identifique de corazón con el hambre y la sed de justicia de sus conciudadanos; quien se ciña a las reglas de la convivencia nacional; quien ponga serenidad y cordialidad en los debates de interés público. Que sea político aquel a quien complace más cumplir deberes que ejercer prerrogativas.

Mucho se invocan los derechos individuales y sociales garantizados por el artículo 8 de la Constitución, y eso está muy bien, porque es finalidad principal del Estado la protección de los derechos de la persona humana y el mantenimiento de los medios de su perfeccionamiento.

Pero pocas veces se recuerda lo preceptuado en el artículo siguiente, en el artículo 9, que especifica la condición que hace posible la efectividad de las prerrogativas consagradas por el artículo 8. Ese artículo trata de los deberes del hombre; de las responsabilidades jurídicas y morales que obligan la conducta del hombre en sociedad.

Entre ellas están el deber de acatar y cumplir las leyes y respetar las autoridades legítimas; el deber de abstenerse de actos perjudiciales a la estabilidad de la República; el deber de trabajar lícitamente para el sustento, alcanzar el perfeccionamiento de la personalidad y contribuir al bienestar y progreso de la sociedad; el deber de cooperar con el Estado en la obra de asistencia y seguridad social.

También está el deber electoral; la obligación de concurrir a las urnas y votar en las elecciones dispuestas por la Constitución.

Quisiera subrayar la importancia de este deber electoral.

Debemos los dominicanos desarrollar nuestra conciencia electoralista; y apreciar al máximo el valor del ejercicio del voto en forma habitual y regular. El hombre no ha inventado hasta ahora mejor medio para que un pueblo se dé un gobierno, que el sufragio. Es el medio por excelencia. Todo otro medio es imperfecto e impropio en una república y debe ser descartado. El único objetivo válido en la lucha por el poder, para el ejercicio del mandato, es ganar en los comicios. Desviarse de este objetivo es crimen de lesa patria.

Cuando los dominicanos cumplamos cabalmente todos y cada uno de los deberes enunciados en el artículo 9 de la Constitución, no habrá autoridad que ose impunemente violar las sagradas normas del artículo 8, que garantizan el derecho a la vida, la seguridad individual, el domicilio, la libertad de tránsito, la igualdad ante la ley, la libertad de expresión del pensamiento, la libertad de asociación, la libertad de conciencia y culto, el secreto de la correspondencia, la libertad de trabajo, la libertad de empresa, el derecho de propiedad, la protección de la familia por el Estado, la libertad de enseñanza y la seguridad social.

Por no querer apartarse de la legalidad electoral ni de la línea de las virtudes cívicas, rehusó Juan Pablo Duarte la Presidencia de la República, que ya tenía en sus manos por vía de aclamación popular. Prefirió dejarse vencer y desterrar a ostentar una autoridad no originada en las urnas y a poner en peligro el tesoro de la paz interna.

Devoto irreductible como fue de la obediencia a la ley y del acatamiento a la autoridad legítima, nos legó el Fundador en su proyecto de Constitución el grito de "Favor a la Ley!"

Hagamos de este grito duartiano el lema del Día de Duarte de 1973. Favor a la Ley, dominicanos!

DISCURSO DE INGRESO DE DOMINGO OCTAVIO BERGES- BORDAS COMO MIEMBRO DEL INSTITUTO DUARTIANO

Señor Presidente y demás miembros del
Instituto Duarteano:

Señoras y Señores:

Me siento muy complacido por haber sido designado por Uds. como Miembro de este Instituto Duarteano, en reemplazo del escritor y distinguido miembro don Ramón Emilio Jiménez, fallecido hace poco. Debo señalar que fui fundador del primer Instituto Duarteano, fundado por un grupo de intelectuales en el Ateneo Dominicano, antes que el actual fuera oficializado.

Prometo cumplir cabalmente los deberes que me corresponden como miembro de este Instituto, cuyo objetivo principal consiste en rendir culto a la memoria esclarecida del Fundador de la República Dominicana, don Juan Pablo Duarte y Díez, y dar a conocer todas las facetas de su entrañable patriotismo y de sus actividades, que culminaron con nuestra emancipación como pueblo libre y soberano, y que por su esfuerzo y consagración logró, en unión de otros esforzados compañeros de lucha, que nuestro país entrara a formar parte de las naciones libres del continente americano. Siempre he sido un Duarteano convencido y he tratado en todas las oportunidades de estudiar y dar a conocer su vida y su obra, para que ella sirva de ejem-

plo a todas las generaciones, presente y futuras, como base fundamental de la educación cívica que necesita nuestro pueblo, para que puedan todos realizar a cabalidad una labor nacionalista y patriótica como buenos ciudadanos.

A grandes rasgos trataré de hacer resaltar una de las facetas más importantes de la vida del Fundador de la República, que titulo:

Duarte y la política

En carta dirigida por Duarte al historiador don José Gabriel García, desde Caracas, Venezuela, y fechada el 29 de Octubre de 1869, le decía: "La política no es una especulación; es la ciencia más pura y la más digna, después de la Filosofía, de ocupar las inteligencias nobles".

La palabra política tiene varias acepciones, pero en sentido general se refiere al arte de gobernar a los pueblos constituidos en Estados, de la mejor manera posible, para obtener el bienestar y la felicidad de los gobernados. Pero en nuestro país, por desgracia, política significa otra cosa.

Duarte se refería a la política como ciencia y de acuerdo con ese concepto ya expresado, actuó siempre, y prefirió el ostracismo antes que tomar parte en las luchas de los partidos personalistas.

Las ideas de Duarte

Duarte trató siempre de hacer comprender a sus compatriotas que debíamos tener fe en el porvenir de nuestra patria; que podíamos ser amigos de todos los pueblos del mundo, aún del pueblo haitiano, pero que no debíamos aceptar la ingerencia en nuestros asuntos, como nación libre y soberana, de ningún pueblo y de ningún Estado extraños. Que debíamos prepararnos para gobernarnos por nosotros mismos, sin ingerencias extrañas de ninguna clase. Fueron ideas nacionalistas y patrióticas y a ellas consagró toda su vida para convertirlas en realidad.

Las luchas de Duarte

Duarte no solo trabajó y luchó para unir a los dominicanos en el esfuerzo común de emanciparnos de tutela extraña, sino que luchó contra los dominicanos que no tenían fe en nuestra capacidad para gobernarnos por nosotros mismos. Su lucha fue una lucha idealista, con la persuasión y el ejemplo. Se opuso a los que propiciaban un protectorado francés y luego a los que propiciaron un protectorado norteamericano. Todo eso lo hacía porque era un desinteresado y verdadero patriota, que no pensaba en sí mismo, sino que solo pensaba en una patria libre de toda ingerencia extranjera para felicidad y bienestar de todos sus compatriotas. Esa lucha no tuvo reposo y fue constante y permanente mientras tuvo un hálito de vida.

Fué un Nacionalista en todo el amplio significado de esa palabra. Siempre ha habido en nuestro país quienes han formado parte de partidos políticos caudillistas, para hacerse dueños del poder y disfrutarlo para su exclusivo beneficio. Los que tratan de imitar los ejemplos que nos dió Duarte, tratan de ser solo nacionalistas, como él lo fué en grado superlativo, pues consagró su vida para lograr que fuéramos dominicanos libres, que contribuyéramos al engrandecimiento de la Nación y a la felicidad de todos sus habitantes. Duarte nos dió el ejemplo de un nacionalismo bien entendido, que solo debe aspirar a hacer de nuestros conciudadanos personas capacitadas, cultas y educadas, que contribuyan con sus luces y con su esfuerzo al engrandecimiento patrio y convertir a nuestra nación en uno de los países civilizados que prestigien a la raza humana.

Duarte nos dió buenos ejemplos

Si queremos ser buenos dominicanos debemos imitar a Duarte. El nos dió muy buenos ejemplos de patriotismo y desinterés. Dijo una vez en una reunión, en la casa de don Manuel Joaquín Delmonte, que "todo pensamiento de mejora en que el sentimiento nacional se posterga a la conveniencia de partidos, debía siempre reprobarse, porque, puesto en ejecución, constituía delito de lesa patria". El aceptaba que se for-

maran partidos políticos, puesto que creía en un sistema que que debe ser "POPULAR en cuanto a su origen; ELECTIVO en cuanto al modo de organizarlo; REPRESENTATIVO en cuanto a su esencia y RESPONSABLE en cuanto a sus actos". Pero no estaba de acuerdo con partidos personalistas, que se forman alrededor de un caudillo que solo reconoce como amigos circunstanciales a quienes tratan de auparlo en el poder para el único y exclusivo beneficio de ese caudillo y de sus seguidores.

Fué Idealista y hombre de acción

Se ha dicho que Juan Pablo Duarte, Padre de la Patria y Fundador de la República Dominicana, era solo un idealista y que no fué un hombre de acción, por lo cual dicen que sin el concurso de otros adalides de la independencia, que expusieron sus vidas para lograr nuestra emancipación política, hubieran pasado muchos años antes de que pudiéramos sacudirnos el yugo extraño. De ahí que se hayan incluido a tres adalides de nuestra independencia como Padres de la Patria. Duarte fué un idealista, porque concibió la idea y le dió forma, pero fué también un hombre de acción, porque con su prédica, con su acción, con su ejemplo, su abnegación y sus sacrificios obtuvo prosélitos y convenció a un numeroso grupo de que estábamos capacitados y merecíamos gobernarnos por nosotros mismos y ser dueños de nuestro propio destino. Ya eso ha sido suficientemente dilucidado y explicado por el Presidente de este Instituto, el Lic. Pedro Troncoso Sánchez, en su trabajo titulado "La Faceta Dinámica de Duarte".

José Martí no fué un hombre de armas y murió cuando comenzaban las luchas por la independencia cubana, después de su llegada a tierra cubana desde República Dominicana en compañía de Máximo Gómez y otros dominicanos. Sin embargo, es considerado como el Padre de la Patria Cubana, porque sus actuaciones fueron las que prepararon el ambiente favorable para formar conciencia en el pueblo cubano, que decidió que todo ese pueblo ofrendara todos sus bienes y sus vidas para obtener la tan ansiada emancipación de un yugo extraño.

Lo que hay que hacer resaltar en Juan Pablo Duarte, ade-

más de su faceta de hombre de acción, es su falta de ambición para disfrutar del poder político; su falta de aspiraciones para aprovechar en su beneficio personal las prebendas del poder público; su anhelo de mantener unidos a todos los dominicanos en un solo ideal de patria libre y soberana sobre todas las cosas, para el engrandecimiento patrio y la felicidad de todos sus conciudadanos.

Hubo en cambio muchos que no tuvieron fé en que podríamos gobernarnos por nosotros mismos sin ayudas extrañas, ya que necesitaban que un poder extraño mantuviera la estabilidad del poder para ellos disfrutarlo a su albedrio en su beneficio personal.

Esos fueron los Judas de nuestra nacionalidad a quienes tuvo que enfrentarse Duarte, quien prefirió irse a vivir y a morir en el exilio antes que tomar parte en luchas políticas estériles, que enfrentaban a unos dominicanos contra otros, que tanto daño han hecho al progreso y al bienestar del país y a la felicidad de sus habitantes.

Duarte fué un Hombre Superior

En la vida hay hombres de distintas cualidades morales; hay hombres buenos y hay hombres malos; hay hombres responsables y hay hombres irresponsables; hay hombres de nobles sentimientos y hay hombres de malos sentimientos. Eso depende de las cualidades de sus progenitores; del ambiente en que se educan y de la educación que reciben. Pero hay hombres excepcionales, que sobresalen entre todos los demás de su época, que parece han sido señalados por el destino para ocupar un sitio prominente entre sus contemporáneos para realizar obras portentosas, que abarcan toda una época de la historia de su país. Esos son los Hombres Superiores, que aparecen y se manifiestan como estrellas refulgentes cuando más necesarios son para su país y para la humanidad.

Nuestro Juan Pablo Duarte fué uno de esos hombres, señalado por el destino para iniciar la emancipación de la patria dominicana del yugo extraño que nos mantenía en la esclavitud.

Su influencia sobre sus compañeros

Duarte comenzó siendo Maestro, que es la labor más apropiada para preparar a la juventud para la realización de grandes obras, y para obtener prosélitos para las causas nobles y dignas. Obtuvo gran ascendencia sobre sus discípulos, a los cuales llegó a conocer, lo que le permitió escoger a los ocho compañeros que debían formar la Sociedad "La Trinitaria", que inició las primeras labores de propaganda para difundir la idea de la emancipación de la Patria. Su ascendiente sobre ellos se manifestó desde los primeros momentos y todos estuvieron dispuestos a secundarlo y a seguirlo en todo cuanto dispusiera para la realización de la obra que se propusieran.

A medida que pasaba el tiempo otros adalides se unieron a la causa, entre ellos Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella, y muchos otros, no solo porque estaban de acuerdo con la necesidad de ser libres de la tutela de una nación extraña, sino porque reconocían que en Duarte estaban encarnados los más nobles ideales de una patria libre y grande, ya que lo consideraban como una persona de nobles sentimientos, abnegado, desinteresado y dispuesto a realizar los más grandes sacrificios para la realización de la portentosa obra, necesaria para obtener la tan anhelada independencia del país.

Duarte tuvo que luchar con grandes obstáculos para la realización de esa obra portentosa, ya que se carecían de medios materiales y existía un estado de indiferencia en toda la población, por lo cual permanecía aún dormido el sentimiento de emancipación e independencia.

Si Duarte pudo agrupar a su lado a gran número de adeptos que compartían con él las mismas ideas y estaban dispuestos a secundarlo en todo cuanto dispusiera para llevar a feliz término la libertad de la patria sojuzgada, no todo el pueblo respondía al llamado que se le hiciera para formar filas entre los que lucharían por una patria completamente libre y soberana, dueña de su propio destino.

Esa parte del pueblo indiferente, que no tenía fe en que podríamos gobernarnos por nosotros mismos, fué conquistado

por los que, por ambición o por falta de fe, buscaban la protección de potencias extranjeras que mediatizarían nuestra independencia y soberanía.

Esa lucha engrandeció más a Duarte, pero aniquiló su cuerpo, aunque no su espíritu. Aun así, debido a su esfuerzo y a su consagración al ideal trinitario, en unión de sus esforzados compañeros, la independencia fué un hecho, aunque las posteriores luchas políticas caudillistas han mantenido al país de tumbo en tumbo, impidiendo nuestro desarrollo integral.

Pero Duarte prefirió el ostracismo antes que tomar parte en luchas estériles partidaristas, que tanto daño han hecho al país.

Todos cuantos veneramos la memoria de Duarte debemos hacernos dignos de él y de sus ideas, tratando de obtener por medios civilizados que termine ese pugilato de la política criolla que él nos enseñó a despreciar.

Duarte fué Maestro de Civismo

Nuestro pueblo ha carecido siempre de civismo. Es triste confesarlo. Un pueblo sin civismo, sin un concepto claro y definido sobre las virtudes cívicas más esenciales, como son: el Culto a la Libertad Civil, el Culto al Hogar, el Respeto y Acatamiento a la Ley y a la Autoridad legalmente constituida, al Respeto Mútuo entre unos ciudadanos y otros, el Amor al Trabajo, el Espíritu de Economía, el Amor a la Patria, o Patriotismo, la Creencia en un Ser Supremo que llamamos Dios, el Respeto a la Propiedad privada y pública y el Culto a la Justicia, no constituye un pueblo civilizado, preparado para gobernarse por sí mismo y llevar al país por la senda del progreso, imponiendo con su conducta ejemplar la admiración y el respeto de los demás pueblos civilizados del mundo.

Duarte conocía esas características negativas del pueblo dominicano y por tal motivo se consagró a ilustrar a sus conciudadanos, como Maestro de Civismo y como hombre de acción, para que aprendieran a ser verdaderos ciudadanos, dignos forjadores y mantenedores de la nacionalidad dominicana.

Tuvo en sus compañeros colaboradores eficaces de su obra, quienes lo secundaron en su labor patriótica.

Como todo luchador e idealista se enfrentó con quienes, aún siendo personas ilustradas, trataban de buscar más bien ventajas personales en sus luchas políticas, porque carecían de virtudes cívicas y de un patriotismo desinteresado y abnegado como el de Duarte y sus compañeros de luchas.

La ambición por el poder público para el lucro personal, fué y sigue siendo el obstáculo más poderoso con el cual tuvo que luchar Duarte.

Si deseamos mantenernos fieles a la memoria del patricio Juan Pablo Duarte, debemos continuar la lucha por El sostenida durante toda su vida, para inculcar en nuestro pueblo las virtudes cívicas indispensables para que seamos dignos ciudadanos de un país civilizado libre.

Duarte y su Ideal de Libertad

Muchos dominicanos, buscando motivos para estar constantemente discutiendo, en su manía de disentir de lo que piensan los demás, han osado tratar de establecer un paralelo entre Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella, quienes han sido declarados los tres Padres de la Patria, formando una trilogía, que muchos consideran que debe ser intocada, porque los tres merecen conjuntamente el honor de ser considerados y llamados así.

Creemos que es perder el tiempo mantener esas discusiones estériles y negativas. Eso debe ser dejado como está. Sánchez y Mella fueron, como muchos otros próceres y adalides de nuestra independencia, colaboradores entusiastas y abnegados de Juan Pablo Duarte y de su ideal de libertad.

La Sociedad secreta "La Trinitaria", ideada y fundada por Duarte, en compañía de ocho compañeros que estuvieron dispuestos a secundar su idea, con todos los riesgos que ello entrañaba, fué una Escuela de Civismo, que propagó el ideal y el pensamiento patriótico de Duarte, quien tenía fé absoluta en que estábamos capacitados para el gobierno propio y éramos dignos merecedores de constituir una nación absolutamente li-

bre y soberana, para regir sus propios destinos sin influencias extranjeras.

Debemos fijar la atención en primer lugar en lo más importante en la vida de Duarte, que fué su ideal de libertad, cuando los demás vegetaban en la conformidad y la inacción.

Debe inculcarse en la mente de todos los dominicanos desde sus primeros años, para grabarlo en forma indeleble, que Duarte es grande por sus ideas, por su conducta ejemplar, por su abnegación y su sacrificio para darnos una patria libre de tutelas extrañas.

Duarte pensaba con justeza y lo dijo con frecuencia, que la política es una ciencia tan importante como la filosofía, que debe estudiarse y aplicarse con altura de miras, sin ambiciones personales, para establecer gobiernos que trabajen y luchen por el progreso y el bienestar de todos los componentes de una comunidad civilizada.

Para ir cambiando la mentalidad de nuestro pueblo deben crearse en nuestras escuelas, conjuntamente con la enseñanza del Civismo, clases de Ciencia Política, en las cuales se divulguen y expliquen las ideas que sobre patriotismo, o amor a la patria, puso en práctica el primero y más grande de los dominicanos. Juan Pablo Duarte, por su dedicación constante para hacer viable su ideal de libertad absoluta.

Imitemos a Duarte

Imitemos al Fundador de la República Dominicana, Juan Pablo Duarte, quien vivió, sufrió y murió dándonos ejemplos de verdadero patriotismo, de abnegación, sacrificio y desinterés.

Las glorias de este mundo son efímeras. Aún cuando los pueblos generalmente no agradecen en vida a sus grandes benefactores, las generaciones que se suceden recuerdan y honran su memoria, y toman como ejemplo sus vidas, que dedicaron al engrandecimiento patrio y al bienestar de sus conciudadanos.

Porque en Duarte sobresalió su ideal de libertad debemos honrar su memoria y ser dignos de ella, pues tuvo el conven-

cimiento y fe absoluta y así nos lo enseñó para que lo imitáramos, que merecíamos y estamos capacitados para el gobierno propio, sin necesidad de depender de naciones extrañas.

Debemos inculcar en la mente de todos los dominicanos las ideas y el pensamiento de Duarte, quien solo pensó y actuó para que nuestra patria y todos cuantos somos hijos de ella fuéramos prósperos y felices y viviéramos como hermanos, trabajando unidos para el bien de todos.

Debemos imitar y practicar en todos nuestros actos el patriotismo inmaculado del forjador de nuestra nacionalidad, que lo dió todo por la patria sin esperar ninguna recompensa, con absoluto desprendimiento y una abnegación sin límites.

**DISCURSO DE CONTESTACION DEL DR. ENRIQUE PATIN
VELOZ, AL DISCURSO DE INGRESO DEL DR. DOMINGO
BERGÉS BORDAS**

Sr. Presidente del Instituto Duartiano,
y demás miembros,

Damas y Caballeros:

De parte de nuestro ilustre presidente, el Dr. Pedro Troncoso Sánchez, hemos recibido el honroso encargo de darle la bienvenida al nuevo miembro de este Instituto, Dr. Domingo Bergés Bordas, así como el de contestar su discurso de ingreso.

Damos cumplimiento a la primera parte de dicha comisión brindándole al Dr. Domingo Bergés Bordas, a nombre del Instituto Duartiano, la más cordial y sincera acogida, y le pedimos unir sus esfuerzos a los nuestros para alcanzar los fines que el Instituto se ha propuesto.

A continuación pasemos a cumplir la segunda parte de nuestra encomienda, y a propósito de ésta, le expresamos al Dr. Bergés Bordas la satisfacción que nos ha producido la exposición clara y precisa que ha hecho de los diferentes aspectos de la vida y la obra de Duarte. Son notables, en su trabajo, la exposición de las ideas políticas de Duarte, de sus luchas, de sus buenos ejemplos, de la condición de Duarte como hombre de acción, de su magisterio cívico, etc. etc.

Decía Duarte, en el 1869, que para él “la política era la ciencia más pura y la más digna... de ocupar las inteligencias nobles”. Tal declaración nos hizo suponer que fué su condición masónica la que lo indujo, a pensar de ese modo, porque sólo un masón de su estatura podía expresarse así.

Y a propósito de Duarte y la política hacemos propicia la ocasión para exponer el resultado de algunas investigaciones que hemos realizado en torno a la influencia política que la Masonería ejerció sobre Duarte y los trinitarios.

Durante el siglo XIX las logias sirvieron de escuelas de fraternidad, de política y de nacionalismo a la juventud revolucionaria de Europa y de América.

En el 1803 los franceses fundaron la masonería en Santo Domingo. Estos crearon dos logias y por primera vez se conoció entre nosotros el mensaje masónico. Dicho mensaje era hijo del liberalismo francés y éste, como estaba de acuerdo con las aspiraciones del hombre de entonces, tuvo una gran acogida.

El liberalismo masónico difiere en algunas cosas de aquel liberalismo, que podríamos llamar profano, porque ha sido adaptado a ciertos principios masónicos.

Podemos asegurar que el liberalismo masónico que vamos a exponer era el mismo que se enseñaba en la época de Ferrand y en la de Duarte, porque la liturgia del Rito Escocés Antiguo y Aceptado usada entonces y ahora es la del 1786, reformada en Lausana, Suiza, en el 1875. Veamos, a continuación, sus enseñanzas.

El liberalismo masónico sostiene que en el mundo profano imperan las guerras, los odios, los celos, las traiciones, las desgracias y los tormentos de todo género así como la ignorancia y la superstición. Que es necesario crear una sociedad fraternal en la que impere la paz, la justicia, la fraternidad, la ciencia y la virtud. Sociedad que ha de ser creada por el esfuerzo masónico.

Para lograrlo la Masonería prepara moral e intelectualmente al masón. Le da a conocer lo que debe ser una sociedad

fraternal. Le enseña a trabajar socialmente por el advenimiento de esa sociedad así como a sacrificarse por ella, si es necesario. Y le da la convicción de que la muerte no anula dicha obra, si a cada masón lo sustituye el que ha de proseguirla.

El liberalismo masónico aboga por la protección de los derechos inalienables del hombre. Porque se le reconozca al pueblo el derecho de crear y discutir las leyes. Y porque una vez aprobadas, sean respetadas por éste. Por la libertad de conciencia. Por el perfeccionamiento de la educación pública. Por la creación de ayuntamientos, consejos y congresos que legislen en la ciudad, la provincia y el estado acerca de las elecciones y del gobierno que deba establecerse.

Lucha es:a doctrina, porque se determinen las atribuciones de los representantes de la nación y la manera de nombrarlos. Y porque se hagan elecciones justas.

Aboga porque se defienda a las naciones de las ingerencias extranjeras. Porque la libertad de cada nación sea respetada por las demás. Y porque la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad reinen sobre la tierra.

Esta doctrina sostiene que el masón debe hallarse pronto al sacrificio por el bien de sus semejantes y por la redención de los oprimidos. También afirma que siempre debe combatir la maldad. Que debe dedicarse a expulsar la opresión, el fanatismo y la ignorancia. Que debe estimular el civismo, y demandar justicia contra todos los que traicionen al pueblo. Que no sólo debe trabajar para sí y sus contemporáneos sino que debe hacerlo, también, por los que habrán de sobrevivirle. Que debe laborar sin descanso por la emancipación de la humanidad. Que ha de estudiar las bases de la verdadera libertad y los modos de establecerla en el orbe. Y que igualmente debe combatir a todo el que esclavice al pueblo.

Expuesta dicha doctrina, hagamos algunas consideraciones acerca de ella.

Cuando se analiza el liberalismo masónico se observa: su teoría de las dos sociedades (la profana y la fraternal). Su desmedido amor por el Progreso, la Ciencia, la Virtud y la Razón. Y su sentido democrático y nacionalista.

La masonería francesa que nos trajo Ferrand no pudo me-

jorar las condiciones sociales del pueblo dominicano, porque al ser derrotados los franceses en Palo Hincado dicha masonería se eclipsó y sus logias desaparecieron.

Poco después, en el 1821, surgió entre nosotros la masonería española, bajo la protección del Brigadier Don Pascual Real, gobernador de la Colonia.

La labor de esta masonería tuvo poca trascendencia, pero de su seno surgió el precursor de nuestra independencia, Don José Núñez de Cáceres, y muchos de los que lo secundaron en su patriótica empresa.

La proclamación de la independencia que hiciera Núñez de Cáceres trajo como consecuencia la anexión haitiana. Durante ella renació la masonería, y de nuevo volvió a oírse en los templos el mensaje de libertad y progreso del liberalismo masónico.

La Masonería Haitiana fundó en la Capital dos logias, La Constante Unión No. 8, en el 1822, y La Indisoluble Fraternidad No. 11, en el 1828. Luego fundó, en el 1826, en el Seibo, la Logia La Fidelidad de los Hermanos Reunidos No. 9. En el 1828, en Puerto Plata, la logia Hemisferio No. 15. En el 1833, en Azua, La Perfecta Armonía, que aún subsiste. Y en el 1837, en Santiago, la logia El Verdadero Heroísmo de la Virtud.

De las logias haitianas de la Capital, La Constante Unión No. 8, tuvo un Consejo Kadosh llamado Sinceridad No. 2. Y un Capítulo Rosacruz y uno del Real Arco.

Lo anteriormente expuesto nos permite apreciar cómo la Masonería Haitiana abarcó, por medio de sus logias, las distintas regiones del territorio dominicano y llevó a éstas el mensaje masónico.

Juan Pablo Duarte fué masón, y con toda seguridad sabemos que perteneció a la logia Constante Unión No. 8, en la cual llegó a ser Arquitecto Decorador, en el 1843. Pero no fué Duarte el único en ser masón, porque según Don Haim López-Penha también lo fueron: Juan Nepomuceno Ravelo, Felipe B. Alfau, Joaquín Grateró, Nicolás Henríquez, José Díez, tío de Duarte. Pedro Valverde y Lara, Norberto Linares, José Ml. Machado, Gabriel José de Luna, Tomás Bobadilla, Juan Alejandro Acosta, Epifanio Billini, Manuel Dolores Galván, Fernan-

do J. Gómez Grateró, Miguel Lavastida Fernández, José Ma. Leyba, Gabriel José de Luna, Benito Alejandro Pérez, José Ma. Pérez Contreras, Eusebio Puello, Domingo Rodríguez, Jacinto de Castro etc. etc.

De Sánchez ni de Mella existen pruebas documentales de que fueran masones.

Si se examina la conducta de los trinitarios, se ve a las claras, que actúan como verdaderos masones, se tratan entre sí como hermanos. Se consideran redentores del pueblo dominicano. Su jefe, Juan Pablo Duarte, se dirige al pueblo en forma masónica, como lo hizo en Puerto Plata, en el 1844. Todos los trinitarios son románticos, porque no hay que olvidar que el liberalismo y el romanticismo son hermanos. Y todos se consideran espiritualmente vinculados a Duarte, su jefe y Venerable Maestro.

Con los prohombres de la Restauración ocurre lo mismo: son masones, piensan liberalmente y actúan románticamente. En Luperón, el héroe máximo de la Restauración, se confirma lo anterior.

Hasta ahora ninguno de nuestros historiadores, que sepamos, ha tomado en cuenta, como es debido, la influencia ideológica de la masonería en los trinitarios. Todos se han contentado con decir que Duarte fué masón y que aplicó a La Trinitaria algunas cosas masónicas. Pero de ahí no han pasado. No se les ha ocurrido pensar que la Masonería aquí, en Santo Domingo, y en la América entera, fué una escuela política que formó intelectual y moralmente a los principales políticos y libertadores del siglo pasado.

Y para que no se crea que exageramos al decir lo anterior, veamos a continuación, la similitud que existe entre la organización política de la Masonería y la de un estado democrático.

En la logia, igual que en el estado democrático, el poder político está dividido en tres poderes independientes. En ella, el poder legislativo está representado por la asamblea constituida por los miembros de la logia. El ejecutivo se halla representado por el Venerable Maestro. Y el Judicial, por el Consejo Judicial. Los miembros de esos poderes son elegidos

cada cierto tiempo, por voto directo y secreto, como ocurre en muchos gobiernos democráticos.

La Orden Masónica se rige por un Estatuto General, que hace las veces de código, y por una Constitución. Cada logia, además, tiene su Reglamento Interno.

Las logias son autónomas y cada una tiene su escudo y su bandera. Y nombran representantes ante otras.

En las tenidas o sesiones ordinarias, la logia actúa como una asamblea legislativa: ante ella, se presentan proyectos de resoluciones, que son verdaderas leyes. Cuando se presenta un proyecto de resolución, si se considera necesario, se nombra una comisión para que proceda a su estudio, y se le fija un plazo para ofrecer sus conclusiones. Vencido éste, la comisión brinda su informe. Se abren los debates sobre el tema, y cuando el Venerable Maestro considera que éste ha sido suficientemente debatido, se cierran éstos. Y el orador que es el representante de la Ley Masónica, presenta sus conclusiones. Después de esto, se somete a votación el proyecto, y se aprueba o rechaza, con modificaciones o no, según sea el caso.

El Venerable Maestro, como representante del Poder Ejecutivo de la Logia, realiza el gobierno de ésta, en unión de dos ayudantes que reciben los nombres de Vigilantes, y de un asesor, que es el Ex-venerable Maestro del período anterior.

Todas las logias, representadas por sus venerables maestros y sus vigilantes, integran un organismo superior, llamado la Gran Logia, que gobierna a éstas de modo general y traza la política que han de seguir.

Lo más arriba expuesto permite formarse una idea, bastante completa, de la organización política de la Masonería y de la índole democrática de ésta.

Es bueno advertir que la organización política de la Masonería hace más de cien años que se mantiene invariable.

Si aceptamos como un hecho cierto lo anterior, no tiene nada de fantástico ni de imposible nuestra anterior afirmación de que la Masonería sirvió de escuela política a Duarte y a los trinitarios, sobre todo si se tiene en cuenta que fuera de la Masonería no existía, entre nosotros, ninguna institución que pudiera impartir enseñanzas políticas.

No pretendemos que todos los que pasaron por la Masonería salieron de ella convertidos en masones perfectos. Eso sería una tontería pensarlo. Como no se nos ocurriría pensar eso mismo de todos los que salen graduados de una escuela. Lo que sí decimos es que la Masonería dejó su huella indeleble en la conducta y en el pensamiento de los trinitarios y en el de los grandes dominicanos del pasado.

Se ha buscado con mucha minuciosidad, fuera de la Masonería, el origen de las ideas políticas de Duarte, pero se ha desdeñado la fuente principal de las mismas: el liberalismo masónico.

No creemos que esta doctrina fuera igual en todos los países. Aquí, por ejemplo, no fué ateo ni anticlerical ni monárquico. Ni suponemos que se mantuviera estático a lo largo del tiempo. Sospechamos, y casi podríamos decir que estamos seguros, de que existió un liberalismo masónico dominicano, que en muchos puntos se diferenciaría del liberalismo puro de la Masonería, porque eso es lo que ocurre con las doctrinas universales, que al pasar a los distintos países experimentan modificaciones, para adaptarse a las condiciones locales.

Como nuestros problemas políticos en la época de Duarte eran distintos a los del resto de América, es seguro que en su mente y en la de los trinitarios el liberalismo masónico se modificara. Pero no olvidemos que por más modificaciones que experimentara, en su mayor parte permaneció invariable.

Señoras y Señores: con lo ya dicho creemos haber expuesto con cierta amplitud el tema que hemos desarrollado. Esperamos que otros mejor preparados que nosotros sigan investigando por el sendero que hemos trazado. Esa esperanza nos sostiene y nos impulsa a ponerle fin a este discurso de recepción.

Muchas Gracias.

DUARTE, HOMBRE DE FE

Por George Lockward

Juan Pablo Duarte define su fe igual a la del Centurión en una carta escrita en 1865 a su entrañable amigo Félix María del Monte

Ninguna fecha más propicia para recordar la fe de Duarte que la del 135 aniversario de la fundación de la sociedad secreta La Trinitaria que fuera germen y cuna de la nación dominicana.

Para la época en que transcurre ese aniversario, el 16 de julio, todos los años florece el jazmín de Malabar, la flor de los trinitarios que con su blancura habla de la pureza de los sentimientos de los fundadores de la nacionalidad.

En la carta citada, Duarte habla de su fe y le dice a Del Monte: "No tengas fe, si te parece", con lo que manifiesta lo inquebrantable de sus convicciones inalterables frente a la opinión o actitud, hasta de sus más amigos.

Pero agrega, a seguidas: "Yo tengo la fe del Centurión", como quien proclama cuán profunda era su fe en los destinos nacionales, cuánta seguridad había en aquel espíritu que vivió preocupado por la orientación de sus hermanos hacia el pleno disfrute de la libertad.

Pero debemos preguntarnos: ¿De cuál Centurión habla Duarte? En el Nuevo Testamento se mencionan varios centuriones. Dos de ellos por sus nombres, Cornelio y Julio. Otros

dos pueden identificarse por el lugar donde aparecen, uno en Cafarnaún y otro en el escenario del Gólgota.

Antes de identificar cual de ellos fue el centurión modelo de hombre de fe, debemos explicar que se llamaban centuriones a oficiales que comandaban un centenar de hombres en el Ejército Romano que ocupaba el país de los judíos en tiempos de Jesucristo.

Nos preguntamos a cual de ellos mencionó Duarte, porque todos los centuriones citados en el Libro de los Evangelios se les describe como hombres de carácter cabal, sin dobleces, verdaderos exponentes de hombres de bien e integridad.

Dos se citan en los Evangelios sin dar sus nombres. Los que aparecen junto a sus nombres son mencionados en el Libro de los Hechos de los Apóstoles.

Pero a juzgar por que se menciona al Centurión como modelo de hombre de fe, bien pudo ser el de Cafarnaún (1). Veamos como en una ocasión¹ entrando a Cafarnaún, se le acercó a Jesús un Centurión, suplicándole, y diciendo: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, atrozmente atormentado. Jesús le contestó: Yo iré y le sanaré. Y respondiendo el Centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; dí solo una palabra y mi siervo será curado. Porque yo soy un subordinado, y digo a éste: Ve, y va, y digo al otro: Ven y viene; y a mi esclavo: Haz esto, y lo hace. Oyéndole Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en nadie de Israel he hallado tanta fe².

Luego hizo una profecía diciendo: "Del Oriente y del Occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abrahám, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes".

Si Duarte tenía la fe del Centurión, entonces creía todo había de ser cuando estuviera en la voluntad de Dios. Duarte tenía fe como la del Centurión, pues en medio de la inercia social de los hateros y de los representativos de la cultura que preconizaban abiertamente la dependencia espiritual, in-

(1) San Mateo 8:5-13, Biblia, versión de Nacar Colunga, p. 1, 162.

telectual y económica de potencias de allende el mar, tuvo el coraje de concebir la entelequia de una Patria libre, soberana e independiente, sin ataduras extrañas y creyó que su sueño había de cumplirse.

Es de maravillarse que tuviera esa fe, fe que asombró a Jesús, pues en el relato del hecho que puso de relieve la fe del Centurión dado por Lucas (2) se reafirma que Jesucristo "se maravilló de él y, vuelto a la multitud que le seguía, dijo: Yo os digo que fe como esta no la he hallado en Israel". Ciertamente tenemos que maravillarnos de la fe que tuvo Duarte al embarcarse en la tarea de darnos Patria.

Desde los comienzos de la colonia la esperanza siempre brilló en lejanas tierras. Hubo que legislar contra los que abandonaban sus predios para emprender expediciones conquistadoras de nuevos dominios para los reyes de Castilla. Luego, cada vez que alguna nube se interponía en nuestro camino se recurrió al fácil expediente de la emigración hacia donde todavía flotaba el pabellón hispano. Ese era el procedimiento, sustrayente, desgarrante, debilitador.

Cuando Duarte funda la Trinitaria daba una prueba de fe. Cuando abandonó el país se fue abrigando la fe de que aun en su ausencia los intereses de la Patria inventada por él seguirían criando raíces y habrían de alcanzar una cristalización cabal en su hora debida.

Al designársele oficial superior con capacidad para sustituir en el mando al Jefe Supremo del Ejército en campaña se le ve lleno de fe. Una vez en el teatro de operaciones todos sus actos respiran fe. Fe en la capacidad ofensiva de los dominicanos, fe en la capacidad de autodeterminación de los dominicanos, en la sinceridad de los miembros de la Junta Central Gubernativa, fe en la persona con quien debía ponerse de acuerdo. Fe en la victoria definitiva sobre los vecinos obcecados con prejuicios de raza y que subestimaban la realidad del oriente de la isla.

Rosa Duarte (3) nos presenta el relato así: "Salió para Ba-

(2) Biblia, versión citada, p. 1, 238 (Lucas 7:1-10).

(3) Apuntes de Rosa Duarte, p. 74 y 75.

ní (el 22 de marzo de 1844) el general Duarte; le acompañaban hasta la puerta del Conde sus amigos y el Sr. Arzobispo que le bendijo a la tropa colmándola de bendiciones a su Jefe que salía rodeado de una juventud entusiasta y patriota; también le acompañó su amigo y compañero Pedro Alejandrino Pina, que era el coronel y jefe de su Estado Mayor. Llegados al pueblo de Baní encontraron al Gral. Santana con su tropa y el Gral. Riviere atrincherándose en Azua. El general Duarte puso su cantón en Sabanabuey. Al otro día de llegado a Baní se presentó el Gral. Duarte al Gral. Santana, y en virtud de las órdenes que llevaba de la Junta trató de ver si concertaba un plan de campaña para atacar a Riviere; el general Santana no estaba por la ofensiva; pasaba el tiempo".

El primero de abril, "desesperado el Gral. Duarte y no siéndole posible permanecer en ese estado de inacción que los deshonoraba, se dirigió al campamento del general Santana a proponerle que dando él un rodeo atacaría a Riviere por la retaguardia y Ud. si Riviere en retirada sale de Azua en dirección de este pueblo (Baní) Ud. puede cortarle la retirada y quedará destruido completamente". Santana le contestó que le daría parte de su resolución luego que consultara con los jefes y oficiales que estaban bajo sus órdenes. El general Duarte volvió a su campamento en Sabanabuey, en donde lo esperaban impacientes; les hizo saber a los jefes y oficiales que estaban bajo sus órdenes la contestación del general Santana; todos querían que desobedeciera la Junta y atacar solos a Riviere. Según las órdenes de la Junta, el general Duarte le participaba diariamente el estatu-quo en que estaban. Después de acaloradas discusiones se resolvió pedir nuevas órdenes a la Junta, "a la cual escribió en los términos siguientes: "Es por tercera vez que pido se me autorice para obrar solo con la división que, honrándome con vuestra confianza pusisteis bajo mi mando para que, en todo de acuerdo con el general Santana, tomara medidas de seguridad y defensa de la Patria. Hace ocho días que llegamos a Baní y en vano he solicitado del general Santana que formemos un plan de campaña para atacar al enemigo, que sigue en su depravación oprimiendo a un pueblo hermano que se halla a dos pasos de nosotros. La

división que está bajo mi mando solo espera mis órdenes, como yo espero las vuestras, para marchar sobre el enemigo seguro de obtener el triunfo completo, pues se halla diezmado por el hambre y la deserción". Así comunicó Duarte su fe, su confianza plena en las armas dominicanas. Era todo un hombre de fe.

Santana a lo mejor estaba tan convencido como el mismo Duarte de la impotencia de las huestes haitianas, a pesar de la superioridad de parque que tenían. Había visto que mientras los dominicanos recibían en su camino el apoyo espontáneo de los habitantes, los haitianos veían mermar constantemente sus filas con deserciones de quienes eran de la parte oriental o consideraban altamente humano y noble el ideal duartiano cifrado en el Libro de los Evangelios.

En ese libro se proclama que los humanos todos pueden ser aceptados en la familia de Dios, con el arrepentimiento y sin tener que descender del pueblo elegido. Esto quiere decir que en el Libro de los Evangelios se desconocen los privilegios de raza, no valen los derechos de casta ni linaje, ni de sangre, ni de color. Por eso el Evangelio de San Mateo se abre con la genealogía carnal de Cristo para luego señalar por encima de la filiación de sangre, la nueva filiación por adhesión voluntaria, adhesión que se obtiene por arrepentimiento y aceptación de Jesús como Salvador. Así se anuncian las buenas nuevas del Nuevo Testamento.

Jesús mismo señaló como parentesco superior la hermandad que hay entre las personas de rectitud de vida al decir "quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano, y hermana, y mi madre" (4). Convicción que manifestó cuando le dijeron que lo buscaban sus hermanos, hermanas y su madre (San Mateo 12:50). Cuanto bien haría este principio a muchos colocados en puestos de mando y autoridad.

Eso explica que Duarte sustentara la igualdad de las razas porque no creía en privilegios fundados en raza. Eso diferencia la revolución dominicana de la haitiana. Los haitianos sustituyeron los privilegios de los blancos por los de los ne-

(4) San Mateo 12:50, véase desde el verso 56 para el texto completo

gros. Les bastó cambiar la raza dominadora. Duarte preconizó para los dominicanos algo que parece no haberse logrado cabalmente todavía, la igualdad de los hombres ante la ley. El prestigio de los que cumplen y hacen cumplir la ley, sin favoritismos, ni egoísmos vergonzantes.

Así aspiraba Duarte que fueran los dominicanos. Ciertamente tuvo la fe del Centurión. El de Cafarnaún sabía cuánto podía Dios hacer si quería. A lo mejor había experimentado ese poder, lo conocía. Duarte conocía la realidad haitiana y dominicana. Todavía cuando realizaron la unificación de la isla, los haitianos conservaban parte de la capacidad bélica con que vencieron las legiones de Napoleón. Pero en 1844 el soldado haitiano no era el mismo. No tenía como los hombres que pelearon a las órdenes de Toussaint y Dessalines el recuerdo que por doloroso los acicateaba, al pensar los sufrimientos de la esclavitud. Los soldados haitianos de la época ignoraban los rigores de la ergástula, los latigazos y los malos tratos que comunicaron ferocidad a los de varias décadas anteriores.

Además, como bien se describe en la obra que sobre la ocupación haitiana ha publicado Frank Moya Franco, los haitianos establecieron su régimen en la parte oriental de la isla, pero no en forma de colonia dependiente. Todos los historiadores dominicanos mencionan la elección de representantes de la parte del Este para los cuerpos legislativos de Puerto Príncipe. Así fue como muchos de nuestros políticos fueron primeramente legisladores haitianos.

La forma pacífica, incruenta, como se fue enarbolando el pabellón dominicano en toda la parte del territorio del Este de la isla, tiene su explicación clara en el funcionamiento de la Guardia Nacional que Duarte conocía a fondo.

El cuerpo llamado a mantener el orden público en todos los lugares de la nación unificada estaba constituido por vecinos residentes de cada localidad.

Duarte se compenetró de tal realidad llegando a ocupar el grado de oficial de dicho cuerpo. Este era una especie de servicio militar obligatorio al cual podían ingresar con rango de oficiales aquellos que podían comprarse el uniforme y demás atuendos característicos del oficial. En 1842 Duarte fue nom-

brado capitán de la compañía de la Guardia Nacional en la forma acostumbrada, pues la organización nombraba sus jefes (5).

En la carta que el Reverendo William Tawler, misionero protestante, único maestro del general Gregorio Luperón, según consta en su autobiografía (6), de fecha 9 de abril de 1844, éste informa a la Casa de Misiones Wesleyanas con sede en Londres, Inglaterra, que "los habitantes de la parte oriental de Haití, denominada parte española, se ha levantado con la determinación de tener un gobierno aparte".

Relata que "el movimiento comenzó en el vecindario de la ciudad de Santo Domingo, el cual encabezó la lucha y demandó la entrega de la ciudad. El general haitiano encargado de la misma capituló e hizo entrega de la plaza. Los vecinos tomaron posesión de la ciudad como Capital de la "República Dominicana".

Agrega que "como la mayor parte de la población es de habla española y favorable al cambio fue poca la oposición que encontraron y procedieron de un pueblo en otro a bajar la bandera haitiana y enarbolar la dominicana".

Esta descripción de como se hizo sin tropiezo la organización del país bajo la Junta Central Gubernativa sólo pudo realizarse ante el hecho de que las denominadas fuerzas de represión, organismos de orden público, los grupos castrenses del Este de la isla estaban en favor del cambio, como apunta Tawler.

Dice que "las noticias del movimiento llegaron a Puerto Plata el 6 de marzo. Los cañones de la fortaleza dispararon salvas de artillería para alertar al pueblo y convocar a reunión de la Guardia Nacional".

Esta convocatoria constituía una movilización del cuerpo de voluntarios civiles que componía el mencionado cuerpo castrense.

Además señala que "eran escasos los hombres que no llevaban consigo un par de pistolas. El general haitiano se reti-

(5) Rosa Duarte, p. 49.

(6) Archivo personal del autor de este trabajo. Copias fotostáticas del Archivo de la Misión Wesleyana de Londres.

ró de la ciudad y se concentró en la fortaleza con alrededor de dos compañías de guardias nacionales que decidieron seguirle y declararon tener la intención de defenderlo y de disparar contra la misma ciudad si era atacado".

Confiesa que "ante el temor de que tal cosa sucediera llevé mi familia a bordo del "Spinter", un bergantín inglés de la firma Martin & Co., de Greenock, Inglaterra, cuyo capitán era el señor Forrest".

Por el relato del misionero Tawler vemos que mientras la independencia haitiana está llena de sangre inocente vertida con rabia, con odio, el nacimiento de la nacionalidad dominicana se realiza bajo signos más civilizados.

Así lo consigna el relato de Tawler, que continúa así: "El Ejército de habla española anunció que atacaría la fortaleza si se veía obligado, pero también que no deseaba derramar sangre y que sus jefes estaban dispuestos a recibir los términos de capitulación de los haitianos. El jueves 14 de abril de 1844, la bandera haitiana fue bajada y se izó la dominicana sobre la Fortaleza San Felipe de la ciudad de Puerto Plata".

"Se le permitió al general haitiano embarcarse, junto con muchos que deseaban seguir acompañándole, en un barco provisto por el nuevo gobierno".

Toda generosidad fueron los dominicanos y hasta suministraron los medios de transporte para la salida de los enemigos.

La descripción que hace Tawler del pabellón nacional es digna de ser conocida por todos. Dice que "la bandera dominicana tiene una cruz y que ostentaba en el escudo nacional las palabras, "Dios, Patria, Libertad, Separación". Esta bandera es la misma que la haitiana, a la cual agregan la cruz blanca. Por esta cruz gran número de hombres se han lanzado a pelear, quienes no lo hubieran hecho también, al tomar en consideración que peleaban por Dios y por la Cruz".

Al finalizar la carta dice: "Debo decir que he recibido una carta de Samaná, mediante la cual supe que allí todo está tranquilo por ahora, que como ese lugar queda dentro de la parte española de la isla, el nuevo gobierno domina el sector. El nuevo comandante ha mandado a decir a todos los americanos residentes allí" (es decir, a los pobladores negros de

habla inglesa) "que tendrán la protección del gobierno y serán respetados en cuanto a la celebración de sus cultos, pero que están obligados a servir en la Guardia Nacional como lo hacían anteriormente".

Las últimas palabras explican el carácter compulsivo del servicio en la Guardia Nacional.

En carta de fecha 14 de junio de 1844, Tawler informa que "la mayoría de nuestra gente en Puerto Plata ha regresado a sus hogares y están asistiendo a los servicios religiosos. Los funcionarios del nuevo gobierno han dicho que no desean perturbarnos en manera alguna en cuanto a nuestra religión, y que la religión protestante será tolerada y protegida. Por otro lado tienen un arzobispo católico en Santo Domingo y ya han proclamado públicamente que la religión católica romana será mantenida en todo su esplendor. Presumo que con eso dicen que será mantenida con mayor pompa y despliegue, y que le prestarán atención a celebrar todas las fiestas religiosas".

Agrega sécamente: "No han interferido de manera alguna con nuestros cultos".

Tawler tenía instrucciones de pasar a Samaná e informa "haber acabado de regresar de ese lugar, gracias a un pasaje de ida y vuelta que consiguió en una goleta inglesa que hace escala en este puerto de Puerto Plata. Encontró a la gente preocupada por no haber ido él a quedarse allí y desilusionado por no haber llevado consigo su familia. Celebró reunión con los líderes y con la sociedad metodista de la iglesia y se le informó que la gente estuvo muy preocupada en los comienzos de la revolución independentista, sin saber qué hacer. Los feligreses de la iglesia protestante de Samaná habían sido llamados a prestar servicio militar en la Guardia Nacional y como soldados del Ejército dominicano. Muchos de los jóvenes se vieron compelidos a ingresar en el Ejército y fueron enviados a Santo Domingo.

Los principales miembros de la iglesia, los cuales eran hombres en su mayoría, fueron llamados todos a la comandancia del lugar y se les dijo que serían tolerados y protegidos en el ejercicio de su religión.

Con excepción de algunos jóvenes, a quienes se les impedía venir a las reuniones, y unas cuantas personas más de la población, los cultos han continuado activos en Samaná”.

Como entre los jóvenes reclutas había algunos muy activos en la iglesia y esto había afectado la iglesia protestante de Samaná, Tawler “visitó al comandante de la plaza para pedirle que dejara en libertad a tres hombres de nuestra iglesia para que pudieran actuar como maestros de la escuela dominical. El comandante prometió hacerlo y mandó a buscarlos, pero cuando los vió dijo que no podía licenciarlos porque eran soldados de mucho valor para el servicio militar. Al urgirle que los soltara, los dejó en libertad, pues eran personas muy necesarias por su capacidad. Con estos tres hombres y otros de mayor edad confío en que los cultos podrán seguir celebrándose con regularidad. Para que esto fuera así les tracé un plan de actividades a realizar durante tres meses”.

La Guardia Nacional reclutaba la juventud, la adiestraba y mantenía al servicio del orden. Duarte sabía que en la parte española había suficiente número de tropas entrenadas y armadas para rechazar toda invasión de occidente. Conocía la organización interna de la Guardia Nacional pues había sido capitán de la misma.

Tan pronto llegó Duarte al frente de guerra intentó iniciar la ofensiva. La mayor gloria de Santana se logró utilizando el mismo plan que le propuso Duarte en Baní. La batalla de Las Carreras se dió exactamente haciendo que dominicanos atacaran por la retaguardia. El parte de la batalla dice que se escucharon toques de ataque por la retaguardia haitiana y cundió la confusión. Entonces la batalla de Las Carreras la ganó Duarte, como estratega, aunque no estuvo presente en el combate, como no lo estuvo en la puerta del Conde cuando se proclamó la República conforme a su idea. Duarte es el Padre de la Patria por excelencia.

Era hombre de fe. Tenía la fe del Centurión en Sabana-buey, en Baní, cuando salió de la capital comandando una fogosa juventud que no alcanzó mayores glorias porque Santana esperaba una oportunidad, una excusa para dirigirse a Santo Domingo y dar un golpe de Estado.

Como Solón buscó el exilio, se internó en las selvas del Orinoco seguro de que su misma ausencia contribuiría a que sus ideales patrióticos echaran raíces. La bandera, el escudo y el Libro de los Evangelios debían cumplir su destino de agentes del patriotismo puro. Y así fue cuando se pretendió sustituirlos como símbolos de soberanía. Se convirtieron en obstáculos, cada uno de ellos. Todos habían calado hondo en el alma de los dominicanos.

Hoy 16 de julio de 1973 están vigentes, más que nunca.

Duarte mencionó la fe del Centurión, quien era un gentil y la iglesia cristiana comenzó siendo formada por judíos en Jerusalén. Si hoy la mayoría de los cristianos somos gentiles no debemos olvidar que fue un Centurión, Cornelio el primer creyente gentil, el primer cristiano no judío que ingresó a la iglesia. Este Centurión de Cesarea tenía mucha más fe que aquel que maravilló a Jesús. Como gentil el Centurión de Cafarnaún le pidió a Cristo que dijera la palabra para que su siervo fuera sanado. No aspiraba a que Jesucristo le visitara, cosa que repugnaba a los judíos ir a casa de no judíos, lo que los destituía de la santa separación en que vivían. Cornelio no vaciló en mandar por San Pedro que estaba en Jope para viniera a visitarle. San Pedro vió repetirse tres veces la visión que le decía que no hay diferencia entre judío y gentil para Dios.

En época de Jesús la humanidad estaba dividida para los judíos en tres clases de personas no judías de sangre: los convertidos al judaísmo o prosélitos, los temerosos de Dios y los paganos incrédulos. Tanto el Centurión de Cafarnaún como el de Cesarea eran temerosos de Dios, pues su actitud es de creyentes, pero no de judíos. Pero Cornelio había tenido una visión que le prometió buenas nuevas que le daría San Pedro.

Duarte se compenetró de que Cristo vino a derribar los muros entre gentiles y judíos, pues su salvación es para todos, no por motivos de sangre, sino para blancos, negros, africanos, franceses, españoles, ingleses, criollos, mestizos, mulatos, sin distinción de raza, de color de piel, de posición social. Por eso creía en la fusión de las razas, en la igualdad humana, en la

fraternidad universal bajo el signo de la cruz de Cristo, bajo la palabra de Dios simbolizada en un libro abierto en medio del escudo nacional.

Eso de ser militar temeroso de Dios quiere decir que se trata de hombres, que hay un Ser Supremo que los ve, que nada malo queda oculto, que en el tribunal divino se pagan todas las culpas. Cuan necesitado está el pueblo dominicano de que los que ocupan rango militar y posiciones de autoridad de todo género se compenetren de que Dios todo lo sabe, todo lo ve, que para El no existen secretos y por tanto hay que actuar siempre correctamente, no importa la posición ventajosa del mando, ni los privilegios del escalafón militar, pues la autoridad terrenal la ha permitido Dios para que se haga justicia, no para cometer crímenes.

En un país donde las autoridades actúan con probidad, obran con justicia, administran bien los fondos, no se cometen abusos de poder, ni atropellos contra los débiles, contra los infelices, no se le teme a la prensa, porque ella sólo puede ayudar a esclarecer la verdad, a señalar las fallas, a poner en evidencia lo que merece repudio público, rectificación inmediata.

El temeroso de Dios tiene el principio de la sabiduría, no actúa pensando que lo ven los ojos del hombre, sino sabiendo que lo está viendo Dios, que todos sus actos, hasta sus pensamientos más íntimos son conocidos por Dios y nadie puede evitar esa realidad contundente y monolítica.

Hombre de fe. Duarte no sólo tiene la fe del Centurión; tiene la fe de Abrahám. aquel primero de los creyentes que abandonó su país, su familia, todo lo suyo para aventurarse a ser peregrino con la esperanza de llegar a ser padre de todo un pueblo. Partió hacia rumbos desconocidos, por un camino sin destino determinado para esperar el cumplimiento de una promesa que tardó más de cuatro siglos para cumplirse.

Así llegó Duarte hasta a ofrecer en holocausto a la Patria la casa de sus padres, la casa solariega, seguro de que con el crédito de que disfrutaba y con el trabajo y la ayuda de Dios podría reponer los bienes que vendiera para comprar armas para la causa de la libertad.

La lectura de textos sagrados le dio esa fe, una fe gigantesca, una fe hiperbólica, una fe sólida, fuerte, poderosa que movió su corazón de fundador de la Trinitaria, le dió alas a su imaginación de poeta y cívico visionario para proyectarse sobre las generaciones futuras por medio de símbolos: la bandera, el escudo, el Libro de los Evangelios. El libro que no reconoce diferencias ni otra aristocracia que la del talento. El libro que nos habla de hacernos tesoros en el cielo donde ni la polilla ni el orín corrompen (8). En él se nos habla de ser justos, de amar al prójimo. Por eso debía incluirse entre las realizaciones del programa del Centenario de la Muerte de Duarte imprimir la primera edición del Nuevo Testamento producida en tierra dominicana.

Si la posición de libro abierto de par en par en nuestro escudo pudo ayer interpretarse como inarmónica con la política que sobre la lectura de la Biblia mantendría la Iglesia Católica Romana, con los decretos del II Concilio Vaticano se hace imperiosa la necesidad de seguir esa simbología medular de nuestro escudo para cumplir los acuerdos conciliares.

Como en ese cónclave romano se proclamó que la lectura de las Sagradas Escrituras es la vía áurea para buscar la unión de todos los cristianos, urge crear un funcionario que se ocupe de facilitar a las personas e instituciones empeñadas en distribuir la palabra de Dios que puedan llenar su cometido, sin sectarismos de ninguna clase, con sentido ecuménico, para que no se vean entorpecidos en algo que merece el respaldo del pueblo dominicano, en acatamiento a los decretos ecuménicos conciliares y en esfuerzo por traer paz a la humanidad conturbada. Duarte fue un hombre de fe, propaguemos el libro que generó en su pecho, la fe del Centurión.

(8) Mateo 6:20, p. 1.160; 5:43, p. 1.159 y 10:19, p. 1.380, Biblia Nácar Colunga.

PEDESTAL PARA UN HEROE

Por Mariano Lebrón Saviñón

Cuando se evoca una familia que rindió culto a la protervia, por culpa de los hados, quizás, o saña incomprensible de las feroces euménides mitológicas, surgen en la Historia los Atridas, gentes de luciferinas acciones, que van de la infidencia al filicidio y de éste al matricidio con insólita impavidez. Pero la misma Grecia, no ya la legendaria sino la histórica nos presenta la antítesis en la gloriosa estirpe de Esquilo.

Esquilo es el primer trágico de la literatura clásica, y uno de los primeros del mundo, y fuera el primero a no haber existido Shakespeare, ese casi monstruoso creador de caracteres. "Todo en Esquilo —y ahora me cito— es dramático, heroico, singular. Su misma vida pudiera enmarcarse en su teatro portentoso. Surgió en el lapso de oro de la Hélade. Entra de pleno, pues, en la Edad Heroica de Atenas. Y fué héroe también, de los grandes, como los que exalta. Peleó en Maratón donde fué herido. Como Cervantes, su hermano en la angustia creadora, llevó en su cuerpo mortal la huella dolorosa de sus jornadas bélicas. Mas, no quedó mutilado, como el glorioso manco de Lepanto. Por eso siguió sirviendo a su patria en Plataea y Salamina, contra los persas, a quienes luego canta. Es que Esquilo, ese grande trágico del mundo, viene de buena pasta, con potísima voluntad heroica".

"A Cinegiro, hermano del poeta, al iniciarse el abordaje

de una galera persa, le cercenaron los dos brazos; entonces afincó los dientes, furiosamente heroico. Para hacerle soltar el mordisco hubo que decapitarlo. Su otro hermano, Aminias, él solo, echó a pique un bajel en Salamina.

No lo entendeis? Esto es historia, no leyenda. Qué decir si fuera cantada por un homérica, con la pasión y fidelidad ardorosa que ponen los poetas en sus cantos? Y hay quienes duden de las glorias del Cid!" (1).

De la dura materia de Esquilo, Aminias y Cinegiro fué la familia Duarte. Y entre todos fulge con brillo inconcebible, con su doble aureola de Apóstol y Libertador, Juan Pablo Duarte, el Padre de la Patria, héroe de una tragedia que Esquilo debió escribir. Alguna vez lo comparé a Prometeo con estas palabras:

"Duarte fué un Prometeo sereno y resignado que por el solo delito de robar el fuego de la libertad para entregárselo a los dominicanos, fué condenado por los jueces del Destino a que los buitres de la ingratitud le devoraran la entraña del amor". (2).

En ningún otro hombre de la Historia brilla igual la luz del sacrificio; nadie se aferró como él al asta empinada del ideal; ningún héroe más puro, ni más hondamente humano, ni más arrebatadamente heroico. La callada heroicidad de los renunciamientos en entrega total. Por eso Joaquín Balaguer le ha llamado "El Cristo de la Libertad" (3).

Su grandeza es tal que muchos de los heroicos personajes que se movieron a su redor quedan esfuminados por su sombra. Tal es el caso de sus hermanos Vicente Celestino y Rosa Duarte. Sobre todo el primero a quien muchos conocen como "el hermano de Duarte", digno sólo por ésto del recuerdo, y no de un pedestal, olvidando que fué hombre de acción y pa-

(1) Lebrón Savifión, M.—"El Drama Trágico" Cap. VI. "Esquilo, la suprema majestad del arte" 2 tomos. Inéd.

(2) Lebrón Savifión, M.—"La vida de Duarte: una tragedia de Esquilo" Bol. del Inst. Duarteano, Vol. N° S. D. 1971.

(3) Balaguer, J.—"El Cristo de la Libertad" Fund. de Crédito Educativo Inc. S. D. 1970.

tricio idealista, co partícipe de muchas de las ideas y de gran parte de las angustias y sacrificios de su hermano excepcional.

Duarte fué paradigma señero en la Historia. "Pero su casa fué cuna de héroes".

En la jacarandosa, pero recia Andalucía, se formaron los ascendientes de Duarte. Su padre, Juan José Duarte vino de Cádiz, habiendo nacido cerca de Trafalgar, en la antiquísima ciudad de Vejer de la Frontera. Había nacido el 15 de septiembre de 1768. Como atraído por la mano del Destino vino a Santo Domingo en busca de fortuna, de horizontes fecundos, de nueva vida, aunque salados sus ojos de nostalgia, esa nostalgia del indigno que pronto la mansa belleza de la criolla borrrá de su corazón. Vino, pues el arrogante andaluz y aquí arraigó. Antes que la criolla fué la tibieza tropical de esta isla de ensueño quien comertzó a atemperar el fuego de sus primeras saudades. Y así engrosó, como afirma Máximo Coiscou Henríquez, la larga caravana de emigrantes que la sombra imponente y sanguinaria de Toussaint Louverture arrojó de nuestra patria (4). El alba de Palo Hincado, augurio de un amanecer de rotas esperanzas dentro del marco de la españolía, lo atrajo de nuevo a su patria adoptiva, "modesto, casi oscuro. Anticipando al hijo impar, el amor de la isla abandonada" (5).

El alma de Juan José Duarte era recia, como la tizona con que se forjó la epopeya. Después de su matrimonio con Doña Manuela Díez, de ilustre ascendencia española, fomentó su negocio en el ramo de marina. Este negocio, según apunta el trinitario José María Serra, "estaba situado en la Atarazana, frente a la muralla, al lado de la antigua Aduana. y se dedicaba (Juan José Duarte) hacía ya muchos años al negocio de ferretería, motonería, cordelería y artículos de este género. Su antiguo crédito y el no tener competidor, la buena dirección de Juan Pablo, y la cooperación de su hermano Vicente, que de continuo en la costa estaba dedicado a la compra de caoba, campeche, mora y guayacán, le proporcionaban realizar ganancias tan lucrativas como frecuentes".

(4) Algunos creen que Vicente Celestino Duarte nació en Mavartez...

(5) Coiscou Henríquez, M.—"Historia de Santo Domingo" Vol. II, Ed. Montalvo. 1943.

(6). Consta, pues, que los Duarte trabajaban y medraban, en un ambiente inquietante de turbulencias insólitas, de cambios bruscos y desejanter, aunque hostil, modelador de sus caracteres. El padre era el eje de aquel hogar, donde la madre, de alma blanca como la cera, pero tan altiva ante los embates de la vida como templada para los avatares de la desgracia, conducía con resignación cristiana, aquellos hijos hacia una cumbre de dignidad inviolada. Era la estatua viva de las antiguas matronas romanas que modelaban las almas de los héroes.

Juan José Duarte, para ser ejemplo de su prole maravillosa, no doblegóse ante voluntades ignaras, ni firmó el Manifiesto con que algunos españoles, encabezados por los catalanes en 1822, hicieron protesta de adhesión a Boyer. Los que tal hicieron se vengaban de la acción de José Núñez de Cáceres contra España, al proclamar la Independencia Efímera, y contra los españoles a quienes privó de empleos públicos y gravó con impuestos que resarcieran el erario público en plena bancarrota. Pero Juan José Duarte era de inflexible entereza, y con su noble actitud daba ejemplos a sus hijos de probidad y orgullo y de grandeza humana, los que dieron opimos frutos en la formación de nuestro carácter nacional.

Doña Manuela Diez era serena y estoica, sufrida y buena. Espartana en la abnegación, casi santa en la capacidad de entrega y sufrimiento.

Juan José Duarte y Manuela Diez tuvieron siete hijos: Vicente Celestino (que fué el mayor), Juan Pablo, Rosa, Filomena, Sandalia, Manuel y Francisca.

Juan Pablo Duarte, nacido el 26 de enero de 1813 era el segundo en la prole, diez años menor que Vicente Celestino, que era el mayor. Le tocó en la Historia ser el hombre providencial y casi santo que echó sobre sus hombros la responsabilidad de liberar la Patria de la larga noche de la opresión. ¿Qué pasó durante ese lapso luctuoso, aquelárrico y abisal de vein-

(6) Serra, J. M.—"Apuntes para la historia de los trinitarios fundadores de la República Dominicana". Imp. Vda. García. S. D. 1887
Boletín del Instituto Duarteano. Año II N° 4. S. D. Abril-Junio 1970.

tidos años bajo la férrea garra de los haitianos? Oigamos lo que dice al respecto don Emiliano Tejera:

“Contrista el ánimo el solo recuerdo de época tan luctuosa. Cuánto horror, cuánta ruina, cuánta amargura devorada en las soledades del hogar!

Nunca la elegía animada por intenso y legítimo dolor, produjo quejas más lastimeras que las exhaladas por las madres dominicanas en sus eternas horas de angustia.

Pena causaba el nacimiento del niño, pena verlo crecer. ¿Para qué la hermosura de la virgen, sino para que fuera más codiciada por el bárbaro dominador? ¿Para qué el fuerte brazo del varón, si no iba a servirle sino para sostener el arma, que debía elevar en las civiles contiendas, no al más hábil, ni al más liberal, sino al mejor representante de las preocupaciones populares de la raza? ¿Para qué la inteligencia del joven sino para hacerle comprender en toda su fuerza la intensidad de su degradación? ¡Qué dolor el del padre al despedirse de la vida, dejando sus hijos en aquel mar sin orillas, más sombrío y pavoroso que los antros infernales del augusto poeta florentino!

Nada grande, nada útil quedaba!

Las enredaderas silvestres crecían a su antojo donde antes el cafeto doblaba sus ramas al peso de las rojas bayas o donde el prolífico cacao encerraba en urnas de oro o púrpura el manjar de los dioses. El grito de los mochuelos interrumpía el silencio de los claustros que habían resonado un día con los viriles acentos de los Córdovas, las Casas y Montesinos, y la araña cubría de cortinas polvorientas la cátedra de los sabios profesores que, por su esencia, habían conquistado para su patria el honroso calificativo de Atenas del Nuevo Mundo. Los templos iban convirtiéndose en ruinas, o en cuarteles de los sectarios del Vodou y los conventos eran morada de lagartos y le-

**DONACION DE LA
BIBLIOTECA DEL PROF.
ENRIQUE PATIN VELOZ
IN MEMORIAM**

chuzas. La iglesia, oprimida en occidente por la autoridad civil, no podía llenar con entera libertad su misión civilizadora y los buenos pastores, o tomaban el borbón del peregrino, o debían resignarse, por amor a sus feligreses, a soportar prácticas sociales contrarias a las buenas costumbres antiguas.

Las familias pudientes huían de Santo Domingo como se huía antes de Sodoma y Gomorra, y con ellas los capitales, el saber, la ilustración, las prácticas agrícolas. Las confiscaciones legales hacían bambolear el derecho de propiedad y se preveía la llegada del momento en que el color fuese una sentencia de muerte, y el nacimiento en el país un crimen imperdonable. ¡Y esa situación la soportaban los descendientes de los conquistadores de América! ¡Los que habían vencido a los franceses en cien combates! ¡Los que rechazaron virilmente los ataques de Penn y Venables! ¡A qué abismo habían descendido! Esclavos de los sucesores de Cristóbal y Dessalines, cuando antes, en mar y tierra, los dominicanos habían paseado, enhiesto, el pabellón de la victoria y su sangre había corrido a torrentes para que la tierra que cubriese sus restos no fuese profanada con la sombra de una bandera extraña" (7).

Contra esa situación se elevó el grito de redención; floreció en el alma solariega de Duarte, pero fué recogida por un grupo de jóvenes idealistas que adoraron el magnetismo del Apóstol.

El ideal fué de Juan Pablo Duarte, pero el cantero que vivificó la planta fué su propio hogar.

Su hermana Rosa Duarte Diez nació el 28 de junio de 1820. Era, pues, siete años más joven que el Padre de la Patria, y la más comprensiva admiradora del alma heroica y límpida de su hermano. Cuando para ella no fué un secreto los ideales que animaban aquel corazón, que ella sabía sin par; cuando atisbó la peligrosa conspiración que se fraguaba en su casa,

(7) Tejera, E.—"Monumento a Duarte". Imp. García Hnos S. D. 1894.



en el comercio de su padre y en todos los rincones de la ciudad, se hizo cómplice y copartícipe, con su silencio y su estímulo. Sus dos hermanos mayores se movían, ante sus ojos zahories y expectantes, con sigiloso dinamismo. Y comprendía que un gran peligro se cernía sobre sus cabezas; pero eran más poderosos en su alma los impulsos de su ideal, que todo otro sentimiento. Y ni siquiera el temor puso freno a los apresurados latidos de su noble corazón. Allegó armas a la noble causa de la independencia, y sufrió con estoicismo, como su hermana Francisca, como su madre, Doña Manuela, el destierro y la pena de las persecuciones. Todo lo sufrió sin queja, y todo lo perdió, no solo los bienes materiales, sino al hombre de su amor, egregio como sus hermanos, el patriota Tomás de la Concha, su prometido, fusilado por Santana en 1855, en el mismo patíbulo donde cayó abatido Duvergé. Por su sacrificio, por su heroicidad, por su limpidez, que estimulaba el encono de los enemigos de su hermano, apuró el pan, duro y amargo del ostracismo. Allí en su residencia de Caracas, en ese ágora de sacrificios, la miseria era tan impiadosa, que don Emiliano Tejera llamó "mansión de dolores a aquel desolado hogar". Ella sabía de donde le venían los dardos inmisericordes que llagaban su alma. Por eso en carta que, conjuntamente con Francisca, escribiera a don Emiliano Tejera el 10 de febrero de 1885, le dice con dulce amargura:

"Nosotros en todo somos las herederas de todas las contrariedades que a cada instante, como una rémora, Juan Pablo encontraba en su camino. Yo no exagero. Usted no lo está mirando?" (8).

Y el 22 de abril del mismo año, al Maestro Federico Henríquez y Carvajal:

.....cubra este papel la gota de hiel que, a nuestro pesar, en lugar de tinta, humedeció la pluma" (9).

En vista de la miseria en que estaban las dos desventuradas exiliadas, al cuidado del menor de los hermanos, Manuel, a

(8) Duarte, R.—"Apuntes de Roa Duarte". Instituto Duartiano. Vol. I Ed. del Caribe C. por A. S. D. 1970.

(9) Duarte, R.—Ob. Cit.

quien las tantas desventuras habían enloquecido, solicitaron en 1883 auxilio económico al Gobierno dominicano. La comisión la trajo a Santo Domingo su tío José Prudencio Diez. En un párrafo de esa carta se lee:

..... se encuentran solas en tierra extranjera, sin abrigo y sin pan rodeadas de la sombra de la miseria con su hermano menor a quien el horrible golpe del 44, que hirió tan gravemente, hizo de él su víctima especial privándole de la razón."

El Congreso acogió favorablemente la petición. Sin embargo, no habían de volver a la Patria las desdichadas hermanas del Fundador. En 1884, al año siguiente eran trasladados a Santo Domingo, desde Caracas, los restos de Juan Pablo Duarte. Rosa y Francisca se preparaban para el retorno, pero desistieron, porque el infeliz Manuel se negó a regresar al país, y ellas no quisieron abandonarlo.

El mayor de los hijos de Juan José y doña Manuela fué Vicente Celestino Duarte. Nació en el 1803, y es fama que siempre vió con honda ternura a su hermano Juan Pablo, párvulo enfermizo cuando él era un adolescente, en un afán de protegerlo en el mundo hostil y oscuro donde creció. Mientras su hermano se educaba e iba acumulando en su conciencia el acervo humanístico que va a condicionar el romántico idealista que luego fué, Vicente trabajaba con su padre, más atento al cotidiano atuendo de la lucha diaria que a los sueños de gloria. Él era un comerciante activo del que su padre debía estar muy orgulloso, ya que con el comercio maderero ayudaba a acrecentar su negocio, medrante entonces, pese a la dureza de los tiempos y a las inquietudes perennes que azotaban la vida nacional. El regreso de su grandioso hermano de Europa transformará su vida. El taciturno joven de melancólico mirar que en 1830 partió hacia Europa, ávido de nuevos conocimientos, regresa en 1833, con nuevas nociones de la vida y vastas concepciones que resultan insólitas, y contemporáneas: habla de los fueros y libertades de Barcelona, recita versos románticos, canta canciones nuevas con la guitarra que rasgueaba a perfección y ensaya melodías exóticas

en la flauta que le es familiar. Vicente Celestino está orgulloso de su hermano, pero al mismo tiempo sorprendido de la simpatía que irradia su figura y la admiración que concita. Los jóvenes corren a Juan Pablo, como los insectos a la atracción del candil.

Vicente y su esposa van a constituirse, con sus hijos, en refacción de amor para este hombre tan abierto a los fulgores del afecto y tan sensible a la ternura. Vicente casó el 9 de junio de 1822 con María Trinidad Villeta (10). De este matrimonio nacieron Enrique —otro de los héroes olvidados de nuestra historia—, Vicente, María Ignacia, Romualdo Ricardo y Wenceslao Camilo María, quien solo tenía dos años cuando se fundó La Trinitaria (11). De esta manera Vicente es el único Duarte que dejó descendencia, y algunos de sus miembros fueron muy ilustres, aunque se distinguieron en otras latitudes. Uno de sus hijos Romualdo Ricardo Duarte Villeta casó en Caracas con Francisca Rodríguez de Cosgaya (que era viuda de don Miguel Tejera de la Mota), una de cuyas hijas, Matilde Duarte Rodríguez casó en Caracas con José Ayala, teniendo tres hijos (12). Uno de ellos, José Ramón Ayala Duarte, casó con Carmen García, una elegante dama cubana, y tuvo un hijo (13), al cual para conservar el apellido Duarte, ya extinguido, se le dió el nombre de Fernando Duarte Ayala y García (14). "Los Ayala, figuras de las letras venezolanas, residen en Venezuela, manteniendo vivo el recuerdo de sus esclarecidos antecesores dominicanos" (15).

Durante el lapso que va del 1834 a 1838, en el Almacén de La Atarazana, Juan Pablo Duarte, que lleva los libros del negocio paterno, da clases de inglés y matemática a un grupo de jóvenes humildes. Vicente Celestino no se beneficia de esta enseñanza filial, pues su negocio maderero en el Este no se lo permitía. Pero alguna vez se asomaba a aquella cátedra,

(10) Ella era hija de don Agustín Villeta y María Ponce de León.

(11) Nació el 28 de septiembre de 1836.

(12) Fueron Crispín, Hernán y José Ramón Ayala Duarte.

(13) El 17 de noviembre de 1914.

(14) "La familia Duarte", en el opúsculo "Gloria a Duarte". S. D. 1930.

(15) Rodríguez Demorizi, E.—"Apuntes de Roca Duarte". Palabras Liminares, Inst. Duartiano. Vol. I. S. D. 1970.

y escuchaba, orgulloso, el mensaje de arrebatado idealismo que su hermano diluía en cada enseñanza. Es obvio que Juan Pablo traía a sus palabras los recuerdos de su viaje: la liberalidad con que los hombres se movían en las grandes urbes como Nueva York, Londres, París, Barcelona..., los cantos vigorosos de un romanticismo revolucionario, que resonaban nuevos y alentadores en poetas rebeldes que como el Duque de Rivas, encantaron su alma e influyeron en algunas de sus acciones singulares (16).

También Vicente Celestino como aquel grupo de idealistas que se iban formando a la sombra de su hermano iba captando el mensaje: está bebiendo en la copa del ideal, agua de sacrificio, licor de amor patrio, vino de libertad... Va a ser un discípulo de su hermano que deberá ocupar en la Historia un escaño igual al de Pina o Pérez, al de Sánchez o Mella.

El 16 de julio de 1838 funda Juan Pablo la sociedad La Trinitaria, con ocho compañeros, movimiento gestor de la independencia. ¿Fue Vicente Celestino uno de los nueve primeros trinitarios, de los que firmaron con sangre de sus venas el solemne juramento de hacer una patria libre al nombre de la Santísima Trinidad?

José María Serra que es uno de los predestinados dice:

“En nuestras confidencias revolucionarias no habían entrado más que los nueve que habíamos de constituir la Trinitaria” (17).

Y más abajo da la lista de esos nueve: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix María Ruiz, Benito González, Jacinto de la Concha, Pedro Alejandrino Pina, Felipe Alfau y José María Serra.

¿Estaba Vicente Celestino Duarte fuera de este secreto? ¿Se concibe que un hombre del encendido idealismo de Duarte, de sus altas condiciones apostólicas, desconfiara de su hermano mayor hasta el extremo de no confiarle el proyecto que conocían ocho de sus compañeros? ¿Era tan poca la perspicacia-

(16) Véase “Duarte Romántico” de Emilio Rodríguez Demorizi, Inst. Duartiano, Vol. III. S. D. 1969.

(17) Obra citada.

cia de Vicente que no vislumbrara a través de las palabras de su hermano, de sus gestos, de sus andadas, la idea que bullía en su alma y que él difundía, entonces, entre sus más íntimos? En la refutación que hace Alejandro Bonilla al opúsculo de Serra da como nombres asaz conocidos de los fundadores de La Trinitaria, los siguientes: Juan Pablo Duarte, Vicente Celestino Duarte, Pedro Pablo Bonilla, Juan Isidro Pérez, José María Serra, Benito González, Félix María Ruiz, Juan Nepomuceno Ravelo y Felipe Alfau. Y dice, textualmente en uno de los párrafos finales, refiriéndose siempre a los "Apuntes": "Allí se silencian méritos conquistados en noble lid; allí se disciernen honores con los cuales nunca soñó el agraciado. Tal se ve en la nómina de los trinitarios, en la que no aparecen los nombres de Vicente Celestino Duarte y Pedro Pablo Bonilla, verdaderos mártires de la Santa Causa" (18).

Vetilio Alfau Durán que estudia exhaustivamente la cuestión de los nueve primeros trinitarios, revela siete listas de otros tantos autores, y el hermano del Padre de la Patria figura en tres: en la de Juan Nepomuceno Ravelo, la de Rosa Duarte y la ya citada de Bonilla (19). En la nota final, Alfau Durán da como lista definitiva la de José Gabriel García, que es la misma de Serra aprobada por Jacinto de la Concha y Juan N. Ravelo. Esta es: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, José María Serra, Felipe Alfau, Benito González, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix María Ruiz y Jacinto de la Concha (20).

¿Y Sánchez? ¿Y Mella? Es obvio que ulteriormente, y muy posiblemente en los primeros días, se incorporaron a la Sociedad personas de la entera confianza del Fundador, a quienes circunstancias especiales no les permitieron estar presentes en la casa de Chepita Pérez. El que Vicente Celestino Duarte estaba enterado de todos los pasos de su hermano se deduce

(18) Bonilla, Alejandro.—"Constestación al opúsculo del señor Don José María Serra", Bol. del Inst. Duartiano. Año II. N° 4. S. D. 1970.

(19) Alfau Durán, V.—"Los fundadores de la Trinitaria". Instituto Duartiano, Vol. VIII. S. D. 1972.

(20) Opúsc. cit.

del hecho de que el Apóstol no se recataba en el seno de su hogar de conversar libremente con las personas que quería ganar para su causa. Así cuando se enteró, por Joaquín Lluberes de que Ramón Santana estaba en la ciudad de Santo Domingo, lo invitó a cenar en su casa, y como no acudiera a la cita sino tres días después, la entrevista se celebró al filo de la madrugada (21). Vicente tenía que darse cuenta de todo y fué un eficaz colaborador del Padre de la Patria, y quizás por eso Juan Isidro Pérez le llamó "Simón Inmortal", queriendo en opinión de Leonidas García, compararlo "con el Cirineo por haber ayudado constantemente a Juan Pablo Duarte, tanto en sus penosas labores revolucionarias como en su ingente desgracia..." (22).

Entre los cargos que otorgó el Presidente de La Trinitaria, les tocó el de Coronel a Francisco del Rosario Sánchez, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina y Ramón Mella. Ese fué precisamente el grado que obtuvo Vicente, parigual con los otros en el concepto de Duarte.

No se ha esclarecido tampoco qué papel representó Vicente Celestino en "La Filantrópica". Si no fué actor, pudo haber intervenido en el movimiento tramoyal o en la propaganda para allegar público. También era factible que hiciera viajes frecuentes al Este, por amor de su negocio, lo que le dió oportunidad de hacer contactos con gentes de confianza para asegurar la adhesión de esta zona al movimiento independiente.

En el Este lo encontramos cuando se precipitan los acontecimientos del 1843. Charles Riviere marchaba contra la capital con doce mil hombres, teniendo en sus manos los hilillos de la conspiración dominicana.

Juan Pablo pensó adelantar el golpe liberador, para lo cual envió al decidido Ramón Mella al Cibao. Luego hizo una reunión de emergencia en la casa de su tío José Díez. Vicente Celestino estaba entre los conjurados. Los otros eran Francisco del Rosario Sánchez, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez, Pedro Pablo Bonilla, José Joaquín Puello, Jacinto de

(21) Duarte, R.—Ob. Cit.

(22) García, L.—"Ofrenda histórica". Listín Diario N° 13,645. 27 de febrero de 1932.

la Concha, Juan Esteban Aybar, Gavino Puello, Félix María Ruiz, Pedro Valverde, Benito González, Julián Alfau y José de la Cruz García.

La vacilación de Juan Esteban Aybar ante la imposibilidad de dar el golpe, hizo fracasar lo fraguado. El sátrapa de occidente se acerca feroz y confiado con su numerosa horda, y se inicia la odisea de las persecuciones de 1843. Son reducidos a prisión numerosos trinitarios. Mella es hecho prisionero en Santiago. El 11 de julio Duarte se escondió en La Atarazana, en el hogar de José Ginebra.

Al otro día llegaba Charles Herard a la ciudad de Santo Domingo, aclamado por algunos, y diseminando sus tropas por lugares estratégicos. Un silencio elástico y temeroso se cernía sobre la ciudad. Sánchez estaba ausente, junto a Vicente Celestino en Los Llanos donde hacían labor de proselitismo. En los alrededores de la casa de los Duarte se destacó un batallón haitiano. Para Duarte en su escondite de La Atarazana los momentos serán amargos; su huésped recibe en la sala de su almacén la visita de algunos dominicanos que le dicen del peligro que corre escondiendo al perseguido en su casa. Hablan en voz alta y Duarte los escucha desde su escondite. Llama a José Ginebra, tan pronto como los infames se van, y le anuncia que ha decidido, para no comprometerlo, abandonar la casa a las once de la noche. El generoso amigo trató de disuadirlo. Entonces Joaquín Ginebra, hermano del dueño de la casa, le consiguió un nuevo refugio en la casa de la madre del futuro gran marino dominicano, Juan Alejandro Acosta. Esta era Baltazara de los Reyes, heroína que como María Trinidad Sánchez y Rosa Duarte, bordó banderas y allegó balas en sus faldas para la causa de la libertad. A las dos de la mañana, en el silencio profundo, en el que sólo se escuchaba algún disparo perdido y la voz ronca del centinela, dos sombras sigilosas pegadas de la pared, avanzaban procurando no hacer ruido. Eran Joaquín Ginebra que guiaba a Duarte hacia su nuevo escondite. En la casa de Duarte en ese 12 de julio de 1843 todo era angustia, ansiedad, zozobra. A la puerta las tropas se movían con grotescos arrestos marciales. Doña

Manuela temblaba de angustia; a su lado sus hijas trataban de calmarla. A las dos de la tarde llegó el Maestro Julián Alfau para decirles que se sabía que Duarte se escondía en la casa de doña Baltazara; Juan José no sabía que hacer. La zozobra aumentó con la llegada de Francisco Ginebra, y del Pbro. Bonilla que opinaba que el fugitivo debía entregarse para no hacerse más sospechoso. Juan Pablo es mayor de edad— le repuso el altivo andaluz — y por tanto es libre de sus acciones.

A las seis de la tarde pasando medroso ante las tropas hacinadas en la acera, llegó Don Luis Betances. Mandó a las muchachas que cantaran y bailaran para dar la impresión de que su hermano eludiendo la persecución pudo embarcar al fin. Este consejo no pudo ser seguido. A las siete llegó Sánchez de Los Llanos; venía raudo y fiel, atravesando campos, vadeando ríos. Para entrar a la casa tuvo que saltar por encima de algunos haitianos tirados en la acera. Su rostro estaba sombrío y chorreaba agua y cansancio. Al encararse con Juan José le preguntó dónde estaba su hijo. Juan José estaba agitado y no contestó. Sánchez se exasperaba y en uno de esos gestos súbitos y arrogantes que fueron la característica del Mártir del Cercado, sacó un puñal, cuyo brillante acero lanzó fulgores sobre aquellos ojos desorbitados y dijo: —Don Juan, quiero saber dónde está Juan Pablo porque nos liga un juramento sagrado, y es el de morir juntos por la patria. Si usted desconfía de mí le probaré que no soy de los traidores lanzándome con este puñal sobre esas tropas que cercan su casa (23).

La voz y las palabras de Sánchez tenían el acento de la sinceridad, del generoso arranque, de la fidelidad gloriosa. Si alguna duda abrigó Juan José, en su angustiosa inquietud, el gesto de Sánchez la disipó. El pobre viejo avanzó hacia el vehemente joven y tomándole la mano de amigo que se le tendía, le dijo con voz conmovida:

—Sálvalo!— No desconfío del hijo del hombre generoso que salvó la vida a tres españoles que una vil calumnia condena-

(23) Todo este episodio de la persecución de Juan Pablo Duarte en julio de 1843 es copiado fielmente de los "Apuntes" de Rosa Duarte.

ba a una muerte infame; en prueba de ello dime ¿en qué parte lo esperas?

Sánchez no vaciló al contestar:

—En la Plaza del Carmen, frente a mi casa.

—A las diez de esta misma noche se hallará Juan Pablo a tu lado.

Sánchez, vencido al fin por la fatiga se dejó caer en una silla, y empezó maquinalmente a exprimir su levita. Fué cuando el pobre viejo se dió cuenta de que el joven estaba empapado.

—¿Y cómo te has mojado así?

—Como es de noche —repuso Sánchez— al llegar al embarcadero no hallé barca para pasar, y me tiré con el caballo al río y lo he pasado a nado.

El viejo se conmovió hasta las lágrimas y haciendo poner de pié a Francisco del Rosario lo estrechó entre sus brazos. Sánchez había atravesado el peligroso río Ozama hasta donde ascendían en aquella época los tiburones, o por lo menos eso se temía. Había corrido un gran peligro por su hijo. Al verlo tiritando de frío le ofreció una copa de vino.

—Lo tomaré, don Juan, porque desde que supe que llegaba Riviere monté a caballo, y pensando en los peligros que corría Juan Pablo, no me he detenido para comer.

Tomó el vino y se fué. Juan José envió a Joaquín Lluberes a su hijo oculto para avisarle que el Coronel Sánchez iría a buscarlo a la Plaza del Carmen; Lluberes regresó con un mensaje inquietante para el padre:

—Los dueños de la casa donde está Juan Pablo no lo dejan salir ya que en el vecindario hay cincuenta hombres escondidos dispuestos a morir si van a buscarlo.

Pero más inquietante aún fué la noticia que de inmediato le traio Pedro Ricart, enviado por Ginebra:

—Don Juan, las tropas se están formando en la plaza para ir en busca de Juan Pablo: apresúrese en sacarlo de allí.

El pobre Juan José desesperado llamó a su nieto Vicente, un niño apenas, y salió apresurado, subió por el Angulo de la muralla, escaló unas escabrosidades fatigantes y llegó al Cachón. Allí estaba su hijo sereno, pálido, pero altivo, rodeado por

algunos amigos. La vista de padre y sobrino fatigados y con la angustia reflejada en sus rostros perturbó su serenidad y apretó su alma. Días después dirá "Fué la primera copa de acíbar que mis enemigos acercaron a mis labios derramándola en mi corazón" (24). Juan José abrazó a su hijo y apretó su rubia cabeza contra su cara; luego le dijo lentamente:

—Francisco Sánchez te espera a las diez en la plaza del Carmen, y con él tus amigos, aquellos con quienes te liga un juramento, y tu padre te manda salgas de un lugar en que sólo puedes encontrar la muerte cierta que quitaría la vida a tu afligida madre.

Entonces Duarte se despidió de sus amigos y siguió a su padre. Al llegar a la plaza de San Lázaro, cercana a la del Carmen, el hijo decidió seguir solo y abrazó a su padre. Juan José lo bendijo y volviéndose al niño le dijo:

—Siguelo.

Juan Pablo empezó a descender la cuesta de San Lázaro, silenciosa y desierta; más como sintiera pasos tras de sí, se detuvo y se volvió. Iluminada por la luna vió la bella silueta de su padre, rígida, y al niño que venía hacia él. Oyó, entonces la voz conmovida del anciano que le dijo:

—Mando que te acompañe, para a su vuelta saber que quedas en seguridad al lado de tus amigos.

"Pobre padre —exclamará Juan Pablo Duarte después al recordar este episodio—, tu hijo se separaba de tí para siempre"!

A las diez de la noche llegó a la plaza del Carmen.

Allí le esperaban Sánchez, Pina y Pérez. Prontamente, tras los efusivos abrazos entraron en la casa de Sánchez. Optaron por la separación para facilitar las cosas. Duarte se ocultó a dos pasos del lugar, en la casa de Luciano Peña (en la actual calle Arzobispo Nouel cerca de la calle Espaillat), padre de la futura esposa de Sánchez. Esto ocurrió a las doce de la noche.

Al otro día, a las diez de la noche volvieron a reunirse en la casa de Sánchez. Estas reuniones eran posibles porque los enemigos ignoraban que el futuro héroe del Conde estaba en

(24) En los "Apuntes" de Rosa Duarte.

la Capital. Esperaron a las doce de la noche, y Duarte y Pina corrieron, apretados junto a la pared, hasta el bohío de yaguas de Dolores Puello, en la actual calle 19 de marzo. Allí estuvieron hasta el otro día (14 de julio de 1843), cuando los haitianos empezaron a apretar el cerco. Allanando casas a partir de las 4 de la tarde detuvieron muchos trinitarios. Con las primeras sombras de la noche (25) abandonaron su asilo Duarte y Pina y corrieron hasta la casa de Manuel Hernández. Dos horas después llegó Juan Isidro Pérez. A los dos días supieron —o presumieron— que su escondite había sido denunciado. Pedro Pina, el primero, a las 9 de la noche salió furtivo hacia su hogar (26). Duarte y Pérez corrieron hasta la plaza de San Lázaro, casi siempre desierta, y tras corta hesitación bajaron hasta el pie de la cuesta, donde Jaime Yépez, que fué de los colaboradores de Duarte en el movimiento de La Reforma, y quien les dió refugio en su casa (27); poco después llegaron Juan Isidro Pérez y Teodoro Ariza y condujeron a Duarte a la casa de Eusebio Puello, situada frente a su propio hogar. Era el sitio más adecuado para esconderse, pues los haitianos estaban muy lejos de presumir que el fugitivo se escondería allí, como quien dice “en la boca del lobo”.

Dice Rosa Duarte: “los días que pasó Duarte allí no fueron tan amargos, pues aunque sus padres y su familia ignoraban que él estuviese allí, él se gozaba en algunos ratos contemplándoles y su vista mitigaba el pesar de su azarosa situación. Juan Isidro Pérez se fué a ocultar a casa del señor Arriaga en donde estuvo hasta el veinte; Sánchez estaba en casa de su señora tía. Desde el catorce, por la mañana y por la tarde mandaba Riviere tres oficiales a solicitar a Duarte a su casa y lo mismo a casa de Pina, Sánchez, Pérez, visita que se consideraba que no era sino por el bárbaro placer de atormentar las familias” (28).

Va para el 18 de julio predominaba el terror en todo el te-

(25) Fren las siete de la noche.

(26) Dónde estuvo oculto hasta el día 18, es decir 17 y 18 de julio.

(27) Jaime Yépez —según nota de Rodríguez Demorizi, era un certero cazador y se le atribuye la muerte del Coronel haitiano Coussin, en las escaramuzas de la Plaza Colón, del movimiento reformista del 24 de marzo de 1844.

(28) Duarte, R.—Ob. Cit.

rritorio y las cárceles estaban repletas. Se repetían los allanamientos sin tregua, y a cada instante los guardias penetraban en el hogar paterno de Duarte, con cualquier pretexto, provocando peligrosos escándalos que el desventurado hijo escuchaba desde su escondite con la desesperación que era de imaginar (29). El 24 allanaron la casa de José Díez y la de Juan Pablo. Este allanamiento duró dos horas (desde las 4 hasta las 6 de la tarde); buscaron a Duarte hasta en las cajas de la ropa; fué un registro tan aparatoso y con tantos soldados, que el infeliz Juan Pablo, que lo oía todo desde su escondite, no pudiendo resistir la inquietud se asomó a la ventana. Un soldado lo vió y lo señaló al Comandante haitiano Hipólito Franquil. El Comandante, que era masón como Duarte, mandó callar al soldado, y como este lo amenazara, lo arrestó. Pronto los haitianos que allanaban la casa salieron con don Juan José y Duarte vió como se lo llevaban; iban a allanar el negocio de La Atarazana. Como se decía que si el fugitivo no era encontrado allí, el padre quedaría como rehén, Juan Pablo dispuesto a entregarse, si tal cosa sucedía "resolvió acercarse al almacén saltando la pared del corral de la casa en donde estaba; acompañado de algunos patriotas siguió por los patios escalando las paredes hasta caer al frente del almacén de su padre; llegó a casa del señor Teodoro Ariza el que le informó que no hallándolo en el almacén las tropas se habían retirado y su padre había vuelto solo a su casa" (30).

(29) "Los enemigos ideando infamias para ver de coger a Duarte mandaron a dos oficiales del Batallón que estaba alojado frente a su casa a proponer a sus hermanas que bordaran una bandera con las armas de Colombia diciendo que habían cogido dos pabellones colombianos en Santiago y se había perdido, y querían llevar dos a Puerto Príncipe. El padre de Duarte contestó que sus hijas no sabían bordar; los oficiales querían dejar la bandera de muestra, pero como su padre no quería recibirla los oficiales se irritaron; al alboroto se reunió gente del pueblo alborotado también. El Comandante del Batallón (con quien amenazaban los oficiales) llegó en ese momento y los hizo salir amenazándolos con dar parte a Rivier. El objeto de querer una bandera colombiana era que la atropellaran para que él saliera y formar de esa bandera el cuerpo del delito que se le imputaba; unir a Santo Domingo a Colombia, Colombia no existían, pero que Rivier aceptaba esa patraña porque favorecía sus intereses". R. Duarte. "Apuntes...etc.

(30) Duarte, R.—Ob. Cit.

A las nueve de esa noche, Juan Alejandro Acosta, personalmente trasladó a Duarte de la casa de Ariza a la suya y tras abrazar a Pina, que se encontraba allí, tuvo la amarga noticia de que Sánchez estaba gravemente enfermo, acaso muerto. Al otro día los dos trinitarios se trasladaron al bohío de José Botello, (El Conde esq. Espaillat) donde estuvieron en continua zozobra. Esta inquietud aumentó cuando a las dos de la mañana sintieron unos toques discretos; al abrir la porterna se encontraron con uno de "sus enemigos perseguidores", ahora arrepentido, que venía a avisarles que sus cabezas habían sido puestas a precio, y que muchas personas sabían que ellos estaban allí. A esa hora salieron sigilosamente y pasaron de nuevo a la casa de Acosta. Era el último día de carreras locas, pues esa noche debería ser fletado un buque que los sacaría del país, encargo confiado al Coronel don Esteban Roca. En la noche de aquel 30 de julio llovía copiosamente, circunstancia que debería facilitar la fuga. Bajo la lluvia torrencial llegó Roca en compañía de Tomás de la Concha, y todos, incluyendo a Acosta, corrieron junto a la muralla, y saltándola por el Angulo, bajaron a la playa, y en un bote que allí los esperaba, atravesaron a la otra orilla donde permanecieron dos días, hasta el 2 de agosto cuando por fin abandonaron playa dominicana. A última hora se les unió Juan Isidro Pérez. Sánchez quedaba en el país profundamente enfermo.

¿Qué era, entre tanto, de Vicente Celestino Duarte, durante toda esta dramática odisea? El heroico trinitario nada pudo hacer por su hermano; rezagado en el Este, esperaba momentos mejores para seguir en la tarea conspirativa. Los duros azares de esta persecución tenaz habían abatido a Juan José Duarte; el pobre anciano acumuló energías mientras tenía que atesorarles para ayudar a su hijo, pero una vez puesto a salvo el abatimiento cayó sobre su alma. El también había presentido que no volvería a ver más al hijo amado. En tanto se seguía conspirando; Francisco del Rosario Sánchez, vuelto de su enfermedad y Vicente Celestino Duarte eran los jefes ocultos de la conspiración; trabajaban activamente en el medio de prosélitos para la santa causa de la libertad. El encargado, entre otros, de allegar gentes en la región del Este, cer-

cana a la capital hasta el río Higuamo, es, precisamente Vicente Celestino Duarte. Le secundan Tomás Bobadilla y Manuel Jiménez (31). En tanto Juan José está exhausto; ha perdido la ayuda de su hijo mayor que abandona el negocio debido a sus actividades. El negocio es dirigido por dos mozalbetes: el menor de los Duarte, Manuel, y el hijo de Vicente Celestino, Vicente Manuel (32). El pobre anciano murió, cristianamente, el 25 de noviembre de 1843. Era el primer mártir de la causa dominicana. Juan José fué, pues, más que "el padre de Duarte", privilegio poco común en nuestra Historia, el hombre que al no humillarse ante el déspota triunfante y al alentar a sus hijos en la noble y desesperada lucha por la libertad, coadyuvó a la independencia de una patria que había adoptado como suya, y se ganó un escaño privilegiado en nuestros Campos Eliseos.

Vicente Celestino y Francisco del Rosario, con la colaboración de varios inmortales, siguen laborando en la sombra, con peligro de sus vidas. Los sostiene en su lucha, la fé y un ideal que no pone límites al sacrificio. Y el 15 de noviembre de 1843 ambos envían al ilustre presidente de los trinitarios, que en el exilio hacía ímprobos esfuerzos por allegar fondos para la santa causa de la libertad, la célebre, por repetida, carta, en uno de cuyos párrafos decía:

"Después de tu salida todas las circunstancias han sido favorables; de modo que sólo nos ha faltado combinación para haber dado el golpe; a esta fecha los negocios están en el mismo estado que tú los dejaste, por lo que te pedimos, así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes:

2.000 ó 1.000. ó 500 fusiles, a lo menos; 4.000 cartuchos, 2¹/₄ ó 3 quintales de plomo; 500 lanzas o las que puedas conseguir.

En conclusión: lo esencial es un auxilio por pequeño que sea, pues éste es el dictamen de la mayor parte de los encabezados" (33).

(31) Hacia el Cibao se envió a Pedro Ramón Mena.

(32) Así consta en el 4º Ytem del testamento de Juan José Duarte

(33) Duarte, R.—Ob. Cit.

Desesperado Duarte con esta carta en su mano, y horro de los recursos que no encontraba, envió a su casa la que Pedro Troncoso Sánchez ha llamado "la carta del sacrificio". He aquí este portento de renuncia a bienes materiales en favor de la pureza de un ideal:

"El único medio que encuentro para reunirme con Uds. es independizar la patria; para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son, que Uds. de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente ofrendemos en aras de la patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado; independizada la patria puedo hacerme cargo del almacén, y a más, heredero del ilimitado crédito de nuestro padre, y de sus conocimientos en el ramo de Marina, nuestros negocios mejorarán y no tendremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la patria" (34).

El sacrificio de la fortuna en aras de la patria, fué sacrificio de Juan Pablo Duarte, pero lo fué también de Vicente Celestino, quien al recibir la carta de su hermano, no dudó un momento, y fué a deliberar con sus hermanas este ofrecimiento a la patria. El era el hermano mayor y su opinión debería ser la prevalente. La carta del sacrificio, no fué el sacrificio de un hombre, sino de una familia; de una familia gloriosa, heroica y excepcional.

"La madre del prócer —escribe Pedro Troncoso Sánchez— y su hijo Vicente Celestino llamaron a sus íntimos para deliberar, y hubo reunión en la vieja casa del barrio de Santa Bárbara. Con doña Manuela Díez viuda Duarte y con sus hijos Vicente Celestino, Filomena, Rosa, Francisca, Manuel y Sandalia estaban los más allegados a la familia. ¿Quiénes eran los primeros de estos allegados? ¿Quiénes habían de ser! Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella. Ellos eran la encarnación de Duarte en Santo

(34) Duarte, R.—Ob. Cit.

Domingo en aquel mes de febrero de 1844. Para el estallido libertador no faltaban sino días, y ellos eran la cumbre de la trama; y eran también el consuelo de la atribulada familia Duarte-Diez. La triada Duarte-Sánchez-Mella es históricamente incommovible. En la reunión estaban también un hermano de doña Manuela: José Diez, y un hijo de Vicente Celestino: Enrique Duarte Villeta" (35).

Enrique era también de los iniciados en la santa causa de la independencia. Da. Manuela, estoica y buena oía las opiniones: Vicente y Rosa no tenían dudas, bien valía la patria el sacrificio! Sandalia Duarte estaba asustada y preguntó medrosa:

—Si todo se pierde, nosotras ¿de que vivimos?

—Los que sobrevivan trabajarán para que no les falte el pan, fué la respuesta.

—“Si —afirma Rosa Duarte en sus “Apuntes” con triste despecho— no les ha faltado el negro pan del destierro, amasado con amargas lágrimas que sólo se ven enjugadas por el fúnebre velo que las acompaña al sepulcro” (36).

Por fin en la noche del 27 de febrero por primera vez flotó en el Baluarte del Conde la bandera de la libertad. Sánchez, como jefe del movimiento, dió el grito después del rugido del trabuco de Mella.

A su lado estaban Vicente Celestino Duarte, decidido y valiente y su hijo Enrique, que también tuvo papel preponderante en aquella memorable noche, en que actuó con la decisión propia de los Duarte.

A Vicente le tocaron pues las vicisitudes de las luchas independizadoras y las persecuciones y crueldades de la lucha política. Ahora Santana era el dueño de la situación. La patria liberada se volverá ahora contra los que forjaron esa libertad.

Duarte ha regresado al país, y ha contemplado tres deste-

(35) Troncoso Sánchez, P.—“La Carta del sacrificio”. Proyecciones 24 S. D. Publ. de la Junta Central Electoral. Dic. 1971.

(36) Duarte, R.—Ob. Cit.

llos de auroras triunfales, los únicos en su atribulada vida. El primero el 6 de marzo de 1844 cuando desde su exilio en Curaçao ve ondear por primera vez en los mares la bandera dominicana en el más empinado mástil de la Leonora; el segundo el 15 de marzo, cuando es recibido entre aclamaciones de júbilo y el Arzobispo Portes le saluda como PADRE DE LA PATRIA; el tercero cuando los pueblos del Cibao lo saludan como LIBERTADOR. Pero en julio, ya es prisionero. Es una redada trágica de trinitarios. El golpe viene de los que no creen en la patria, los que, corriendo el tiempo entregarán, como otra Atalo a Roma, la patria a otra nación, ¡hatero que enlaza su rebaño al cayado de exótico pastor! Por un úkase protervo se declara "que los generales Juan Pablo Duarte, Ramón Matías Mella, Francisco del Rosario Sánchez; los coroneles Pedro A. Pina, Gregorio Delvalle, comadante Juan Evangelista Jiménez, el General Juan José Illas y el Coronel Juan Isidro Pérez han sido traidores a la patria y como tales indignos de todo cargo y empleo quedando desde este día DEGRADADOS Y DESTERRADOS A PERPETUIDAD DEL PAIS, sin que puedan poner el pie en él bajo pena de muerte, a cuyo efecto se da poder para que lo ejecute a cualquier autoridad civil o militar que verifique la captura etc. ..." (37).

Vicente Celestino Duarte y su hijo Enrique Duarte Villeta, son de los prisioneros y deberán apurar, no en copa de cristal, sino en jarra de azófar, el rejalgar del ostracismo.

El 2 de septiembre llega Duarte a la Capital. Por todas las calles dispersa el tirano tropas, para amedrentar a los que osen levantar su voz en defensa del héroe. El Pbro. José Antonio de Bonilla le ha dicho a la sufrida anciana madre:

—Señora, la mano de Dios está sobre vuestra cabeza y sobre vuestra familia; implore su misericordia: Juan Pablo está preso y desembarcará esta tarde. ¡Bienaventurados los que lloran!

"Pero el Apóstol en aquellos momentos no estaba solo.

(37) Véase "Colección de Leyes" 1844. - Dec. 17 "Resolución de la Junta Central Gubernativa declarando traidores a la Patria a los Generales Juan Pablo Duarte, Ramón Mella, Francisco del R. Sánchez y otros ciudadanos, condenándolos a destierro perpetuo,

Contaba con la fé y el amor de sus discípulos. Juan Isidro viene a morir con él". Es un largo rasgo de patética hermosura que Rodríguez Demorizi recoge en su libro "Juan Isidro Pérez: El Ilustre Loco" (38), haciéndose eco de su conmovedora sublimidad.

Por Decreto del 20 de agosto, Juan Isidro había sido condenado a exilio y embarcado a St. Thomas en frágil embarcación, con amenaza de muerte si regresaba al país. En alta mar se entera de la prisión de Duarte; en su hondo fervor, ese fervor duartiano que florecía como perfumado jazmín de malabar, en el corazón de todo trinitario, decide retornar a tierra dominicana. El capitán del barco sabe que el retorno del héroe a su país significa la muerte. Juan Isidro no entiende razones: si Duarte va a morir, él no puede seguir viviendo; así se lo prometió al Maestro, en desgarrante juramento de fidelísima abnegación. Ante la amenaza de tirarse al mar si la nave no torna a puerto dominicano, el capitán lo trae a Puerto Plata. Y allí tiene lugar el encuentro de los dos colosos. Juan Isidro Pérez corre a los brazos de Juan Pablo Duarte y le dice con voz firme:

—Sé que vas a morir, y cumpliendo mi juramento, vengo para ir a morir contigo" (39).

Ahora, en la Capital, saben que no es la muerte lo que les espera sino el destierro. Por primera vez, y última, la mano del ángel rebelde de nuestras luchas libertadoras, ha temblado para firmar una sentencia de muerte. La cabeza profundamente triste de Duarte, es muy hermosa para el martirio callado y santo, pero demasiado pesada para rodar en un patíbulo. O acaso el Fouché dominicano detuvo la mano que iba a firmar aquella monstruosidad exclamando:

—Usted está loco! Deporte a esas gentes si quiere, pero no los fusile.

El 10 de setiembre se cumplió el Decreto. Esa tarde hubo un movimiento inusitado de tropas, las que desplegaron el aparato de sus armas por todo el muelle, donde le fué vedado

(38) Rodríguez Demorizi, E.—"Juan Isidro Pérez: El Ilustre Loco" (2da. Ed.) Ed. Montalvo S. D. 1964.

(39) Lebrón Savión, M.—Conferencia citada.

el tránsito a todo civil. A las seis de la tarde vinieron los prisioneros. Duarte enfermo, ardiendo de altas fiebres, pálido como un muerto, avanzaba penosamente. Para poder caminar apoyaba una mano en el hombro de Vicente Celestino y la otra en el de su sobrino Enrique. Estos habían estado en la Puerta del Conde en la noche gloriosa: éste era su delito. Solícitos acompañaban al Cristo de la Libertad que en este nuevo "camino del Gólgota" cargaba, con agobio, la cruz de su inmensa pesadumbre. Venían lentamente, para hacer menos penosa la marcha. Lo llevaron hasta el bote que debía conducirlos a bordo del buque; pero en ese momento los guardias se acercaron y separaron bruscamente a Duarte de su hermano; iban a diferentes destinos. ¡Refinamiento sádico del odio! Duarte, enfermo y maltrecho, iba para Hamburgo, donde se esperaba que el clima y las dificultades idiomáticas lo doblegaran; Vicente y su hijo para New York. Estos vieron alejarse el bote y en él, esfumarse por las sombras que descendían, la blanca frente del Mártir de la Libertad.

Vicente Celestino Duarte y su valiente hijo partieron en el brick Ponce para New York, a donde llegaron el día 7 de octubre de 1844 (40). Apenas dos meses y días estuvieron los exiliados en la urbe estadounidense.

El 10 de diciembre pasaron a Venezuela (41) en la goleta nacional Susana. El 21 de enero de 1846, Enrique se radicó en La Guaira.

Desolado ha quedado el hogar que fué el primer crisol de la nacionalidad. Desaparecido Juan José, el enérgico cabeza de familia, la ausencia de los dos hijos mayores hacía más triste la angustiante soledad de la pobre madre; soledad entre sus hijas, cuya propia angustia daba poco margen al consuelo que la anciana atribulada necesitaba.

Manuel Duarte Diez reacciona con peligrosos accesos de melancolía que prontamente lo llevarán a la locura. Corto se-

(40) La noticia de la llegada de Vicente Celestino Duarte y su hijo Vicente Duarte Villete a New York fue publicada por "Le Courrier des Etats Unis" el 8 de octubre 1844.

(41) El 17 de diciembre de 1844, el periódico "El Venezolano" de Caracas, incluye a Vicente Celestino y su hijo entre los viajeros llegados en la Susana el día 10.

rá su esperar: una tempestad se desatará sobre sus atribuladas cabezas. La noticia llega implacable, fría, cual flagelazo de un cómitre celoso. La familia Duarte, en plazo perentorio, debe abandonar el país: la fatigada anciana, con cuatro abatidas hijas y un joven, enloquecido ya, será arrojada inmisericordemente al azar de un ostracismo impiadoso. Es consterante. Innúmeras voces generosas se levantan en busca de la revocación de orden tan inhumana. Tomás Bobadilla, el implacable Ministro, recibe una Comisión formada por el Arzobispo Tomás de Portes e Infante, el Pbro. José Antonio Bonilla y don Francisco Pou; le piden, encarecidamente, a nombre de la piedad, del amor cristiano, de la justicia, contemplar el cuadro desolador del hogar de Duarte y revocar la orden. Pero la respuesta del Ministro, además de dura como el pederenal, es cruel como el monstruoso corazón de las bestias milenarias:

—La orden — dice — no puede ser revocada porque al Gobierno le consta que las hermanas de Duarte fabricaron balas para la independencia de la patria, y quienes entonces fueron capaces de tal empresa, con más razón no dejarán ahora de arbitrar medios para la vuelta del hermano que lloran ausente.

Duarte pasa de Curazao a Caracas para abrazar a su familia. El cáliz de su amargura rebosa acíbar implacable.

—Perdonadme — dice —perdonadme— y se le quiebra la voz con el tremar de todas las angustias —perdonadme el haberos privado de la felicidad que gozabais para sumergiros en un mar de lágrimas.

Era tanta su angustia, de tal manera la escarcha del dolor se empozaba en sus ojos, que Rosa Duarte le repuso en un murmullo que era una oración desesperada:

—No fuiste tú, fué la negra envidia.

“Es cuando decide. entonces, hundirse en el boscoso rumor de la soledad, rumbo al Apure, por las selvas umbrías, donde por luengos doce años deambula solariego, triste, inmerso en el oscuro mar de los dolores, como un Edipo vidente, absorto ante la estrella de su Destino” (42).

(42) Lebrón Saviñón, M.—Coferencia citada.

Duarte no regresa al país hasta que la patria vuelve a caer bajo el dominio de una nueva nación: España.

Vicente Celestino, más sensible a la nostalgia, se acoge al Decreto de amnistía que en el 1848 dicta el Congreso Nacional en favor de los febreristas. En esa ocasión regresaron Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella, Pedro Alejandro Pina, Juan Evangelista Jiménez y Juan Isidro Pérez, ya loco (43).

Vicente Celestino Duarte no se mezclará en política. Está amargado también y la ausencia de sus egregios familiares debe ser para su alma causa de hondos pesares que no puede disimular. Ya en 1849, con la invasión de Soulouque, Santana es el nuevo dueño de la situación, un Santana recio, vencedor y dado a los arrebatos de la iracundia. Su espada vencedora hace de él un ídolo: el ejército se levanta en contra del Gobierno, y el Presidente Jimenes es depuesto y perseguido tenazmente, acorralado, aún en el exilio, hasta llevarlo a la ruina. Buenaventura Báez, en su primer período, cae en desavenencias con el triunfador de Las Carreras; los nuevos acontecimientos van a conducir al hecho nefasto de la anexión. En los años 1854 a 1856, encontramos a Vicente Celestino en San José de los Llanos, enfrascado en sus viejos negocios.

Posteriormente lo vemos en Moca, en 1857, en calidad de diputado a la Asamblea Revisora que dió al país una de las mejores reformas a nuestra Constitución. La presencia de Vicente Celestino en aquel cónclave simbolizó la aprobación de Duarte al movimiento liberal de aquel año contra el despotismo predominante en la Primer República.

Pero de nuevo le deberá llegar el ostracismo. La última presidencia del General Santana conduce, indefectiblemente a la Anexión. Las protestas se acallan con represiones violentas. Vicente Celestino está en Caracas: todo es ahora sombrío para él: el trabajo de la independencia se ha perdido en la ven-

(43) El Decreto se dictó el 23 de septiembre de 1848, y en su primer artículo decía: "Se declara solemnemente la amnistía en favor de los señores Francisco Sánchez, Ramón Mella, Juan Pablo y Vicente Duarte, padre e hijo, Pedro A. Pina, Juan Jiménez y Juan Isidro Pérez". Colección de Leyes de 1848.

ducca traicionera. Y bajo el cielo luminoso de la Patria flota el pabellón de España. En su lejano rezago de Río Negro, en las selvas de Venezuela, recibe Duarte la noticia de la anexión y el fusilamiento de Sánchez, lo que le estruja el alma, y decide trasladarse a Caracas, donde Vicente Celestino le informa detalladamente todo lo ocurrido (44). El tiene 51 años de edad; es todavía joven, pero está abatido. Sobre su rostro valetudinario ha caído una prematura vejez; sus escasos cabellos están blancos, cansado su corazón. Pero entiende que debe ir a la Patria, en guerra de liberación otra vez, a entregar su vida en el holocausto final. Vicente Celestino, con 61 años de edad, está más anciano; pero recuerda sus días gloriosos del 1844. El también regresará. Este regreso de los Duarte, a través de un mar erizado de peligros para él, es una ODISEA que aguarda un Homero que la cante. Frustrado, como en 1843, todas sus diligencias para encontrar ayuda, se valdrá de sus propios medios para regresar, aún con peligro de su vida. El 7 de octubre de 1863 llega a Caracas un joven vigoroso, vivaz, ardiente, poeta romántico cuyo nombre se dignificará en la brega histórica: Manuel Rodríguez Objío. Quiere conocer a Juan Pablo Duarte y Vicente Celestino propicia esta amistad. En Curazao fletan un buque el 23 de febrero de 1864 y el 2 de marzo zarpa de La Guaira: vienen el General Mariano Díez, sus sobrinos Juan Pablo y Vicente Celestino Duarte y el Coronel Manuel Rodríguez Objío, así como el Comandante Candelario Oquendo. El buque español Africa salió en persecución de los patriotas lo que los obligó a detenerse en las islas Turcas, el día 8. Eludiendo toda persecución llegaron a Cayo Sal el 10 y el 11 al Gran Cayo donde fletaron otro buque que los llevó a Cabo Haitiano. El 19 llegaron al fin a la ciudad haitiana, y no queriendo arriesgarse más de la cuenta tomaron rumbo a Santo Domingo en un bote que abordaron el 23 de marzo. Al otro día hubo una calma que retuvo la embarcación a la altura de Bayajá, pero el 25 de marzo de 1864

(44) El mismo Duarte dice en los "Apuntes" de Rosa Duarte: "Recibo cartas de mi familia que estaba en Caracas y recibo la funestísima noticia de la entrega de Santo Domingo a España y del fusilamiento de mi nunca bien sentido amigo Francisco del Rosario y demás compañeros".

arribaron felizmente a Montecristi. Al saltar a tierra los cuatro nuevos cruzados fueron aplaudidos clamorosamente. Eran tres ancianos y un joven idealista, pero era "el primer refuerzo material y moral que recibía del extranjero..." (45). El general Benito Monción era el jefe de Operaciones en la Línea Noroestana, y recibió a los viajeros con efusiva cortesía y obsequio, acompañándolos hasta Guayubín. El 28 de marzo Duarte envió al Gobierno Provisorio la siguiente carta:

"Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido con vender al extranjero la patria cuya independencia jurara defender a todo trance, he arrostrado durante veinte años la vida nómada del proscrito sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza, que siempre se albergó en mi alma, de volver un día al seno de mis conciudadanos, a consagrar a la defensa de sus derechos políticos, cuanto aún me restase de fuerza y vida.

Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria.

El Señor allanó mis caminos y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron a mi marcha, he me al fin con cuatro compañeros más en este heroico pueblo de Guayubín dispuesto a correr con vosotros del modo que lo tengáis a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana, que con tanto denuedo como honra y gloria habéis emprendido.

Creendo no sin fundamento que el Gobierno Provisorio no dejará de apreciar luego que me comunique con él personalmente lo que he podido hacer en obsequio del triunfo de nuestra justa causa, dignense acep-

(45) Rodríguez Objío, M.—"Relaciones", citada por Rodríguez Demoriz.

tar los sentimientos de alta consideración y aprecio con que se pone a vuestras órdenes.

El General Juan Pablo Duarte" (46).

La ruta de Guayubín a Santiago la hizo el Padre de la Patria enfermo, pero aún así llegaron a Santiago. A Juan Pablo Duarte se le ofreció una misión en la República de Venezuela, que rehusó al principio pero que aceptó después, para disipar la falsa acusación del "Diario de la Marina", de La Habana, de que sólo una desmedida ambición lo había hecho tornar al escenario de la Patria, pues, como dijo en carta ulterior al venerable Ulises Espaillat, "si he vuelto a mi patria después de tantos años ha sido a servirla con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fui motivo de amor entre todos los dominicanos, y jamás piedra de escándalo, ni manzana de discordia" (47).

Rodríguez Objío, con la fogosidad de su noble carácter, se fué a combatir, según expresa en sus "Relaciones":

"Deseaba el General Duarte que yo permaneciese a su lado, pero juzgué conveniente rehusar aquel honor, y reiterar mis ofrecimientos particulares al Gobierno. Así lo hice; y aún cuando el Sr. Espaillat y muchos de sus colegas quisieron retenerme en Santiago, yo insistí en que se me enviase a un campamento y el 20 de abril la comisión de Guerra me expidió orden de ruta para que como Coronel de ejército marchase a la línea del Sur a las órdenes del general Castillo que había sido nombrado Jefe superior de operaciones de aquella provincia" (48).

Para Vicente Celestino Duarte Diez, ya un anciano de 61 años de edad, se buscó una misión más fácil: el 23 de abril de 1864 fué designado pagador de las tropas en Bermejo. Pero la inacción le encogía el alma. Este anciano sublime deambulaba entre los lugares de más peligro e incluso se arriesgaba en combates donde su valor era ponderado con admirable sor-

(46) En los "Apuntes" de Rosa Duarte.

(47) En los "Apuntes" de Rosa Duarte.

(48) En las citadas "Relaciones".

presa de sus absortos compañeros. En 1864 se efectuaba la campaña del Este. El 3 de noviembre de 1864 se desató un audaz ataque sobre el poblado de San José de Los Llanos. Gregorio Luperón, el extraordinario centauro de la Restauración, se acerca a Vicente, para que se aleje de la lucha; la situación es muy comprometida para los patriotas y la plaza fuertemente defendida y peligrosa. Si el gallardo anciano quiere pelear debe hacerlo desde el sitio menos comprometido. Pero en el anciano renace su valor de otrora; la patria como la tierra a Anteo, le renueva el vigor y los arrestos. Y en un gesto sublime, digno de la magnificencia esquiliana, que la Historia no ha recogido aún con la magnitud épica de su grandor, exclamó:

—No me retiraré, general, que hoy hay gloria para todos los dominicanos (49).

El combate fué rudo: Luperón avanzó y fué rechazado, dejando algunos muertos y heridos (50). La retirada, hazañosa, se efectuó cuerpo a cuerpo, en una sabana extensa como es la de Guabatico. Luperón estableció su Cuartel General en el Cuey. Pero el joven general cuyo nombre fatigaría a las trompetas de la gloria, Luperón, rindió un tributo de admiración a la gloria ya en ocaso de la familia Duarte, al exclamar “mostró rastros sublimes de valor Don Celestino Duarte” (51).

Después de esta notable acción Vicente Celestino desaparece para la Historia.

“Singular familia la del fundador de la República! —exclama Joaquín Balaguer— sus condiciones espirituales de excepción pueden hacernos creer a veces que algunos de los hijos de Juan José Duarte y de Manuela Díez, fueron seres enfermos en quienes el mismo amor a la patria cobra con frecuencia el sesgo aterrador que suelen adquirir las reacciones

(49) Luperón, Gregorio.—“Notas autobiográficas y Apuntes Históricos sobre la República Dominicana desde la Restauración a nuestros días”. Tomo I. Págs. 230-231.

(50) Según Luperón: “Avanzó y fué rechazado, dejando tres muertos y llevándose 37 heridos, entre éstos a los Coroneles Olegario Tenares con 3 balazos; Brigman, con otros 3; Manuel Rincón con 2, un Capitán de Cuaba, común de San Francisco de Macorís con 4 balazos”.

(51) Luperón, Gregorio.—Obra Cit.

del sentimiento en todas las personas de sensibilidad extraviada. Pero lo que en los miembros de aquel hogar podía acaso atribuirse a excentricismo o a posibles enfermedades de la razón o del espíritu, no es sino el fruto de un exceso de vida y de salud moral que unas veces se manifiesta, como en el caso del Cristo errante que deambula por espacio de veinte años al través de las selvas del Orinoco, por medio de actos de abnegación casi aterradores, y que otras veces se desborda en llanto y en melancolía, como en el de la virgen raptada que no quiso sobrevivir a su deshonra e inclinó para siempre la cabeza como la flor doblegada por la lluvia" (52).

Juan Pablo Duarte, no volvió a la Patria. En honrosa pobreza y tras largo padecer, murió en su estrecha y oscura residencia de Caracas el 15 de julio de 1876. Había vivido como un santo; paradigma de heroica paciencia y grandezas inefables. La nieve que desde temprano ornó sus sienes, simuló albicante pureza de cumbre inaccesible. Nada aspilló la fortaleza de su patriotismo; lejos de la patria que holló de sinsabores sus caminos, exclamó: "El día que yo la olvide, será el último de mi vida".

Sus restos yacen en el Baluarte del Conde junto a los de sus compañeros inmortales.

mol, esa es Rosa Duarte: por su vida y su obra, por Muerto su hermano, Rosa y Francisca quedaban desamparadas con el lastre de un hermano loco.

Poco sobrevivió Rosa a su ilustre hermano; 12 años después, el 25 de octubre de 1888 bajó a la tumba. Pero Rosa Duarte fué algo más que la hermana del Padre de la Patria, fué una heroína de la talla de Cornelia, heroica, apasionada, sufrida, mártir. Como sus hermanos conspiró en favor de la santa causa de la independencia.

Emilio Rodríguez Demorizi dice de ella:

"María Antonia Bolívar y Palacios, hermana del Libertador, es, en el alma de los venezolanos, lo que Rosa Duarte, la hermana del Fundador, debe ser en el agradecido corazón de los dominicanos. Si hay una mujer dominicana digna de la consagración del már-

(52) En su obra citada.

sus padecimientos, por su permanente consagración a esa angustiosa vida de dolores de quien se entrega, como ella, a los recuerdos de la Patria, y sufre en carne viva sus incalculables infortunios. Para colmo de dolores bastábale ver el triste destino de su hermano, Padre de su Patria, arrojado de ella, vagando sin consuelo por los más remotos parajes de Venezuela. Bastábale ver la negra suerte de toda su familia, madre y hermanos, ayer dueños de opulenta casa y hoy en la pobreza en eterno destierro" (53).

Era una mujer casi legendaria, cuyo destino final fué el cielo de la gloria.

Al año siguiente de la muerte de Rosa, murió Francisca, el 17 de noviembre de 1889. Había sido copartícipe de los hechos heroicos y angustiosos de su hermana, y no pudo soportar la soledad.

Y al año siguiente, el 8 de agosto de 1890, bajaba también a la tumba el último de los Duarte, Manuel.

El Teléfono, en su edición No. 387 del 7 de septiembre de ese año, dió la noticia:

"La familia Duarte y Diez ha desaparecido por completo del mundo para ocupar eternamente un lugar distinguido en las páginas de la Historia. Manuel, el único de los hermanos del ilustre caudillo de la Separación que vivía, acaba de morir en Caracas según lo anuncia la prensa venezolana. Demente hacía muchos años, no quiso repatriarse con los restos venerados de su hermano; y esta circunstancia obligó a Rosa y Francisca a dejar que vinieran solas las preciosas reliquias que servían de alivio a sus pesares. El deber, en cuyo cumplimiento se habían sacrificado sus mayores, las mantuvo hasta sus últimos momentos al lado del pobre desvalido, que acongojado por la separación de sus dos compañeras de infortunio no ha podido sobrevivirlas largo tiempo" (54).

(53) En los "Apuntes" de Rosa Duarte (Palabras liminares).

(54) Citado por Rodríguez Demorizi.

¿Y Vicente Celestino? Ni siquiera conocemos el lugar donde están sus restos. Nuestra patria, que ha acunado en su fecundo útero lobos y panteras, ha dado también cosechas legendarias de héroes; hombres de la materia con que se hicieron los titanes de las cumbres olímpicas. Mella, el gran decidido murió en su lecho viendo penetrar por las hendas de su puerta las primeras luces del alba de la libertad, por lo que pudo exclamar antes de cerrar sus ojos para siempre: "Aún hay Patria. Viva la República Dominicana" Sánchez tuvo la gloria de su calvario y murió envuelto en la bandera que aumentó su bermellón con la sangre magnífica de su corazón henchido de grandeza; Duvergé murió en el patíbulo mirando el sol, impregnando con su oro las pupilas ensangrentadas; Luperón vió declinar el sol de su ventura patricia rodeado de corazones amigos que cantaron con él el himno de la patria redimida. Y ellos están ahí, eternizados en bronce, sobre sus pedestales de granito o de piedra, materiales de eternidad. ¿Dónde está el pedestal para este héroe? ¿Cuándo se erguirá su figura en plástica sólida, como un homenaje a su bravura, a su martirio, a su dolor?

Ese es el monumento que espera la gratitud nacional. Que Vicente Celestino no es sólo el hermano de Duarte, fué, por su propio esfuerzo patricio, hombre de ideales y hombre de acción.

DUARTE, EL MAGNIFICADOR

Por Emilio Rodríguez Demorizi

Duarte irradia su fuerte luz — luz propia que no se deriva de ninguna lumbre extraña — sobre las insignes vidas de Juan Isidro Pérez, de Ramón Mella, de Francisco del Rosario Sánchez, de Pedro Alejandrino Pina, de los Diez, de tantos otros, pero principalmente sobre la dramática existencia del Ilustre Loco.

La vida toda de Juan Isidro está inmersa en la de Duarte. Nada hay en él que no caiga dentro de la ancha órbita duartiana.

Duarte, pues, es el Magnificador dominicano por excelencia.

Quitar, aventar su nombre de las biografías del más brillante puñado de próceres dominicanos, es mediatizarlos y opacarlos.

En nuestro sistema planetario, en nuestro Universo histórico, Juan Pablo Duarte es el Sol.

EN TORNO A LA SUPUESTA DESCENDENCIA DE DUARTE

Por Vetilio Alfau Durán

Don Emiliano Tejera escribió: "Las grandes causas necesitan grandes sacrificios, y él (Duarte), puro y justo, se ofreció como víctima propiciatoria. Amor de madre, cariño de hermanas, afectos juveniles tan caros al corazón, ILUSIONES DE PERPETUIDAD, CIMENTADAS EN UN HEREDERO DE NUESTRA SANGRE Y DE NUESTRAS VIRTUDES ¡alejaos, alejaos para siempre! El destino es inexorable, y el sacrificio se consumará". (Monumento a Duarte. Imprenta de García Hermanos, S. D. 1894, pág. 8).

En la misma obra acabada de citar, en la página 30, dice el veraz historiador: "Por ésta (la Patria) había sacrificado sus riquezas, la tranquilidad de sus padres, la dicha de sus hermanos, el amor de su juventud, EL NATURAL DESEO DE VERSE REPRODUCIDO EN SUS HIJOS".

Al referirse a su muerte en 1876, Tejera señala: "Su madre reposaba en tierra extraña: sus hermanas, agobiadas por las penas y una ancianidad anticipada, quedaban en la miseria y sin amparo; su hermano (Manuel), enloquecido por los pesares, podía ser más tarde el ludibrio de los necios, entregando a la befa de los indiscretos un apellido que tanto había

tratado de honrar; sus amigos, los compañeros de su obra, como maldecidos por Dios, habían dejado en la senda dolorosa, donde el menor de los males era el destierro, unos su razón, otros la vida en los patíbulos, todos su dicha y el porvenir de sus familias; y él, agonizante en pobre y solitario lecho, descendería a la tumba ¡el 16 de Julio! sin llevar el consuelo de dormir en la tierra de su afecto; sin dejar siquiera a sus desgraciadas hermanas con qué pagar la humilde cruz de su sepultura, ni el escaso alimento que consumía en sus postreros días. Tanto castigo ¿por qué? ¿No había cumplido con su deber, más que con su deber? Los perversos habían tenido Patria, riquezas, honores, triunfos, y él, inocente, abnegado hasta el sacrificio, sólo había recogido calumnias, olvido, miseria, proscripción eterna". (Monumento a Duarte, pág. 30).

Lo que acabamos de copiar, escrito por don Emiliano Tejera, en 1894, en solemne documento dirigido al Congreso Nacional, fue firmado además por los siguientes amigos y conocedores de Duarte: Félix María Delmonte (1819-1899). Uno de sus más "íntimos amigos, su condiscípulo, su compañero en la Trinitaria, en la Filantrópica; en el hecho de armas de la plaza de la Catedral el 24 de marzo del 43"; por José Gabriel García (1834-1910); por el arzobispo Fernando Arturo de Meriño (1833-1906), historiadores de reconocida veracidad, quienes conocieron al patricio en Caracas, donde se radicó desde 1864 hasta su muerte en 1876. También figura entre los firmantes del magistral escrito, el doctor Apolinar Tejera (1855-1922), quien estuvo en Caracas y fue amigo de las hermanas de Duarte. Otro de los firmantes de la famosa Exposición, es el maestro don Félix Evaristo Mejía (1866-1945), quien también estuvo en Caracas y fue amigo de las beneméritas hermanas de Duarte.

Existe en Venezuela una descendencia de la familia Duarte, cuyos datos se encuentran en la carta que en fecha 17 de septiembre de 1928 escribió el doctor Crispín Ayala Duarte al historiador y religioso dominico Fray Andrés Mesanza y Ozaeta, de la Orden de los Padres Predicadores, español, natural de Lagrán, provincia de Alava, para corresponder a la solicitud

de datos que le formuló este distinguido historiador vasco. (1). En tan importante Carta, el ilustre historiador y académico venezolano, biznieto, por línea materna de Vicente Celestino Duarte y Diez, aquel heroico dominicano que en medio del fragor de la batalla subyugó la atención de Gregorio Luperón, escribió lo siguiente: "Hermano mayor de D. Juan Pablo y primogénito de sus padres fue D. Vicente Celestino, UNICO QUE CONTRAJÓ MATRIMONIO Y PERPETUO EL APELLIDO. Casó con Da. María de la Trinidad Villeta y Ponce de León, hija única del caballero italiano D. Agustín Villeta, que murió desmenuzado por los negros (haitianos de Dessalines), y de su esposa Da. María Ponce de León, cuya virtud, probada en el crisol de la adversidad, mostró ser correspondiente al lustre de su apellido". (2).

Hijos del matrimonio Duarte-Villeta fueron: Enrique, que acompañó a su padre en sus andanzas nacionalistas y estuvo casi un niño en la Puerta del Conde la noche del 27 de Febrero de 1844; María Ignacia, Vicente, Wenceslao y Romualdo Ricardo. Este último casó en Caracas con la viuda de don Miguel Tejera de la Mota, doña Francisca Rodríguez de Cosgaya. Una hija de este matrimonio, Matilde Duarte y Rodríguez, casó con don José Ayala. Estos son los padres de Hernán, Crispín y José Ramón Ayala y Duarte. Este último casó con la cubana Carmen García, y el 17 de noviembre de 1914 le nació un hijo que bautizó con el nombre de Fernando; y para que no se extinguiera el apellido de la descendencia de don Juan José Duarte y Rodríguez de Tapia, fundador del hogar dominica-

(1) El doctor Ayala Duarte regaló una copia de su importante Carta al Padre Mesanza a nuestro entonces representante diplomático en Caracas, Lic. René B. Llubes Savión, quien obsequió dicha copia a su deudo el doctor Alcides García Llubes. Este distinguido historiador la publicó por primera vez, con interesantes anotaciones, en la edición número 12429 del LISTIN DIARIO, correspondiente al 6 de enero de 1929. Habiendo salido con varias erratas, se reprodujo en la edición número 12436, del 13 siguiente. Volvió a publicarse en el número 87 de la revista CLIO, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, mayo 1930.

(2) El acta de matrimonio de Vicente Celestino Duarte, con doce documentos más procedentes de la Oficina del Estado Civil, aparecieron bajo el título de Fuentes Históricas, en el número 13 de la revista Clío, publicadas por el académico don Emilio Tejera.

no de los Duarte-Diez, lo inscribió en los registros civiles con estos apellidos: DUARTE Y AYALA. (3).

Es de algunos años a esta parte que se viene atribuyendo descendencia a Juan Pablo Duarte y Diez, pero hasta ahora no se ha logrado ninguna prueba documental, que permita darle pase a tan flamante conseja. Las serias investigaciones de los historiadores Larrazábal Blanco, Tejera Bonetti, Rodríguez Demorizi y Coiscou Henríquez, no permiten la aceptación de la nueva especie. Son tantas las cosas falsas que se han lanzado contra el Padre de la Patria y Fundador de la República, en vida y en muerte, ayer y hoy, que la confusión cunde y lleva dudas a los espíritus de los mejor informados!

(3) Acerca de Fernando Duarte y García publicaron artículos el doctor Federico Henríquez y Carvajal bajo el título de *La Familia Duarte* en el núm. X de la *Revista de Educación*, S. D. diciembre de 1929, y el Profesor Félix María Pérez en el diario *La Nación*, quien solicitó y obtuvo del señor Ayala y García la documentación correspondiente.

En el tomo tercero de *Familias Dominicanas*, importante obra del historiador Lic. Carlos Larrazábal Blanco, que viene publicando la Academia Dominicana de la Historia, figura la genealogía del Padre de la Patria y Fundador de la República Dominicana.

LA RUTA DE DUARTE EN VENEZUELA

Comunicación de Juan Jiménez de la Rosa
al Instituto Duartiano (*)

Caracas, 15 de septiembre de 1972

Señor Presidente y
demás Miembros del Instituto Duartiano,
Santo Domingo, Rep. Dom.

Compatriotas:

Desde 1956, cuando vine a vivir a Caracas, he acariciado la idea de contribuir a la investigación sobre la presencia del Padre de la Patria en Venezuela, donde el Apóstol vió transcurrir la mayor parte de su vida útil y donde también tuvo fin su gloriosa y desventurada existencia.

Pero siempre detuvo mi decisión el "no saber por donde empezar" y la carencia de datos más o menos confiables. Ciertamente la información disponible no resultaba abundante. No obstante llegué a la conclusión de que si investigar es la acción tendiente al esclarecimiento de algo ¿porqué diferir el comienzo de las actividades indagatorias "atando cabos" y olfateando indicios?

Debo confesar que recibí decisivos estímulos de las obras que como caídas del cielo fueron llegando a mis manos. Del "Cristo de la Libertad" (J.B. 1968 pág. 205) cito: "como en el caso del Cristo errante que deambula por espacio de 20 años

(*) A esta comunicación del Sr. Jiménez de la Rosa siguen sus Informes Nos. 1 y 2 y un Apéndice.



San Carlos De Rio Negro. En la prefectura del Departamento. Momento en que se procedía a la firma del acta que denomina con el nombre de Juan Pablo Duarte una calle de la población.



San Carlos de Rio Negro. Paseo Francisco Solano.

al través de las selvas del Orinoco, por medio de actos de abnegación casi aterradores, y otras veces se desborda en llanto y en melancolía, como en el de la virtud de la virgen raptada que no quiso sobrevivir a su deshonra e inclinó para siempre la cabeza como la flor doblegada por la lluvia..." ó (pág. 212) "¡Qué grande en cambio, el Padre de la Patria, olvidado allá en Río Negro, pero tranquilo en su patriotismo bravío y acusador en medio de su limpia inocencia y de su grandeza resignada!"

A manera de orientación en "La Faceta Dinámica de Duarte" (PTS, págs. 24 y 25) he leído: "Soportó estóicamente los rigores del exilio y cuando en 1848 fué amnistiado prefirió quedarse en el extranjero perdonando a sus enemigos y orando por la felicidad de los dominicanos con la esperanza de que su alejamiento facilitaba la unión de sus compatriotas. Se fué a vivir a una aldea en las selvas del Río Negro en Venezuela, muy desmedrado su organismo, y en el Apure compartió durante años sus meditaciones de místico con los misioneros que evangelizaban a los indios".

Y asimismo recibí como un reproche a mi negligencia, lo que a este objeto apareció en el Boletín del Instituto Duartiano (ERD, No. 2, oct. dic. pág. 27) Investigación de Duarte (pág. 34) de donde copio: "Desde su refugio en Venezuela, tras el breve exilio de Hamburgo, Duarte es un ser errante, ensimismado, que ha dejado de existir para la sociedad, para su propia familia, quizás para sí mismo. Así iría por todas partes, por los más remotos y oscuros parajes de las selvas venezolanas, como en su propio inacabable entierro..." Para concluir (pág. 36) "La investigación de Duarte, hoy en renovada marcha gracias al benemérito Instituto Duartiano, conducirá sin duda con el tiempo a superar los interrogantes formulados a lo largo de estas notas, que ojalá sirvan de incitación y estímulo a otros para que continúen ahondando en el devoto trabajo y descubran filones quizás ahora insospechados".

Hasta este momento ignorábamos la publicación de la obra "Apuntes de Rosa Duarte - Archivo y Versos de JPD (ERD, CLB y VAD, 1970, editada por el Instituto Duartiano).

Las actividades de investigación deberían basarse, pensa-

ba yo, en las directrices, orientaciones, pautas e indicios provenientes del Instituto Duartiano y para este fin resultaba precedente y recomendable fundar en Venezuela una filial de la Institución. Pero antes de comunicar a Uds. estos propósitos se deberían formular planes concretos. Hacia este fin y en tres direcciones, encaminé mis pasos:

- a) para cubrir el aspecto político/legal me dirigí al entonces Embajador Dominicano, Guido D'Alessandro, y posteriormente con su sucesor Rafael Valera Benítez,
- b) para el aspecto científico/técnico con don Carlos Larrazábal Blanco y
- c) para la necesaria vinculación de Venezuela a este proyecto visité al Dr. Mauro Páez Pumar, Director del Acervo Histórico, con despacho en Miraflores, asiento del gobierno.

Para que la filial en Venezuela del Instituto Duartiano constituyera un organismo eficiente, capaz, funcional, debería contar con:

- a) las directrices del Instituto Duartiano.
- b) la dirigencia de una figura de probada sensibilidad duartiana, como don Carlos Larrazábal Blanco, y
- c) la necesaria contribución de Venezuela, de su gobierno, de sus instituciones, de sus «explorados archivos, etc. (1).

No deseo explicar con detalles estos y otros conceptos que ameritarían una más amplia exposición ya que lo que estoy escribiendo ahora es solo una carta...

Encontré muy buena acogida por parte de la representación diplomática dominicana en Venezuela, pero esta fué removida poco después. Don Carlos Larrazábal Blanco me escuchó con atención y benevolencia y me manifestó que el Instituto Duartiano se había dirigido a él en el mismo sentido. El doctor Mauro Páez Pumar se mostró receptivo con la idea y me invitó a visitarlo nuevamente (a su residencia) para discutir algunos pormenores. MPP se sorprendió al saber que el Padre de la Patria tuviera estrechas vinculaciones en Venezuela y

(1) El doctor Mauro Páez Pumar me habló del Archivo de Ciudad Bolívar, celosamente guardado.

me pidió su biografía. Le hablé de "El Cristo de la Libertad" y pensando que no sería difícil (digamos imposible) le prometí gestionar una copia autografiada por su autor. A este objeto me dirigí por carta al doctor Balaguer encareciéndole el envío del libro; rogué a varios amigos realizar esta gestión sin resultados. Finalmente decidí enviar al doctor MPP el único ejemplar que yo poseía, un tanto anotado y subrayado.

En Venezuela hay dos expresiones que han influido, a mi juicio, en el comportamiento del venezolano actual en el sentido de alterar la pasividad, el conformismo, la sumisión y otros vicios del indio autóctono. La primera de estas expresiones, profundamente arraigada en los hombres de acción reza: ¡Ya...! Se interpreta como acción y decisión inmediata, despegue inminente, "manos a la obra". La otra expresión, con igual sentido pero implicando un razonamiento dice: "En el camino se endereza la carga". Se la entiende como determinante para que la obra se inicie sin esperar a que estén completos los planes que, ya se completaran en la marcha. Creo que debo finalizar este párrafo con el sugestivo estribillo: "Caminante, no hay caminos, se hace camino al andar..."

Lo que antecede explica y aspira justificar mi decisión de tomar la ruta de San Carlos de Río Negro. ¿Porqué San Carlos de Río Negro? Porque el período en que se supone que el Padre de la Patria erró por aquellas latitudes es el más ignorado en la historia de su vida.

Un informe separado cubre esta fase de la investigación. Informes complementarios sólo aspiran a contribuir a la formulación de un programa, a la fijación de unas metas que, a mi modo de ver, deberían comprometer a todos los dominicanos.

Durante el mes de octubre espero estar en Santo Domingo y nada me sería más grato que conversar con Uds. acerca de estos y otros tópicos.

Cordialmente,

Juan Jiménez de la Rosa

Edif. Yuruari, Apto. 6
Ave. Orinoco - Las Mercedes
CARACAS, Ven. Telef. 913409

INFORME No. 1

RELATIVO A LA INVESTIGACION SOBRE LA PRESENCIA DE DUARTE EN RIO NEGRO

LA EXPEDICION

Fuimos admitidos en una expedición integrada por Profesores, Sociólogos y Antropólogos de la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela que, bajo la dirección del Profesor John Verburg se internó en diversas regiones del Territorio Federal Amazonas, con el objeto de realizar investigaciones de carácter socioeconómicas (1).

La fracción del Grupo San Carlos de Río Negro, a la que pedimos ser incorporados, salió del aeropuerto de "La Carlota", Caracas, a las 8:28 de la mañana del día 19 de julio de 1972, en vuelo especial, a bordo de un "Aerocomander". Se operó una escala técnica y de abastecimiento en San Fernando de Apure, Edo. Apure y aterrizamos en San Fernando de Atabapo, antigua Capital del Territorio Amazonas a las 12:35, donde pernoctamos. En la mañana del día 20 proseguimos nuestro viaje, ahora por la vía fluvial, con destino a Yavita, remontando el río Atabapo, en dos lanchas a motor, operadas por nativos. Al anochecer desembarcamos en Yavita donde pasamos la noche (2).

El día 21 en la mañana cruzamos en un pequeño camión

(1) Esta expedición fué patrocinada por CONDESUR y UCV.

(2) En el morral (mochila) se había incluido una hamaca.

el trecho selvático del Itsmo de Tuamini y llegamos al caño Pimichin. Allí abordamos un "bongo" (canoa indígena hecha de un solo tronco) con destino a Maroa, Capital del Dto. Casiquiare, a orillas del río Guainía. Descendiendo por este río se llega a la impresionante confluencia del Guainía y el brazo Casiquiare, procedente del Orinoco. La unión de ambos forma al Río Negro. A San Carlos de Río Negro arribamos en horas de la tarde.

SAN CARLOS DE RIO NEGRO

San Carlos de Río Negro, Capital del Dpto. Río Negro, del Territorio Federal Amazonas, es el poblado venezolano más cercano a la línea ecuatorial: 1 grado 55 minutos de latitud norte, muy cerca del punto geográfico que separa al mismo tiempo a Venezuela, Colombia y Brasil. (3).

Fundada en 1760 por el Cap. de Fragata Francisco José Solano, se encuentra ubicada en la margen oriental del río que le dió nombre. Fué puerto importante en la época de los "caucheros" o cuando en la zona se extraía una valiosa fibra llamada "chiquichique"; ambas explotaciones basadas en la explotación de los aborígenes.

El Río Negro, llamado así por el color "café" de sus aguas, (4) prosigue un lento viaje hacia el Sur hasta internarse en el corazón del Brasil para engrosar el torrente fluvial más grande del mundo: el Amazonas. Hasta llegar al Brasil y desde su nacimiento, el Río Negro sirve de frontera a Venezuela y Colombia (5).

San Carlos de Río Negro cuenta en la actualidad unas 85 edificaciones (66 habitadas) la mayor parte de las cuales está construída con una especie de "adobe", urdimbre de maderas atadas con bejucos y rellena de arcilla mojada, amasada con los pies, en una operación que recuerda la primitiva maceración de las uvas en los lagares.

La población de San Carlos alcanza, en 1972, unas 600 almas, en su mayoría indígenas en proceso de transculturación

(3) Hacemos abstracción de las Aldeas de Santa Rosa de Amadona.

(4) Muchos de los ríos de la Amazonia tiene este color "café".

(5) Véase "El Cristo de la Libertad" 38, 4ta. edic. Pág. 157.

(6). Disponen de un moderno Grupo Escolar para la enseñanza de Primaria y Secundaria y una "Escuela Unitaria No. 1130", dirigida por los hermanos Salesianos, a cargo de quienes también está la parroquia. Disponen asimismo de dispensario médico, cuartel del Ejército, sala de cine, planta eléctrica de servicio nocturno y un bien dotado Campamento de Obras Públicas, parte de un ambicioso programa bautizado con el nombre "La Conquista del Sur" que se desarrolla bajo los auspicios del gobierno venezolano al través de la Comisión para el Desarrollo del Sur (CODESUR). En breve dispondrá también (1 mes) de un buen aeropuerto, convenientemente equipado.

TRAS LAS HUELLAS BORROSAS DEL APOSTOL

Llegamos a San Carlos de Río Negro al anochecer del día 21 de julio y comenzamos a indagar sobre el Padre de la Patria en la mañana del día siguiente. Nos habíamos trazado un plan de trabajo basado en las informaciones que pudiéramos obtener de grupos, instituciones o personas de la localidad y de otros indicios:

- a) Las Misiones religiosas. Sus Archivos. Los libros de la iglesia (bautismo, confirmación, matrimonio, defunción).
- b) Las autoridades. El Ayuntamiento. Libros de Actas y de Correspondencia. El Registro Público.
- c) Las escuelas, los maestros. Los libros de lectura sobre tópicos locales o regionales. La noticia de la primera escuela.
- d) Las familias de profundas raíces locales. Sus apellidos. Lo que contaban sus abuelos o los ancianos de sus tribus.
- e) Los ancianos de la localidad. Las narraciones que oyeron y las que transmiten. Las tradiciones.
- f) Los nombres y apellidos no indígenas. Los nombres de las calles. Los nombres de las cosas. Las casas viejas.

(6) Predominan las tribus "bares" y "baniva" (Caribes)

Es conveniente aclarar que no disponemos de procedimientos técnicos o métodos de indagación aplicados a nuestro proyecto, pero creemos haber llegado al fondo razonable de esta investigación. Vimos transcurrir 18 días en Río Negro y las comarcas cercanas sin observar la más ténue, la más débil huella del Padre de la Patria en el área objeto de nuestro estudio. ¿Acaso pudo el tiempo borrar el luminoso rastro del Apóstol? Veamos!

La iglesia actual fué construida de bloques de concreto hace solamente dos años. La anterior, de "adobe" sirvió solo treinta años. Los Capuchinos, primeros misioneros de la región (expulsados en 1819 "por ser adictos a la Corona de España" (7). "Nada dejaron"; escribe Humboldt, "ni una fábrica, ni un establecimiento útil, ni una institución —y agrega— "no parece sino que, juzgándose de tránsito por aquellas tierras se abstuvieran de plantar en ellas monumentos duraderos" (8).

"En Maroa y en San Carlos (Río Negro) no existe ni un documento"! (9) "Se han dado casos en los que los pobres indígenas guardaron religiosamente papeles de los archivos, en tanto que algunos gobernantes, cuando no los han quemado, han empleado documentos hasta ¡para envolver queso!" (10).

De los ancianos que interrogamos en Río Negro, pocos han nacido allí. Cruz Ma. Alvarez parece ser la persona mejor informada de la zona. Nació en San Fernando de Apure y dice que vive en SCRN por lo menos 60 años. Reside en el No. 11 de la Calle Francisco de Miranda. Nada recuerda, que le contaran sus padres y abuelos, sobre Duarte. Lo mismo ocurre con los demás. No hay libros, registros, periódicos. No hay recuerdos. No hay hombres muy viejos. No hay casas ni cosas muy viejas...

"Salvo uno que otro hecho relacionado con los Misioneros de principios de siglo XIX (11) no guardan en sus recuerdos la

(7) B. Tavera Acosta "Río Negro" (1954) Pág. 154.

(8) Alej. de Humboldt "Viaje a las regiones equinocciales del nuevo Continente", Tomo II, Pág. 5

(9) BTA (citado) Pág. 130

(10) B. Tavera Acosta "Río Negro" Pág. 131.

(11) Generalmente sobre atropellos y expoliaciones.

historia de sus antepasados, ni aún transmitida; allí todas las tradiciones casi se han perdido (12).

Debemos admitir que si en Río Negro existe la huella de Duarte, por lo menos no está a flor de tierra.

¿PERO FUE POSIBLE?

Fué posible que el Padre de la Patria realizara este viaje al confín sur de Venezuela? La empresa resultaba hartamente difícil. Pero muchos lo hicieron desde que Diego de Ordaz abrió las rutas en el siglo XVI. Humboldt amplió los caminos en 1800. Codazzi, aunque se adentró solo hasta la Boca del Guainia, levantó unos mapas estupendos. Los Misioneros cruzaron todos los lacustres caminos. Pero, ¿pudo hacerlo?

En 1845, cuando debió iniciar este viaje, contaba con solo 32 años y buena salud (?). Viajó durante doce años "recorriendo la parte oriental y occidental" (13) "Para los días de la Restauración, cuando Duarte abandonó su retiro del cajón del Apure y las vertientes del Orinoco" (14) debía contar entre 42 y 43 años. Evidentemente su edad era adecuada para la empresa.

En tanto nos es dable profundizar en este aspecto de la investigación, veamos cuales eran las posibilidades del transporte hacia Río Negro en 1845:

—**Alternativa 1:** (Incluida solo por la vinculación de Duarte con el Apure).

- a) Porción terrestre: 1: A lomo de mulas:
Caracas, Maracay, Valencia, Tinaco, San Carlos (?), Acarigua, Guanare, Barinas. 600 Kms. 2 meses.
- b) Porción fluvial 1: Bongo a remos:
Barinas, Puerto Nutrias. Ríos Masparo, Morrocoy. Santo Domingo (descendiendo). 15 días. Llegada al Apure.
- c) Porción fluvial 2: A vapor (?) Poco calado.
Desde Puerto Nutrias hasta el Orinoco (con-

(12) BTA, citado, Pág. 148.

(13) Apuntes de Rosa Duarte, 1970, ERD-CLB-VAD, Pág. 164.

(14) Idem, VAD, Pág. 298.



Plano del villorrio venezolano de San Carlos De Rio Negro en que vivió Duarte.

fluencia Orinoco/Apure) descendiendo el Apure) Puertos Cabruta o Caicara del Orinoco. 1 mes.

- d) Porción fluvial 3: A vapor, mayor calado.
Desde Cabruta o Caicara, remontando el Orinoco, hasta Puerto Páez (cerca de la actual capital del Territorio Amazonas) en la confluencia Orinoco/Meta, hasta los raudales de Atures y Maipures. 1 mes .
- e) Porción terrestre 2: A lomo de mulas, a pié, o cargado.

Puerto Páez, Samariapo. 66 Kms. 7 días.

- f) Porción fluvial 4: Bongo a remos (o talvez vapor proveniente del Brasil). Desde el Orinoco (sobre los raudales) hasta San Fernando de Atabapo, antigua capital del Territorio. 1 mes.
- g) Porción fluvial 5: Bongo a remos, remontando el Atabapo, hasta Yavita (15) 7 días.
- h) Porción terrestre 3: A lomo de mulas, a pié o cargado.
Yavita Pimichin. 1 día.
- i) Porción fluvial 6: Bongo a remos.
Caño Pimichin, Maroa (sobre el Guainía). Este río es integrante del Río Negro. 1 día.
- j) Porción fluvial 7: Bongo a remos o vela.
Maroa, San Carlos de Río Negro. 2 días.
Eventualmente en la ruta de esta porción podría encontrarse algún barco brasileño.

—Alternativa 2: (Incluida también por la vinculación de Duarte con el Apure)

- a) Porción terrestre 1: a lomo de mulas.
Caracas, Ocumare del Tuy, San Juan de los

(15) En Yavita residió José Eustaquio Rivera y escribió "La Vorágine" Carlos Alamo Ibarra en su obra Río Negro, Págs. 20 y 21, dice: "Rodeado de selvas (JER), temeroso de la muerte que lo amenazaba, disfrazada de paludismo, dejó correr su pluma a la luz de un farol de kerosen" "Así vió la primera luz La Vorágine" teniendo como padres "Los Sertones" (de Dacumha), el temor a la selva y la injuria procaz".

Morros, Ortiz, Calabozo, Esteros de Camaguán, San Fernando de Apure. 2 meses.

- b) Hasta j) Porciones restantes. Ver ruta hacia el Sur, desde San Fernando de Apure, según Alternativa 1.

—Alternativa 3: (a vapor, NAVEGACION de altura, etc.) Es la vía que parece más probable.

- a) Porción fluvial 1: Vapor calado mayor.
La Guaira (Mar Caribe) hacia Oriente (16) hasta el Delta del Orinoco; entrando por Boca Grande, entre la Península de Paria y la Isla de Trinidad (posesión inglesa). Entrando al Orinoco por Boca de Pedernales. Tiempo no calculable.
- b) Porción fluvial 2: A vapor (cualquier calado)
Desde Boca de Pedernales, remontando el Orinoco, hasta Ciudad Bolívar (Angostura) Capital del Edo. Bolívar.
- c) Porción fluvial 3: A vapor (calado intermedio).
Angostura hasta Puerto Páez (remontando el Orinoco). Tiempo incalculable.
- d) Hasta j) Porciones restantes. Ver ruta hacia Sur, desde Porción Terrestre 2, Alternativa 1.

Si tomamos en cuenta las posibilidades del transporte marítimo y fluvial en 1845, la duración del viaje, según la Alternativa 3, sería de 3 a 4 meses.

Una posibilidad no incluida, pero no olvidada, la ofrece el brazo Casiquiare que "convierte al Orinoco en afluente del Río Negro" (17) "Esta maravilla de la naturaleza, al poner en contacto el Océano Atlántico consigo mismo, forma una especie de inmensa isla de las tierras amazónicas, las cuales, mediante una red de hilos de agua, aún no bien exploradas, se comunican con el Paraguay, el Pilcomayo y aún con el Plata". "Tal sortilegio que vincula, mediante redes hidrográficas semiigno-

(16) Apuntes de Rosa Duarte, 1970, Pág. 164.

(17) Carlos Alamo Ibarra, "Río Negro", 1950, Pág. 103.

tas, extensas tierras del hemisferio Sur, indúcenos a pensar que América es una expresión no solamente histórica, sino geográfica y étnica de incalculables proyecciones futuras, donde el Caño Casiquiare desempeña un papel semejante al del Rin y el Danubio, en el Viejo Continente".

Repitamos la pregunta: ¿Pudo el Padre de la Patria llegar hasta Río Negro? Es evidente que pese a las grandes dificultades era posible hacerlo! Humboldt, en 1800, "En mes y medio hizo el recorrido Orinoco, Atabapo, Pimichin, Guainí, Río Negro y Casiquiare" (18); "Modesto Garcés, Ministro de OP de Colombia, salió desde Arrastradero hasta el Orinoco en 50 días"; Rufino Blanco Fombona Gobernador del Territorio, empleó 30 días para trasladarse en un barco de chapaletas hasta Ciudad Bolívar y en piragua hasta San Fernando de Atabapo y "Las raíces de los manglares paralizaban, de trecho en trecho, la quilla de la nave" (19).

Por otra parte, durante el período de 1845 a 1857, cuando se supone que Duarte realizó viajes por Río Negro, la zona estaba servida por cierto tráfico marítimo y fluvial como consecuencia del comercio que se desarrollaba en la Orinoquia y la Amazonía. Una concesión fué otorgada al Sr. Vespasiano Elis según "contrato que otorgaba privilegios en la ruta Puerto Nutrias/Ciudad Bolívar (20) ¿Acaso este incremento en el comercio no resultaba un atractivo para JPD?

Surgirán nuevas preguntas: ¿Porqué Río Negro? "Para dedicarse a la meditación y a la lectura?" "Duarte ha ido allí en busca de sosiego para su espíritu..." (21).

En las próximas etapas de este estudio se deberían incluir estas preguntas... La búsqueda de las respuestas podría conducirnos por senderos que aclaren la obscura trayectoria del Padre de la Patria en la selva amazónica.

Juan Jiménez de la Rosa

Caracas, Agosto/Septiembre, 1972.

(18) B. Tavera Acosta, "Río Negro" Pág. 83.

(19) Carlos Alamo Ibarra, "Río Negro" Pág. 21.

(20) Rafael Gómez Picón, "Orinoco, Río de Libertad", 1953, Pág. 445.

(21) Joaquín Balaguer, "El Cristo de la Libertad", 4ta. edic. pág. 159.

DONACION DE LA
BIBLIOTECA DEL PROF.
ENRIQUE PATIN VELOZ
IN MEMORIAM

INFORME No. 2

SOBRE LA DENOMINACION DE UNA CALLE DE SAN CARLOS DE RIO NEGRO CON EL NOMBRE DE "JUAN PABLO DUARTE"

En el curso de nuestro trabajo de investigación en Río Negro y con la eficiente colaboración del Profesor John Verburg, logramos que una calle de la población fuera designada con el nombre de "Juan Pablo Duarte" ¿Cuál? Una de las pocas que debieron existir cuando se supone que el Padre de la Patria debió arribar a aquella aldea de caucheros. ¿Cuál? Una callejuela que comienza en una amplia laja de piedras, remisumergida en el río y remata en la plaza "Baniva". La Laja de Pinto, donde los rionegreros de todos los tiempos han concurrido para contemplar el río, por las tardes, y por las noches para extasiarse con el más estrellado cielo... Si Duarte estuvo allí, esta Laja debió ser su confidente! Cuántas veces mojarían sus lágrimas esta hermosa piedra...

La Resolución fué tomada por las autoridades de San Carlos de Río Negro en reunión efectuada en la sede de la Prefectura del Departamento en fecha 26 de julio de 1972. Además de las autoridades el acta correspondiente fué suscrita por los integrantes de la expedición que operó en la localidad. Esta Resolución incluye la nomenclatura del poblado. Se envía una fotocopia de la misma y se está tramitando una copia

certificada y autenticada por las autoridades del Territorio y del Gobierno de Venezuela.

Caracas, agosto de 1972.

Juan Jiménez de la Rosa

Anexo: Copia ACTA DE NOMENCLATURA DE LA POBLACION DE SAN CARLOS DE RIO NEGRO.

ACTA DE NOMENCLATURA DE LA POBLACION DE SAN CARLOS DE RIO NEGRO

El día veintiseis de julio de mil novecientos setentidós, en reunión efectuada en la sede de la Prefectura de esta población, se procedió a la discusión de la nomenclatura establecida para San Carlos de Río Negro. En presencia de las autoridades de esta comunidad, representada por los ciudadanos: señor Angel Ramón Blanco, con cédula de identidad No. 1561980, Juez del Departamento Río Negro; señor Pedro Antonio Zerpa con C. I. No. 1562024, en su carácter de Secretario encargado de la Prefectura; del señor José D'Acosta, con C. I. No. 1562116 en su carácter de miembro principal de la Junta Comunal; del doctor John Verburg, C. I. No. 1877635, representante del Ministerio de Obras Públicas (Codesur); de los estudiantes universitarios: Rosa González, Lourdes Arias, Cristina Alvarado, Mary Pérez, Freddy Girón, Odalis Cova, Zaida Cañizalez, José Almedo, Cicélsiz Guerra, Haydée Meléndez, del señor Juan Jiménez, invitado de Codesur, se acordó el establecimiento de la siguiente nomenclatura de la población de San Carlos de Río Negro (plano anexo) con los nombres siguientes:

Paseo Francisco Solano: Calle Bonvecchio, Calle Cocuy, calle Andrés Bello, Avenida Universidad, Avenida Bolívar, calle 24 de Julio, calle 4 de Noviembre, calle 19 de Abril y calle Baniva, calle 4 de Agosto, calle Miranda, calle Parí-Pariguájabo, calle Duarte, calle Humboldt, Avenida Río Negro y las Plazas: Bolívar, Baré y Sabanita.

Aprobada la nomenclatura por los representantes, damos fé y constancia del presente acuerdo, en la población de San Carlos de Río Negro, capital del Departamento Río Negro, a los veintiseis días del mes de julio de mil novecientos setenta y dos. Años: 163º de la Independencia y 114º de la Federación.

Dios y Federación,

Angel R. Blanco, Juez del Departamento; Pedro Antonio Zerpa, Strio. Encargado Prefectura; Dr. J. A. Verburg, Adjunto División Estudios Básicos Codesur; José D'Acosta, Miembro. Ppal. Junta Comunal; Rosa González; Lourdes Arias; Cristina Alvarado; Mary Pérez; Freddy Girón; Odalis Cova; Zaida Cañizalez; José Almedo Cicelisz Guerra; Haydée Meléndez; Juan Jiménez.

APENDICE

SOBRE EL PRIMER CENTENARIO DE LA MUERTE DE DUARTE

Es evidente que el primer Centenario de la muerte del Padre de la Patria plantea un reto a los dominicanos de las generaciones actuales. Es un desafío al sentimiento patrio.

¿No empezaron acaso todos nuestros males cuando volvimos la espalda a los principios Duartianos? ¿No estaremos en el camino de las reivindicaciones cuando volvamos nuestros ojos al Apóstol? A sus enseñanzas, a su civilismo y hasta a su martirologio?

Creemos que el Primer Centenario de la Muerte de Duarte debería encontrarnos ¡a todos! en los puestos de avanzada, en los lugares de honor para completar la obra que iniciara Duarte en 1838 y malograda tantas veces por los "malos dominicanos" desde que "se movían sigilosamente en la sombra, con la complicidad del Cónsul de Francia" (1) hasta los que en todos los tiempos se han movido en la noche o en la madrugada alevosa para medrar a costa de los intereses patrios.

Creemos, insistimos, que el camino del renacimiento estará a la vista cuando vayamos al reencuentro con Duarte

(1) JB "El Cristo de la Libertad", 4ta. edic. Pág. 66.

"Aunque sea a costa de una estrella del cielo". Sigamos estudiando su vida "encarnación suprema de la nacionalidad dominicana" (2) hasta encontrar su "rastros perdido", olvidado en el tiempo, extraviado en la selva amazónica... y borrado de la mente de muchos dominicanos. Honremos su nombre y glorifiquemos su obra.

Duarte en Venezuela (invocación de ERD) es un capítulo importante en este trabajo. El ID podría auspiciar y dirigir un programa de investigación amplio, ambicioso, agresivo, en el que consecuentemente estaría comprometido el gobierno del país. He aquí una relación de puntos para un programa:

- a) hacer luz sobre el oscuro período 1845 a 1857.
- b) aclarar los períodos anteriores.
- c) determinar la verdadera "Casa de Duarte" en Caracas, adquirirla y conservarla como un monumento a su memoria.
- d) lograr el reconocimiento de Venezuela al Padre de la Patria, (Calles y Avenidas con su nombre, plazas, etc.)

Obviamente este trabajo debe iniciarse en 1973. El comienzo podría estar vinculado al viaje de una representación oficial del gobierno y del ID para colocar las tablillas y talvez una placa en la calle que lleva el nombre del Apóstol en San Carlos de Río Negro.

La Misión Diplomática Dominicana en Venezuela debería estar estructurada conforme a las necesidades del programa de investigación que se formule, preferiblemente encabezada por un miembro activo del ID, procedencia que implica la más atendible carta de recomendación.

Creo que don Carlos Larrazábal Blanco debería ser incorporado al grupo de trabajo que se integre, en calidad de dirigente o coordinador y que de algún modo se le reconozcan

(2) Carlos Federico Pérez, "Duarte, Ideal y Realidad", 1968
Pág. 49.

sus esfuerzos, por ejemplo, concediéndole la Orden de Duarte, Sánchez y Mella.

Y todos los dominicanos que residimos en Venezuela ofrecerán su colaboración en esta empresa, como lo hace, a la medida muy limitada de sus posibilidades, quien estas notas escribe.

Caracas, Agosto, 1972.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR FEDERICO C. ALVAREZ HIJO, EN EL PARQUE DUARTE DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS, CON MOTIVO DE CUMPLIRSE EL 160 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE JUAN PABLO DUARTE, PADRE DE LA PATRIA.

La República Dominicana conmemora hoy, con devoto respeto, el 160 aniversario del nacimiento de su excelso Fundador Juan Pablo Duarte y Díez, nacido en la ciudad de Santo Domingo el 26 de enero de 1813. Me siento doblemente conmovido al dirigiros la palabra en esta ocasión, porque al evocar la personalidad de Juan Pablo Duarte en esta histórica Plaza de Armas, que actualmente lleva el ilustre nombre del Padre de la Patria, lo hago en presencia de los señores Delegados de todos los municipios del país, quienes son huéspedes distinguidos de nuestra ciudad con motivo de celebrarse la Asamblea de Municipios, lo cual equivale a decir ante la presencia de los representantes más directos de la nación entera.

Ninguna ocasión ni lugar son más propicios que los actuales para rendir el homenaje justiciero que el pueblo dominicano ofrenda en este día a Juan Pablo Duarte. No creo necesario hacer ahora un recuento biográfico del ilustre patricio, pero sí estimo oportuno destacar algunos aspectos de su vida y de su obra que, por su trascendencia e importancia, deben constituir la esencia del mensaje que él legara a sus conciudadanos.

Solo conociendo profundamente el sentido de este mensaje pueden los dominicanos de la presente generación aplicar sus principios esenciales a las necesidades y a las realidades actuales, verdaderamente identificados con la doctrina y los ideales duartianos. En efecto, Duarte es, no solamente el forjador de la idea de la Liberación Nacional, sino también el Maestro que, por encima de todos los obstáculos y adversidades, predicó los más elevados principios de la democracia y la justicia.

Las crueles vicisitudes vividas por Duarte han impedido al pueblo dominicano conocer al hombre cuya acción y cuyo verbo fueron capaces de hacer concebir a todo un pueblo la idea de integrar una nación, convencerlo de la necesidad de arros-trar todos los riesgos para lograr su liberación e imprimir un sentimiento nacionalista de tan profundo arraigo en ese pueblo, que se hace imperecedero al transmitirse de generación en generación. Digo que no conocimos a ese hombre porque, al igual que Cristo, la efigie que de él nosotros conservamos, el cuadro que podemos contemplar hoy en esta plaza, es la de Duarte en el Calvario de su exilio. La de un hombre cuyo sufrimiento produce la impresión de una temprana ancianidad. Mas. Duarte, el forjador de ideales, el revolucionario activo, el maestro que cautiva y hace vibrar a sus discípulos, no es el Duarte de la efigie que conocemos. Es otro!

Duarte, al que veneramos y aceptamos como Padre de esta Patria, aun cuando no le conocemos tal como era en la época en que emprendía su acción libertadora, le conocemos en su espíritu y podemos evocarlo con diáfana claridad, joven, gallardo, con la mirada de sus ojos claros profunda y despierta, y su verbo fácil y encendido, con la fogosidad de sus 25 años y la madurez que le requería la responsabilidad de la obra que se había impuesto, en el momento mismo en que se reúne con sus más convencidos adictos y deciden fundar el lunes 16 de julio de 1838, la sociedad secreta La Trinitaria. Es él mismo quien redacta el juramento de esa sociedad que preside y que hace firmar con la sangre de cada uno, con un triple objeto: expulsar los haitianos de nuestro territorio; implantar una República; y establecer en esa República un gobierno libre, con el lema sacramental de Dios, Patria y Libertad.

Este es nuestro Duarte, fogoso y maduro, el que advierte a sus compañeros, antes de tomarle ese juramento que sellaría el destino de la Patria, del modo siguiente:

“Amigos míos: unidos aquí con el propósito de ratificar el que habíamos concebido de conspirar y hacer que el pueblo se subleve contra el gobierno haitiano, a fin de constituirnos en estado libre e independiente con el nombre de República Dominicana, vamos a dejar empeñado nuestro honor y vamos a dejar comprometida nuestra vida. La situación en que nos coloquemos será muy grave y tanto más cuanto que en entrando ya en este camino, retroceder será imposible. Pero ahora, en este momento hay tiempo todavía de rehuir toda clase de compromiso. Por lo tanto, si alguno quisiere separarse y abandonar la causa noble de la libertad de nuestra Patria querida...”

Frase esta que no pudo terminar ante la negativa unánime de los que allí estaban reunidos.

Evoquemos ahora las palabras de nuestro joven Duarte, hagamos que su voz se escuche en esta asamblea, para que le imprima a sus participantes el patriotismo firme y desinteresado de que tanto ha necesitado y continúa necesitando nuestra patria. Destaquemos y tengamos bien presente, muy especialmente los jóvenes de la generación actual, que a la fecha de la formación de La Trinitaria Juan Pablo Duarte tenía apenas 25 años, Ramón Mella contaba 22 años y Francisco del Rosario Sánchez había cumplido hacía poco tiempo sus 21 años.

Evoquemos también las actuaciones de Duarte, como dirigente del movimiento revolucionario consagrado el 16 de julio. No cometamos el error de conceptuarle tan solo como un forjador de ideales. Examinemos su obra y sus logros; su acción y la acción que lograba hacer imprimir a sus compañeros.

La idea expresada en el juramento del 16 de julio no hubiera tenido más valor histórico que el que tuvo el pronunciamiento de Núñez de Cáceres en diciembre de 1821, si el for-

jador de esa idea no hubiera dispuesto de la capacidad, táctica y práctica, necesaria para hacer mover a todo un pueblo y para prepararlo y hacerlo receptible a los acontecimientos de 1843 y de 1844.

Imaginemos en un solo instante la extraordinaria labor asumida por esta pléyade de jóvenes. Los nueve fundadores se ocuparon, en primer término, de sumar la cooperación y el entusiasmo de otros revolucionarios a quienes se denominaron "los comunicados", establecidos en la ciudad de Santo Domingo y en las demás regiones del país. Durante cinco largos años laboró Duarte con la estrecha colaboración de un creciente e influyente grupo de jóvenes, tanto en la sociedad La Trinitaria, como en su filial, La Filantrópica, creada para fomentar las ideas libertarias de los conjurados, mediante la presentación de obras de teatro hábilmente seleccionadas.

Los tenaces esfuerzos de Duarte y sus compañeros durante esos cinco años lograron el necesario arraigo en el pueblo de los principios fundamentales por los que luchaban. Había llegado el momento de iniciar la lucha activa para lograr sus fines, para lo cual Duarte hizo suya la máxima "divide et impera" y en enero de 1843 logra concertar acuerdos con los dirigentes del movimiento de la Reforma, en Haití, enviando a Mella y Castillo a Los Cayos, a fin de participar en el empeño común de derrocar el régimen de Boyer.

Más tarde, cuando ya había tomado cuerpo en Haití la revolución iniciada el 27 de enero de 1843 en Praslin, los trinitarios, dirigidos por Duarte, e investidos con la aparente calidad de seguidores del citado movimiento revolucionario haitiano, desconocen el 24 de marzo a las autoridades haitianas representantes de Boyer, en la ciudad de Santo Domingo, y toman dicha plaza después de haberse producido una cruenta lucha. Duarte se dirige el día siguiente a San Cristóbal y logra que el comandante de armas pronuncie la villa y más tarde el movimiento obtiene el respaldo de todos los pueblos de la parte española.

La Junta Popular formada en Santo Domingo encarga a Duarte, en el mes de abril siguiente, la instalación de Juntas

Populares en la región Este, circunstancia que aprovecha para obtener nuevos adeptos para la causa nacionalista, entre los que figuran los hermanos Ramón y Pedro Santana, a quienes expide sendos nombramientos de coronel el día 7 de abril de 1843.

La actuación realizada por los trinitarios en el movimiento revolucionario haitiano les sirvió de credencial para actuar libremente ante los comicios reunidos en todo el país el día 15 de junio, con el objeto de elegir los concejos municipales. Las candidaturas separatistas, o sean, las auspiciadas por los jóvenes trinitarios, obtuvieron los triunfos más completos en cada municipio. El propio Duarte, quien contaba entonces treinta años, obtuvo una reñida victoria en la ciudad de Santo Domingo, derrotando la candidatura sustentada por el gobierno haitiano. Estos hechos lograron un resultado tan marcadamente nacionalista, que el delegado del gobierno haitiano en Santo Domingo, Augusto Brouat, descubriendo los verdaderos propósitos de los líderes dominicanos, escribió a Herard, en Puerto Príncipe, que "la Separación de la parte Española es un hecho".

En efecto, los sentimientos que Duarte se había propuesto inculcar a los dominicanos, gracias a su eficaz y persistente actividad durante los cinco años transcurridos desde la fundación de la Trinitaria, habían penetrado profundamente en el corazón de sus conciudadanos.

Como consecuencia de las denuncias de Brouat, Charles Herard marcha con su ejército sobre el Cibao y llega a Santo Domingo el 12 de julio. Duarte y los principales líderes del movimiento separatista auspiciado por los trinitarios fueron tenazmente perseguidos viéndose obligados a esconderse, logrando algunos de ellos salir clandestinamente del país, incluyendo al propio Duarte. El gobierno haitiano dispuso además el envío a Haití, en calidad de rehenes, de los regimientos 31 y 32 de la Guardia Nacional, integrados en su mayor parte por jóvenes dominicanos comprometidos con el movimiento trinitario y cuya presencia en la ciudad de Santo Domingo era imprescindible para lograr la ansiada liberación nacional.

No obstante, habiendo prestado dichos regimientos impor-

tantes servicios a Herard, en Haití, el gobernante haitiano, confiando en su fidelidad, les ordena regresar a Santo Domingo, a principios del año 1844, dándoles la oportunidad de unirse a sus compañeros trinitarios, en los precisos momentos en que éstos lograban reagrupar las fuerzas nacionalistas y se aprestaban a iniciar la lucha liberadora. Todas estas circunstancias contribuyeron a asegurar el éxito del movimiento separatista, iniciado en la Puerta de la Misericordia en la noche del 27 de Febrero, con el histórico trabucazo de Mella.

Después de obtenido el doble triunfo dominicano de Azua y de Santiago, el 19 y el 30 de marzo, respectivamente, se puso de manifiesto una radical discrepancia con respecto a la elección de un Presidente provisional, lo cual se hacía necesario para eliminar la división que se había producido en la Junta Central Gubernativa a causa de que algunos de sus miembros gestionaban ya el protectorado francés, mientras que los demás mantenían firmes los propósitos consignados en el juramento trinitario. Con una división de esta naturaleza resultaba imposible organizar la República que había sido proclamada el 27 de Febrero. Duarte y los trinitarios se esfuerzan por lograr el necesario respaldo a sus principios nacionalistas y pretenden que sus esfuerzos culminen en unos comicios electorales acordes con su fé en la democracia. No es necesario relatar todos los acontecimientos que se produjeron entonces.

Tal como lo expone Pedro L. Vergés Vidal en su biografía de Duarte (Sto. Dgo., 1954, pág. 150), "con la misma ardorosa resolución con que disparara su trabuco, la memorable noche de febrero, Mella hizo otro acto digno de su nombre (en Santiago): el día 4 de julio presentó al ejército el nuevo delegado, General Juan Pablo Duarte. Y en presencia de esas mismas tropas y de las fuerzas políticas y sociales de la región, que se habían congregado en la Plaza de Armas" (en este mismo lugar en que estamos reunidos ahora), "les habló con patriótico regocijo del insigne creador de La Trinitaria, y lo recomendó para que 'en su día' lo tuvieran presente al elegir el director de la cosa pública, no solo como merecido galardón por sus inmensos servicios a la Patria sino (y aquí cito las palabras atribuídas a Mella):

“Como un eficaz llamamiento a la concordia, como una invitación, como un medio de lograr que ante aquel ciudadano integérrimo, de excelsa virtud republicana, que no nutría odios, que no alimentaba venganzas, que era por entero incapaz del mal, despusiesen sus rencores los ambiciosos vulgares y la paz definitiva fuera un hecho para que bajo su salvadora égida pudiera encaminarse el país por vías amplias y descampadas de necesario adelanto...”

La idea fué acogida con tanto entusiasmo por todos los congregados que Ignacio Contreras, prócer santiaguero y ayudante de Mella, fué aún más lejos; gritando resueltamente: “Viva el Presidente de la República!”

A este respecto nos dice el ilustre autor de “El Cristo de la Libertad” (Madrid 1970, pág. 134):

“Duarte leyó con sorpresa el acta que acababa de serle entregada y quiso corresponder a ese testimonio de adhesión popular inclinándose ante la voluntad allí expresada por la mayoría de sus conciudadanos. Pero su conciencia, llena de pudor cívico, se sintió acto seguido alarmada por aquel pronunciamiento inesperado. Su sacrificio hubiera sido estéril si la independencia alcanzada se utilizase para erigir el motín en fuente creadora de las nuevas instituciones. La República no tardaría en hundirse si la primera Constitución nacía manchada por la violencia. Si había en el país alguien capaz de levantar la bandera de la discordia, y de asumir una presidencia surgida del seno de una insurrección triunfante, sobre la frente de ese ambicioso debía caer la maldición de la historia y la repulsa de la conciencia nacional ofendida”.

El Padre de la Patria, fiel a sus immaculados principios, ofrece una lección de integridad ciudadana y, en este mismo lugar en que ahora nos encontramos, confundiendo a sus interlocutores, con palabras corteses, pero enérgicas, replica:

“Yo no aceptaría ese honor sino en el caso de que se celebren elecciones libres y que la mayoría de mis compatriotas, sin presión de ninguna índole, me eligiera para tan alto cargo”.

En el mismo sentido contesta Duarte a la proclama de Puerto Plata, fechada el 11 de julio, cuando escribe:

“Nada me será más lisonjero que saber corresponder, llenando el hueco de vuestras esperanzas, no por la gloria que de ella me resultaría, sino por la satisfacción de veros, cual lo deseo, libres, felices, independientes y tranquilos, y en perfecta unión y armonía llevar vuestros destinos, cumpliendo religiosamente los deberes que habéis contraído para con Dios, para con la Patria, para con la Libertad y para con vosotros mismos.”

Mas, los propósitos de Duarte de lograr una patria unida, en la que imperara la justicia y la libertad, no lograron realizarse, porque la fuerza y la opresión se adueñaron del destino nacional a partir del momento en que Santana es proclamado por su tropa Jefe Supremo del Ejército y de los Pueblos y asume el 15 de julio la presidencia de la Junta Central Gubernativa.

La imposición de Santana como Presidente de la Junta Central Gubernativa, fué seguida de una tenaz persecución contra los jóvenes integrantes del movimiento independentista, democrático y liberal creado por los trinitarios, primero con la prisión de Sánchez, Juan Isidro Pérez, Manuel María Valverde y Vicente Celestino Duarte; luego, con la de Mella, Pina, del Valle y otros; culminando con la insólita e ignominiosa resolución dictada por Santana, Jiménez, Bobadilla, Mercenario y otros, atribuyéndole la condición de traidores a la Patria a Duarte, Sánchez, Mella y otros compañeros, los cuales fueron condenados al destierro “y extrañados a perpetuidad del país”, seguida de la prisión de Duarte en Puerto Plata y su expulsión el 10 de septiembre de 1844, menos de seis meses después de

su triunfal regreso del exilio que le había impuesto la persecución haitiana. El joven repúblico de 31 años volvía a recorrer las playas del destierro!

Cabe considerar ahora, tal como lo hiciera el autor de "La viña de Naboth" Santiago, 1939, Vol. 1, págs. 78 y 79, lo siguiente:

"A penas puede considerarse como cosa sujeta a conjetura la gran diferencia que habría presentado la historia de la República, si en los primeros años de su existencia independiente hubiese estado gobernada por un patriota poseído de los ideales y de la pureza de propósitos que caracterizaron a Duarte durante toda su vida".

Duarte, con su extraordinario ejemplo personal, lanza un constante reto a la juventud dominicana, señalándole cuanto puede hacerse en beneficio de un pueblo, si los que participan de un mismo ideal son capaces de luchar hasta el sacrificio, de ser tenaces y perseverantes en sus propósitos y que éstos alberguen objetivos justos que contribuyan al bien común. Tratando siempre que estos ideales constituyan un nuevo aporte al perfeccionamiento de esta patria nuestra cuyo fundamento inmovible radica en el lema trinitario de Dios, Patria y Libertad!

Duarte nos proporcionó la Patria. Pues, como expresara el Doctor Joaquín Balaguer, la Patria "fué una idea que creó Duarte, que calentó Duarte con su sacrificio, y que después se abrió paso casi por sí sola". La conciencia nacional por él concebida se ha mantenido incólume a través de los 129 largos años transcurridos. El vigor de su pensamiento ha prendido por siempre en la vida nacional dominicana. Cuando la traición del Marqués de Las Carreras pretendió eclipsar nuestra Libertad, fué preciso que ésta fuera iluminada una vez más por la tea del patriotismo que engalanó a esta heroica ciudad de Santiago, guiada por el espíritu de Duarte.

Como expresa el historiador Summer Welles (Stgo., 1939, Vol. 1, pág. 79):

“Los ideales acariciados por Duarte son imperecederos; la voz espiritual de Duarte no se ha callado; en años posteriores, en los momentos de calma, al intermitir el fragor del peligro de las luchas fratricidas, o asomar la hosca faz del peligro exterior, la lucidez dominicana ha oído repercutir la voz de Duarte señalando la senda de la salvación. La doctrina inspirada por Duarte ha guiado a su pueblo, por entre sirtes y escollos, hacia un porvenir mejor”.

Mas, Duarte también fue la primera víctima de los enemigos de la Libertad! La historia dominicana es cruenta e interminable lucha de la fuerza contra la democracia. La unión y la felicidad que él aspiraba para su pueblo aún no ha sido plenamente lograda.

Ahora que el país ha iniciado su marcha hacia el desarrollo, todos los dominicanos debemos volver nuestras miradas hacia los ideales y la vida del Padre de la Patria. Esforzarnos por aclarar nuestros problemas actuales a través del crisol del ideal duartiano. Precisemos las rutas que debemos seguir para lograr la realización concebida por él.

Seamos todos verdaderos patriotas, émulos de Juan Pablo Duarte! En estos momentos de extraordinaria trascendencia para el futuro de nuestra nación, Santiago debe levantar su voz, inspirada en nuestro ilustre patricio, para hacer un llamado a la concordia y a la unión de que tanto necesitamos, para recorrer las nuevas rutas que nos depara el destino.

Que los intereses comunes primen sobre los intereses individuales.

Que los sentimientos de Patria se sobrepongan a las luchas partidaristas. Que los partidos políticos orienten su actuación en forma positiva y constructiva. Que la democracia se entienda como el derecho y la obligación de todos a concurrir en la formación de una conciencia nacional encauzada hacia el bien común.

Que el espíritu de Juan Pablo Duarte, ahora más que nunca, alcance nueva vida en la conciencia de todos los dominicanos!

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR FEDERICO C. ALVAREZ HIJO, EN EL ATENEO AMANTES DE LA LUZ DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS, CON MOTIVO DE CUMPLIRSE EL 129 ANIVERSARIO DE LA BATALLA DEL 30 DE MARZO.

Al examinar los acontecimientos del decisivo encuentro sostenido el 30 de marzo de 1844, al pie de esta legendaria ciudad de Santiago, que culminaron con la derrota de los invasores haitianos y con su definitiva expulsión de la región del Cibao, hasta más allá de la ribera occidental del río Masacre, he descubierto un vacío incomprensible en las obras que describen al período extraordinariamente importante de la gestación de nuestra nacionalidad, así como de las acciones que plasmaron el ideal de Duarte y de todos los Trinitarios.

Parece ser que los historiadores, en su afán de dar brillo y mayor realce a los hechos más trascendentales, concentran sus exposiciones y se dedican a analizar un número tan reducido de acontecimientos, que se crea la impresión de que únicamente esos hechos son los que tienen relevancia histórica.

De este modo también se crea la falsa apariencia de que dichos acontecimientos surgen milagrosamente, sin aparente relación entre sí y sin que se vislumbre cómo pudieron consumarse. De ahí que nuestra independencia nacional parezca a muchos una leyenda y que otros pretendan hasta negar los hechos mismos que más contribuyeron a su afianzamiento.

Para la mayoría de nuestro pueblo, la gesta de la independencia se resume en estos cuatro acontecimientos: la fundación de la Trinitaria, el 16 de julio de 1838; la proclamación de la República, el 27 de febrero de 1844; y, por último, las batallas de Azua y de Santiago, el 19 y el 30 de marzo del mismo año.

No se examina ni se explica que, para lograr la independencia de una nación, para unir a los hombres que estén dispuestos a morir en la lucha por la consagración de sus ideales, especialmente cuando tienen ante sí las perspectivas de una guerra desigual, se requiere la participación de numerosas personalidades, en un esfuerzo común, convincente y perseverante, digno de titanes. Con esto no quiero expresar que no se hayan realizado estudios e investigaciones encaminados a señalar el origen y la causalidad de diversos aspectos relacionados con los hechos estelares mencionados. De ninguna manera. No obstante, conviene señalar que estudios de esta naturaleza aún no se han realizado sobre numerosos e importantes aspectos de la etapa de nuestra historia a la que me estoy refiriendo. Tampoco existe la descripción ordenada de la labor que tuvo que ser necesariamente realizada para mover a todo un pueblo, en los momentos precisos, con una unidad de acción, una convicción y una fé que resultan verdaderamente admirables.

Muchos aspectos de los acontecimientos acaecidos en la ciudad de Santo Domingo el 27 de febrero han sido analizados, discutidos, tergiversados y vueltos a examinar. Resulta pues relativamente fácil reconstruir y narrar, en forma sistemática, el acontecer de los hechos en la época de la proclamación de la Independencia, en la aludida ciudad. Mas, Santo Domingo no es la República Dominicana. La población de esta ciudad era muy escasa para el año 1844. Las tropas formadas en el Sur del país no intervinieron para lograr la capitulación de las guarniciones haitianas destacadas en cada una de las ciudades del Cibao. Tampoco recibió el Cibao refuerzos militares para combatir las legiones de Pierrot que amenazaban avasallar toda la región.

Es preciso reconocer que al momento de producirse la proclamación de la República, los habitantes de esta región del

país debían contar con líderes, identificados con el ideal Duartiano, capaces de movilizarlos y de encauzarlos por la senda que era necesaria para alcanzar el buen éxito de la empresa en que esos líderes necesariamente ya estaban comprometidos. ¿Cómo lograron los trinitarios los adeptos necesarios para inculcar el espíritu de la nacionalidad entre los líderes locales de todo el país? ¿Cómo se produce en el Cibao la identificación de esos líderes y de las masas con el ideal de independencia consagrado por Duarte y sus compañeros en el juramento del 16 de julio de 1838?

Estas grandes interrogantes aun no han sido contestadas en todos los aspectos de su extraordinaria magnitud. La inquietud causada por este vacío de la historia de esa época que ahora planteo ha sido compartida por muchos. Se han realizado esfuerzos serios para completar el estudio de los acontecimientos desarrollados durante esa etapa de nuestra historia.

Precisamente, este glorioso Ateneo "Amantes de la Luz" auspició en 1936, con motivo de celebrarse el centenario de la fundación de la Trinitaria, un concurso literario, entre cuyos temas figuró el de "Contribución de Santiago a la Obra de la Independencia", del cual resultó laureado el trabajo presentado por uno de nuestros más profundos e ilustrados historiadores, Don Emilio Rodríguez Demorizi, actual Presidente de la Academia Dominicana de la Historia. Esta obra sienta las bases para contestar muchas de las cuestiones a que he hecho referencia y sería conveniente su reproducción, pues la edición original está agotada desde hace varias décadas.

El presente estudio no tiene el propósito de contestar las preguntas que han sido formuladas. Mas, creo rendir un homenaje digno de los héroes de la Batalla de Santiago al mencionar en esta ocasión algunos de los hechos más destacados acaecidos en el Cibao y que revelan la existencia de un gran número de personas iniciadas en el pensamiento trinitario, por cuya mediación se logró alcanzar la identificación de los habitantes de esta región con el espíritu del ideal concebido por Juan Pablo Duarte. Sin este esfuerzo múltiple no hubiera podido lograrse el triunfo del 30 de marzo de 1844.

Aún no han sido esclarecidas suficientemente las actividades realizadas por Duarte y los demás Trinitarios tendientes a obtener los adeptos necesarios para la realización de la noble causa por ellos concebida. Los estudios realizados generalmente se circunscriben, como he dicho, a las actividades desarrolladas dentro del perímetro de las murallas de la ciudad de Santo Domingo. Sería conveniente emprender la tarea de recopilar los datos disponibles correspondientes a este importante período histórico de la gestación del movimiento independentista. Establecer quienes llevaron la concepción de Duarte a cada región, a cada pueblo. Determinar cómo fueron transmitidas esas ideas y cuáles personas, en cada una de las poblaciones del país, se identificaron con las mismas y formaron los núcleos básicos que sirvieron como catalizadores en la formación de nuestra nación y en el establecimiento de la República Dominicana.

Los datos disponibles para el período comprendido entre 1838 y 1842 están muy dispersos y son incompletos. Mas, cabe afirmar que los logros alcanzados por los Trinitarios durante ese período debieron ser muy favorables y abarcan todo el territorio de la incipiente nación, pues solo así puede concebirse una explicación lógica a los resultados logrados por ellos en todo el país entre los meses de marzo a junio de 1843, con motivo de la revolución haitiana de La Reforma, que liquidó la tiranía férrea que durante 24 años sumió a toda la isla bajo la égida de Boyer.

Don José Gabriel García nos habla de los riesgos que corrieron Silvano Pujol y Manuel Leguisamon en Puerto Plata, durante el año 1842. También nos relata lo expuesto que estuvo Juan Evangelista Jiménez en La Vega, para esa misma época. Estos datos confirman el criterio que estoy tratando de expresar.

Debemos examinar más a fondo la obra de Duarte y sus compañeros trinitarios. No obstante la juventud de casi todos ellos, debemos reconocer su gran habilidad política. Borrar la imagen que desde el inicio de la conspiración conservadora de Bobadilla y de Santana, se ha pretendido crear, mostrándolos como ilusos e idealistas.

Sí, ellos estaban colmados de ideales, pero pisando con paso firme el escabroso camino de la conspiración que culminaría con la liberación nacional. A pesar del tiempo transcurrido, del amor que se profesa a Duarte, de la admiración que despierta la obra de los Trinitarios, aún no se ha destacado suficientemente la extraordinaria urdimbre conspiradora que Duarte, no obstante su fresca juventud, supo crear, dirigir y conducir con mano firme hasta la sublime ejecución sellada por el trabucazo comprometedor de Ramón Matías Mella.

El mismo historiador citado, en su Compendio de la Historia de Santo Domingo (Tomo II, pág. 196, tercera edición, 1894), nos señala que hubo numerosos dominicanos:

“que lucharon como buenos, a la par de los iniciados en las demás localidades, pues que es de notoriedad que en todas las había que estaban incondicionalmente al servicio de la idea redentora, y que la propagaban a su vez con ardor y entusiasmo, unificando las voluntades para encaminarlas sin reservas a la creación definitiva de la patria.”

Tratemos de consignar algunos de los hechos que revelan las actividades conscientes y deliberadas de los Trinitarios en el Cibao, en su empeño de aunar a su pueblo y conducirlo a su liberación definitiva. Pero antes hay que destacar la importancia que tuvo para nuestra Patria la activa participación que, por disposición de Duarte, los trinitarios y sus seguidores mantuvieron durante la revolución haitiana que produjo la caída del régimen de Boyer. Duarte con una visión incomparable comprendió que si los dominicanos participaban activamente en esa revolución podrían debilitar las fuerzas haitianas, al mismo tiempo que creaban la confianza entre los dominicanos y ampliaban la influencia del movimiento dirigido por él.

El 26 de enero de 1843 pacta Mella, en su calidad de enviado de Duarte, con los conspiradores haitianos en Los Cayos. El 24 de marzo del mismo año reciben Duarte y sus compañeros trinitarios el bautismo de fuego en la Plaza de la Catedral. El día 30 de marzo, hace precisamente hoy 130 años, se forma la Junta Popular de Santo Domingo, integrada por Duarte, Pi-

na, Manuel Jimenes, Ponthieux y Morin. Es decir por tres dominicanos y dos haitianos.

Concomitantemente, aquí en Santiago, Ezequiel Guerrero, Sebastián y José Desiderio Valverde, Román y Juan Luis Franco Bidó, Narciso Román y otros próceres resueltos "recorren las calles de la población con banderas desplegadas, dando vivas a la libertad", viéndose obligados a dispersarse ante la firmeza del General Charrié y del Coronel Juan Núñez Blanco, este último asociado con los haitianos desde el año 1822. No obstante, forzados Charrié y Núñez a aceptar las consecuencias de la revolución haitiana de Praslin, ya en las elecciones de junio de 1843 las personalidades santiagueras recién nombradas resultan electas para integrar la Junta Popular de Santiago. En esas mismas elecciones, impulsadas por las gestiones realizadas durante esta etapa por Mella, las candidaturas auspiciadas por los iniciados en el movimiento trinitario también colaborando con los revolucionarios haitianos, obtienen resonantes éxitos en La Vega, Macorís, Cotuí y demás poblaciones del Cibao.

Como es natural, los resultados electorales pusieron de manifiesto la naturaleza del pacto que Mella había establecido en enero de 1843. El gobierno haitiano comprendió que no se trataba simplemente de una cooperación de los dominicanos con el movimiento reformista haitiano. La destacada actuación de los líderes trinitarios revelaron sus verdaderas intenciones y la magnitud del movimiento que hasta ese momento había permanecido oculto. Esta circunstancia motivó la expedición comandada por el General Charles Herard, iniciada por Dajabón en los primeros días de julio de 1843.

El 6 de julio es hecho preso en Santiago Rafael Servando Rodríguez, cuñado del mismo Ignacio Contreras que un año después fué ayudante de Mella y que habría de proclamar como Presidente de la República a Juan Pablo Duarte, en la Plaza de Armas de esta ciudad. Junto a Rodríguez fueron reducidos a prisión Manuel Morillo, José Mella Veloz, Pedro Juan Alonso y Jacinto Fabelo, los cuales fueron enviados a Haití por vía marítima, desde Puerto Plata.

En Moca, Herard hace preso a Francisco Antonio Salcedo

y, más tarde, descubre que el entusiasmo de los dominicanos en San Francisco de Macorís, influidos por los ardientes impulsos de Mella, habían depuesto al comandante de la Plaza Coronel Charlot y comprueba que todos los concejales eran partidarios de Rafael Servando Rodríguez, es decir, iniciados en el movimiento trinitario. Herard hace preso al Presbítero Salvador de Peña, Párroco de Macorís y a varios de sus compañeros, entre los cuales figuran Manuel Castillo Alvarez, Juan Bautista Ariza y Baltazar Paulino y, por último, en Cotuí apresa al Presbítero Puigvert y a Ramón Matías Mella, mientras este último realizaba abiertamente su campaña patriótica, y repuso al coronel Prud'Homme que había sido depuesto por los vecinos de este pueblo.

A este respecto, oigamos las palabras del ilustre Don Federico Henríquez y Carvajal (Discurso, 27 de febrero 1901, *Clio*, No. 74-75, pág. 36); refiriéndose a las actuaciones de Mella en esa época:

“El Cibao fué su campo de acción. No lejos del Yuma estaba el misionero separatista, cuando la delación artera pretendió que abortase el plan revolucionario. Y mientras el jefe de la Revolución se libraba del cadalso, merced a previsor ostracismo, iba Mella, en cuerda de presidio, a purgar en inmundas mazmorras el feo delito de ser patriota y ser dominicano.”

Ausentes Duarte y Mella, Vicente Celestino Duarte y Sánchez redactan el primero de los manifiestos separatistas, del cual se sacaron solamente cuatro copias, una de las cuales es llevada a todos los pueblos del Cibao por Juan Evangelista Jiménez. La lectura de este documento el día de Las Mercedes del año 1843, en el Santo Cerro, provocó reacciones tan encendidas “como la de Manuel María Frómata, quien ofreció que sus hijos servirían de cartuchos” para lograr el éxito de la empresa proyectada. Jiménez, perseguido en Santiago por el General Morisset, se esconde en la residencia de las hermanas Villa, en La Vega. Pocos meses después estas heroicas

patriotas presentarán a Pedro Ramón de Mena la primera bandera nacional izada en el Cibao, el 4 de marzo de 1844.

Liberado Mella en las postrimerías del año 1843, recorre nuevamente el Cibao. Después logra que el esfuerzo de los trinitarios sea respaldado por los conservadores encabezados por Tomás Bobadilla, a quien se atribuye la frase oportunista siguiente:

“Yo me voy con los muchachos, porque veo que se van a salir con la suya”.

De esta alianza surge el conocido Manifiesto del 16 de enero, cuya firma se inicia con las de Bobadilla, Mella y Sánchez. Este documento, en su original y en la edición de 1847, incluye las firmas de distinguidos patriotas santiagueros, a saber: Jacinto Fabelo Román y Juan Luis Franco Bidó, Rafael Rodríguez y Miguel Rojas. El 30 de enero llegan procedentes de Haití a Santo Domingo los regimientos 31 y 32, que Herard había trasladado el año anterior, integrados en su mayor parte por dominicanos comprometidos en el movimiento, circunstancia que precipita los acontecimientos y abre el camino para la epopeya de la noche del 27 de Febrero.

Mella, presidente de la Junta Gubernativa el 28 de febrero, suscribe el acta de capitulación haitiana y más tarde designa a Juan Nepomuceno Ravelo para la honrosa misión de notificar al Apóstol la constitución de la República, así como a Pedro Ramón de Mena, para que informe a los comprometidos en el Cibao de los acontecimientos y logre el pronunciamiento de los pueblos.

Las funciones delegadas a Pedro Ramón de Mena, quien estuvo acompañado del Capitán Leandro Espinosa, lograron un gran éxito, consecuente con la labor que habían realizado el año anterior Mella y Juan Evangelista Jiménez. Cotuí se adhirió sin vacilaciones a la causa de la República el 2 de marzo. Macorís tampoco tuvo dificultades para sumarse a la causa dominicana a diligencias realizadas por Manuel Castillo Alvarez, quien había regresado de su prisión en Haití.

En La Vega, tanto el General Felipe Vásquez como el Coronel Manuel Machado, se abstuvieron de adherirse, aún cuan-

do tampoco hicieron oposición armada. Cristóbal José de Moya solicitó garantías para la suerte de las familias, a lo que replicó el Coronel Toribio Ramírez que él y sus guardias nacionales "servirían de muralla para contener el furor de los haitianos." Con estas palabras terminó de lograrse el respaldo de La Vega, bajo el liderazgo del Presbítero José Espinosa, del iniciado Juan Evangelista Jiménez, Juan Alvarez Cartagena, José Taveras, José Gómez, Bernardino Pérez y otros. Acto este que concluyó con el enhestamiento de la bandera nacional que para estos fines ya habían confeccionado las señoritas Villa.

Enterado el Corregidor de Moca, General José María Imbert, de los acontecimientos acaecidos en La Vega, sin esperar la llegada del Delegado Mena, en la tarde de ese mismo día leyó en el templo de esa ciudad su 'Proclama a los habitantes del Este', la cual, según la tradición, fue redactada por el padre Anselmo Ramírez.

El 6 de marzo, mientras el General Morisset concentra sus tropas en la Fortaleza San Luis, Mena se reúne con la municipalidad de Santiago y las personalidades más destacadas de la ciudad. La tradición señala que Santiago Espailat y otros cuestionaron la protección con que contaban los dominicanos. Mas, aun no habían acabado de hablar —relata el historiador García— "cuando Domingo Daniel Pichardo dijo con sublime energía que 'para sostener la separación proclamada bastaba con el pecho de todos los dominicanos' ". De inmediato se requirió la rendición del General Morisset, el cual, después de tres días de asedio, optó por capitular y fue enviado a Santo Domingo, acompañado de la oficialidad y soldados haitianos, bajo la custodia del Comandante Juan Alvarez Cartagena.

Una columna mixta compuesta por tropas veganas y santiagueras se dirigen de inmediato a Puerto Plata para lograr la rendición de la guarnición haitiana comandada por el General Cadet Antoine. Además de Mena, encabezaban esta columna Ezequiel Guerrero, Domingo Daniel Pichardo y Juan Luis Franco Bidó. La capitulación de Puerto Plata se produce el 14 de marzo y los veganos y santiagueros regresan apresu-

radamente a Santiago para contribuir a la defensa de esta ciudad.

En todo el Cibao los acontecimientos se desarrollan con creciente celeridad. Con la intervención de los delegados de Santiago, Narciso Román, Manuel Frómata y el español Tomás Rodríguez, San José de las Matas se había pronunciado desde el día 10 de marzo. Esta última plaza se convierte en centro importante de los aprestos militares dominicanos. Grandes cantidades de armas y municiones le fueron enviadas desde Santiago para aprovisionar las tropas que se apostaban desde Dajabón hasta Sabaneta y desde ahí a El Rubio, en espera de las huestes haitianas.

El 11 de marzo anunció el Coronel Román Franco Bidó la partida del General Salcedo, con más de mil hombres, para Mao y la frontera. El Coronel Dionisio Estévez, Comandante de Sabaneta, se encuentra en Guanabacoa el 17 y al día siguiente informa a la Municipalidad de San José de las Matas que un expreso bajo la orden del General Domingo Mallol había oído desde La Patilla, el toque de generala de los enemigos. El 20 de marzo, el Coronel Estévez, después de entrevistarse con el General Salcedo en Mao, pasa con sus tropas a Guayubín, donde recibe los refuerzos que le envían desde Las Matas.

Frente a la amenaza haitiana por el norte del país, la Junta Central Gubernativa decidió enviar a Ramón Matías Mella al Cibao y designándole Gobernador y Delegado del Distrito de Santiago. Sobre esta designación basta con reproducir las palabras del insigne maestro, Don Federico Henríquez y Carvajal (op. cit.):

“Organizador?”

“Acababa de firmar, como presidente de la Junta Central Gubernativa, en el día tercero del advenimiento de la República, el decreto de llamamiento y de honores al Padre de la Patria, y fué para el Cibao, como delegado del gobierno, puesta la mira en la organización militar de aquel departamento. Y organizaba la defensa de Santiago, al aparecer de sú-

bito, en formidable actitud bélica, el ejército invasor del noroeste en las inermes comarcas cibaenas. A no ser por su celosa actividad organizadora, que le condujo a diversos lejanos puntos del Cibao en solicitud de elementos para la lucha, suyos habrían sido los inmarcesibles laureles del triunfo que obtuvo para sus sienes otro invicto héroe en la célebre gran batalla del 30 de Marzo.”

Ya para el día 21 de marzo, Mella se encontraba al frente de las operaciones de la región del Cibao, en Santiago. Para esta fecha escribe a la Municipalidad de San José de las Matas solicitando informes sobre el número de soldados de que dispone el Coronel Estévez, destacado en Guayubín, “porque conviene a nuestra seguridad y tranquilidad”, afirma. Mella, “el bizarro y joven paladín, con su presencia y actividad, dió inmediata lucidez y serenidad al conturbado espíritu público”. Mientras tanto, el General Salcedo se aproxima con las tropas que comanda a las inmediaciones de Dajabón, con el propósito de hostigar al enemigo e informar de sus movimientos a Santiago. Sus esfuerzos por contener a los haitianos en Talanquera no tienen éxito y se repliega ante el empuje de los invasores.

Por su parte, el Comandante Francisco Caba, destacado en Guayubín, el 28 de marzo informaba a San José de las Matas que había pasado a Cañafistol y que había quedado a la retaguardia de los haitianos, los cuales proseguían en formación cerrada hacia Santiago.

El General Felipe Vásquez, hasta ese momento encargado de la defensa de Santiago, considerando que eran vanos sus empeños, decide regresar a La Vega el 26 de marzo. Ante esta coyuntura, el Delegado Mella, en uno de sus geniales arranques, el 27 de marzo llamó al General José María Imbert, Comandante de Moca, y le designa Comandante de Distrito y de las operaciones de Santiago.

La ciudad del Yaque es un hervidero. De todas partes del Cibao acuden hombres valerosos. Ahí está el decidido Coronel Toribio Ramírez, con sus hombres del Camú. También el Capitán Fernando Valerio y sus andulleros de Sabana Iglesia; la

caballería de San Francisco de Macorís; las tropas de Moca; los hombres que bajo el mando del General Salcedo se venían replegando ante el avance haitiano, desde más allá de Talanquera; el batallón La Flor, que comanda el valeroso Coronel Tito Reyes; la brigada de artillería a cargo del Capitán José María López.

Frente al inminente ataque a Santiago, Mella parte apresuradamente hacia San José de las Matas, acompañado del Delegado Pedro Ramón de Mena, de José Desiderio Valverde y otros connotados santiagueros, con el objeto de procurar con urgencia los refuerzos en tropas, armas y municiones que evidentemente serían necesitadas para defensa de Santiago. Mas, el tiempo disponible resultó breve y a su regreso a Santiago el brillante triunfo ya había sido alcanzado.

Señores, no es preciso describir una vez más los detalles bien conocidos de los acontecimientos del 30 de Marzo. Lo que cabe destacar es que la victoria de esa fecha gloriosa, no fué la consecuencia de un milagro, ni tampoco del improvisado esfuerzo de unos pocos. La batalla del 30 de Marzo no podemos llamarla la Batalla de Santiago. Es cierto que nuestra ciudad, como otras tantas veces, fué el escenario donde se decidió la suerte de la República.

Más que la Batalla de Santiago, el 30 de Marzo fué la Batalla del Cibao, porque toda la región se hizo presente en este punto, para cubrir de gloria los campos aledaños a la ciudad heroica y alzar, victoriosa, el pabellón cruzado de la Patria. Para consagrar, con el pecho de sus hombres valerosos, la decisión que había surgido al impulso del trémulo trabucazo de la Puerta de la Misericordia.

El 30 de Marzo fué la culminación de los esfuerzos que habían estado realizando desde hacía tiempo los hombres que tuvieron fe en la nación dominicana y que habían logrado el respaldo de todo su pueblo. Más que la Batalla de Santiago, más que la Batalla del Cibao, el 30 de Marzo es la sublimación y exaltación de la idea redentora del Padre de la Patria.

El ideal de Duarte, sus encumbradas concepciones, la firmeza y la habilidad que utiliza en la conducción del pensamiento de su pueblo, se hacen acción, se hacen valor, se hacen

decisión y acuden, en armonía insospechada, para inspirar y para guiar a los hombres que salvaron la causa dominicana el 30 de marzo de 1844!

Honremos a nuestros héroes! A todos nuestros héroes! Tanto a los que arriesgaron sus vidas frente al terrible invasor, como a aquellos que, aún cuando no estuvieron presentes en las horas decisivas de la lucha, contribuyeron con sus nobles esfuerzos a la gestación de la idea de Patria; a la creación de nuestra nacionalidad y al triunfo y la consolidación de la Patria. De esa Patria concebida por Duarte y forjada con el arrojo incansable de Mella, con la pericia de Imbert y Pelletier, con la valentía de José María López, Tito Reyes, Fernando Valerio y de otros miles de dominicanos, cuyos nombres debemos hurgar en la historia, para ofrendarles los honores que por su heroísmo y por su patriotismo debe consagrarles la posteridad.

**DONACION DE LA
BIBLIOTECA DEL PROF.
ENRIQUE PATIN VELOZ
IN MEMORIAN**

FRANCISCO DEL ROSARIO SANCHEZ

Por José Gabriel García (1)

Al calor de un pobre y humilde hogar, en que la virtud y la honradez moraban en armonioso consorcio, nació Francisco del Rosario Sánchez en la ciudad de Santo Domingo el día 9 de marzo de 1819.

Hizo sus estudios primarios en las mejores escuelas de la época haitiana, y los últimos con los presbíteros Antonio Gutiérrez y Gaspar Hernández; habiéndose perfeccionado después con la lectura de buenos libros y el roce con los pocos hombres de letras que habían quedado en el país.

Razones de peso, aunque luego se vió que eran infundadas, impidieron que fuera iniciado en la idea separatista desde los tiempos de la Trinitaria; pero comunicado después acogió con tanto calor y entusiasmo la causa nacional, que nadie lo aventajó en su propaganda y sostenimiento y llegó a ser de los primeros.

La importancia política que le dieron en La Reforma sus valiosas relaciones entre la gente del pueblo, y las aptitudes que desplegó en las luchas que siguieron al pronunciamiento del 24 de marzo, sirvieron de motivo al general Herard para incluirle en el número de los perseguidos de muerte.

Habiendo burlado las pesquisas de las autoridades haitia-

(1) Revista Científica..., No. 31, Santo Domingo, 25 febrero 1884.

nas ocultándose junto con Duarte, Pina y Pérez, una enfermedad aguda no le dejó embarcarse para el extranjero; y esta circunstancia, favorecida por la de haber circulado la noticia de su muerte y enterramiento en el patio de la ermita del Carmen, le presentó la ocasión de reanudar los trabajos revolucionarios, organizando el club llamado a preparar el golpe decisivo.

Casi madura ya una combinación que debía principiar con el desembarque de Duarte por un punto dado, se atravesó la llegada de los representantes que fueron a la Asamblea de Puerto Príncipe, trayendo entre manos el famoso plan de Levasseur; pero como esta coincidió con la de los presos puestos en libertad por el general Herard al jurar la presidencia, y la de los dos regimientos criollos que se había llevado en rehenes, creyó Sánchez que no le quedaba a los separatistas otro camino que el de adelantar el pronunciamiento, y aprobado su parecer por los demás prohombres comprometidos, se lanzó el 27 de febrero de 1844 sobre la Puerta del Conde, y al grito de Dios, Patria y Libertad, proclamó la existencia política de la República Dominicana.

Su primera diligencia, después de dar los pasos necesarios para asegurar la adhesión de los pueblos al movimiento iniciado, fué la de mandar un buque a Curazao en pos de Duarte, su venerado caudillo, a quien reservó el único generalato que según sus patrióticas ilusiones debía existir en la República, y un asiento distinguido en la Junta Central Gubernativa.

Designado primero para el desempeño de la Jefatura del Departamento del Ozama, en la que desplegó tanto celo como actividad, y llamado después a la presidencia de la Junta Central, en la que hizo esfuerzos inauditos por contrarrestar los trabajos reaccionarios de Santana, le tocó caer con el golpe de Estado del 12 de julio, contra el cual protestó con energía espartana, en presencia de los trabucos que le tenían abocados los sicarios del vencedor.

Invitado por éste al día siguiente a hacer parte de la nueva Junta de gobierno organizada bajo sus auspicios, tuvo la condescendencia de asistir a la primera sesión; pero viendo

que se trataba de perseguir y humillar al egregio caudillo de la Separación, se retiró indignado, y antes que negarle como Pedro a su maestro, prefirió correr la misma suerte y participar de su imponente desgracia.

Reducido inmediatamente a prisión experimentó el terrible desengaño de ver pedida su cabeza en nombre del pueblo que había contribuido a libertar, y del ejército que había contribuido a formar; mas comprendido en la sentencia insólita en que hubo de conmutársele esta pena con la expatriación perpétua, fué embarcado para Europa en lo más crudo del mal tiempo.

Recogido en las costas de Irlanda como náufrago, se trasladó por vía de los Estados Unidos a Curazao, donde encontró a su llegada la triste nueva de que Santana había tenido la salvaje crueldad de celebrar el primer aniversario de la Separación con la sangre de su tía Trinidad y de su hermano Andrés, escándalo sin igual en los fastos de la historia universal.

Cerca de cuatro años permaneció en la isla de Curazao buscando en el estudio distracción a sus agudos pesares, hasta que separado Santana del poder en 1848, le abrió las puertas de la patria el decreto de amnistía con que saludó el Congreso Nacional el advenimiento del general Jimenes al poder.

De vuelta a la patria, lejos de encontrar en ella la buena acogida que merecía, fué objeto de envidiosas rivalidades, y esta razón le movió a mantenerse completamente retraído; pero la pérdida de Azua le impuso el deber de incorporarse al ejército, y aunque el general Santana le negó el mando de una división en Las Carreras, se mantuvo siempre fuera de la Capital, prefiriendo a los desdenes de sus amigos, las desconsideraciones de sus enemigos.

Pronunciado el ejército contra Jimenes con Santana a la cabeza, le mandó éste de parlamento a la capital, intimando la rendición de la plaza, ya sitiada; pero comprendiendo que era éste un lazo que se le tendía, para ver si se quedaba y poderlo entonces perseguir, se volvió al campamento de Güibío, no obstante ser sus amigos de contrario parecer.

Esta conducta le valió el no salir al destierro y poder que-

darse en el país ejerciendo la profesión de abogado, completamente retraído de la política, aunque no por eso bien visto, ni tampoco muy considerado; situación en que permaneció hasta 1855, en que intereses encubiertos que necesitaban medrar a su sombra, le indujeron a tomar parte, a última hora y con miras reservadas, en la conspiración malograda el 25 de marzo.

A causa de este paso impremeditado tuvo que asilarse en el Consulado Británico y coger el camino del destierro, donde valiosas influencias le hicieron reconciliarse con Báez para combatir unidos el absolutismo de Santana.

Las transacciones políticas realizadas en 1856 le trajeron al país ligado en intereses de partido a Báez, quien electo presidente de la República le nombró comandante de armas de la capital, posición que permitiéndole tener a Santana preso bajo su autoridad, le presentó la ocasión de demostrar al mundo imparcial la grandeza de su alma y la nobleza de sus sentimientos, pues es fama que retribuyó al prisionero con un trato decente y digno, las desconsideraciones y ofensas que en todo tiempo le había merecido.

Ramificada por todo el país la revolución del 7 de julio de 1857, marchó junto con el general Cabral a la cabeza del ejército levantado para sofocarla; y no sólo se batió bien en Mojarra y en La Estrella, sino que también salió durante el sitio de los once meses a luchar una vez con las fuerzas sitiadoras en las alturas de San Carlos.

Las ofensas gratuitas que recibió de los hombres de la situación a que servía, más que su moderación y buen comportamiento para con los contrarios, le permitió quedarse en el país después de la capitulación, si bien retirado a la vida privada, en el libre ejercicio de la abogacía.

Empero una vez proyectada la anexión a la monarquía española, ya su presencia en la patria era un estorbo para sus promovedores, quienes cogiendo de instrumento a un extranjero vil y miserable, le forjaron una grosera calumnia para justificar la resolución de deportarlo a Santomas señalándole una mezquina pensión.

Enfermo se encontraba allí, cuando apoyado Santana por

el General Serrano arrió la bandera de Febrero para enarbolar la de España; pero no pudiendo acomodarse a la idea de verse condenado a vivir sin patria, se decidió a entrar por Haití como último recurso, y levantando en El Cercado el pendón de la independencia, invitó a los pueblos de la República a emprender la reconquista de sus perdidos derechos.

Desatendiendo su llamamiento y acobardado el gobierno haitiano con las amenazas de Ruvalcaba, se vió rodeado de traidores, y al querer abandonar el campo a los enemigos, cayó herido en una emboscada, y hecho prisionero lo condujeron a San Juan, donde condenado a muerte por un simulacro de consejo de guerra, fué pasado por las armas en la tarde del 4 de julio de 1861, junto con veinte de sus más decididos compañeros (2).

Restaurada después la independencia nacional a costa de cruentos sacrificios, no tardó en llegar una época de reparación y de justicia, en la que trasladados sus restos de San Juan a la capital por iniciativa de la Sociedad "La Republicana", se prestó el pueblo agradecido a celebrar la apoteosis del héroe y del mártir que, pudiendo el comienzo en relación con el fin de su carrera, supo conquistar una de las páginas más brillantes de nuestra historia.

(2) V. E. Rodríguez Demoriz, Expedición de Sánchez y de Cabral en Clio, No. 57-58, 1943.

RAMON MELLA

Por Manuel de Jesús Galván (1)

Aun no se han extinguido los ecos del entusiasmo popular, glorificando en diversos tonos el cuadragésimo aniversario de la República, día en que el patriotismo evoca los heroicos recuerdos de un pasado fecundo en esfuerzos y sacrificios de la generación viril que quiso y supo crear la nacionalidad dominicana. Aun llenan el espacio los vítores a la memoria de los héroes que ya duermen el sueño de la tumba; los cantos de poetas más o menos aventajados; los discursos de patriotas y literatos; las bendiciones, pronunciadas en prosa o verso por los labios hechiceros de alguna niña candorosa; todo ello dando fé y testimonio de que el corazón del pueblo vive y late, a impulso de los grandes sentimientos, como un arpa éolica al roce de las auras errabundas.

El nombre de Ramón Mella ha resonado confundido con los de los héroes más simpáticos de la epopeya nacional. Nada más justo que repetir con patrio orgullo ese nombre, que es el de uno de los hijos más ilustres del suelo dominicano; el de uno de los hombres mejor templados por la Naturaleza; raro ejemplar de un carácter completo, igual, consecuente en sus principios y sus fines; de un corazón magnánimo, siem-

(1) *Revista Científica...*, No. 3, Año 11, Santo Domingo, 25 abril 1884. Reproducido en *El Eco del Pueblo*, Santiago, 18 mayo 1884; y en *Analectas*, S. D., vol. VI, No. 5, 1º nov. 1934.

pre lleno de ideales superiores a los puntos de vista limitados de la pueril vanidad y de la loca pasión humana: hombre de pensamiento y reflexión, de inteligencia vasta y bien cultivada; incapaz de temor, audaz por prudencia, y pronto a la acción y al sacrificio cuantas veces columbró un objetivo digno de su esfuerzo, este insigne dominicano se ofrece al estudio del historiador imparcial con las relevantes cualidades de abnegado patriota, militar esforzado y hábil estadista.

No disponemos de espacio suficiente para exponer a la consideración del lector los hechos con que MELLA honró a su nombre y a su Patria, acompañados de aquellos pormenores y reflexiones que serían necesarios para hacer estimar en todo su valor los quilates bien probados del eminente prócer, y la influencia que sus altas cualidades ejercieron en los más importantes sucesos políticos y militares del interesante período comprendido entre la creación de la independencia de la República Dominicana y su restauración. Nos limitaremos, por tanto, a bosquejar brevemente los rasgos principales de aquella ilustre existencia, en espera del deseado día en que contemos con la calma de espíritu y los elementos indispensables para narrar, siquiera sea en pobre estilo, pero libres de afectos y de odios, aquellos sucesos, que mucho importa sean conocidos de la generación presente, y referidos a la posteridad, depurados de las falaces alucinaciones que suelen extravíar los juicios contemporáneos.

Nació Ramón Mella y Castillo en la ciudad de Santo Domingo, el 25 de Febrero de 1816, y sus excelentes padres cuidaron de darle la mejor educación que podía proporcionarse en los años de decadencia y oscurantismo que coincidiendo con la adolescencia de su hijo, transcurrieron bajo la infausta dominación del haitiano presidente Boyer. El joven Ramón, que en el hogar paterno había nutrido su alma con los más sanos y elevados principios, pronto echó de ver la insuperable aversión que sentía hacia el oprobioso yugo que pesaba sobre su patria, y bajo la influencia de este sentimiento preponderante en él, como siguiendo un impulso instintivo, se unió estrechamente con todos aquellos de sus compatriotas que se hacían notar por igual predisposición hostil hacia los dominado-

res. Allí donde esa predisposición se manifestaba más enérgicamente, con mayor imprudencia y audacia, allí era seguro encontrar al intrépido MELLA, cualquiera que fuese la clase de los contendores. Su valor y la destreza que adquirió en el manejo de las armas, le sirvieron para intervenir victoriosamente en todos los lances en que se veían empeñados con frecuencia los compañeros de su juventud, o los rudos hijos del pueblo que eran blanco de las agresiones armadas de multitud de haitianos que andaban siempre en grupos, estorbando los bailes y diversiones nocturnas. En esos lances terciaba inopinadamente, la espada de Ramón Mella, quien asumía entonces el carácter de principal actor de la fiesta, castigando duramente a los atrevidos agresores, y haciéndolos huir bien escarmentados, persuadidos de la imposibilidad de avasallar y vejar aquella raza de leones.

No se presume por este dato que Mella era en su mocedad lo que se llama un calavera, amante de la vida alegre y de vulgares locuras. Lejos de eso, las nobles aspiraciones de su alma ardiente y generosa se manifestaban en la austeridad de sus costumbres, en la seriedad de sus discursos y conversaciones, como en la gravedad y compostura de toda su persona, dotada por la naturaleza con un sello singular de circunspección y autoridad. Era que instintivamente, Mella, como Francisco Sánchez, Pedro A. Pina, Juan Isidro Pérez, Remigio del Castillo y los demás jóvenes de la distinguida falange que después ilustró tan gloriosamente, concibiendo y proclamando la independencia nacional, sintieron muy temprano la vocación patriótica, y cedían, cada cual a su modo, a las inspiraciones de esa vocación. Así ellos eran como la levadura que había de fermentar saludablemente en la masa popular, manteniendo vivo el espíritu de libertad, y enhiesta la barrera moral que siempre separó insuperablemente a los dominicanos de sus dominadores. Ellos, inconscientemente sin duda, preparaban los ánimos a la revolución, y daban ejemplos diarios de virilidad y altivez a los que, por su ignorancia y por la humildad de sus profesiones y oficios, habrían tolerado la infamante servidumbre, quizás perdurablemente. Esa juventud era todo corazón, y para dar realidad y formas determi-

nadas a sus obras libertadoras, necesitaba solamente como complementos indispensables, una cabeza inteligente y un brazo esforzado: la cabeza surgió a buen tiempo entre ellos, personificada en un varón ilustre, de quien ya se ha dicho todo el bien que hay que decir; el brazo, Dios lo suscitó en el momento crítico, como suscitó un día a Josué, a Jephthé, a Gedeon. Mal apreciado su esfuerzo, mal conocido todavía, el nombre y la memoria de ese hombre-escudo, sobre cuya modesta sepultura se lanza una que otra impía y resonante imprecación, aguardan el juicio de la pluma imparcial y desapasionada que vindique con patriótica lealtad sus grandes hechos, y explique, sin dejar de censurarlos justicieramente, sus graves errores.

Regresó Juan Pablo Duarte de España, donde completaba su distinguida educación, y en torno de él se agruparon, ora como compañeros ora como discípulos, Mella y su entusiasta círculo de amigos. Al lado de aquel patriota pensador de veinte años, se manifestó el carácter del futuro prócer en todo su esplendor, revelando las prendas que poseía, y sus grandes aptitudes, para las pruebas del hombre público. Su discreción, su prudencia en los conciliábulos de la conspiración, y su arrojo para exponerse personalmente en cuantos servicios eran necesarios a la causa, pronto fueron plenamente estimados del iniciador de la separación, que empleó a nuestro héroe en las más árdidas e importantes comisiones. Cuando el partido opuesto a Boyer comenzó su propaganda reformista en el sur de Haití, fué MELLA el elegido para ir a entenderse en nombre de los patriotas dominicanos, con el club o sociedad revolucionaria que tenía su principal asiento en Los Cayos, a fin de estimular a los anti-boyeristas a la lucha, ofreciéndoles el apoyo de los habitantes de la PARTE DEL ESTE, como se denominaba por los haitianos el territorio de la actual República Dominicana. Esta comisión confidencial tuvo cumplido éxito, y cuando se proclamó la reforma y Boyer cayó, fué causa de que los patriotas dominicanos, considerados como adeptos del partido vencedor, pudieron dar por unos días expansión a sus trabajos separatistas, y organizarse casi ostensiblemente ante las perplejas autoridades haitia-

nas. En aquellos días, Mella, de regreso en Santo Domingo, concurrió y contribuyó poderosamente al pronunciamiento reformista efectuado en la plaza de la Catedral, el día 24 de Marzo de 1843, el cual costó la vida al Comandante de armas y a unos diez o doce haitianos más.

Los actos despóticos y brutales del Jefe Supremo de la triunfante revolución General Charles Herard Rivière, enardecieron los ánimos de los patriotas, al mismo tiempo que, en presencia de las persecuciones sufridas por muchos buenos dominicanos, los más connotados por la exaltación de sus opiniones, tenían que ocultarse los unos y huir al extranjero los otros. Mella aprovechó los días de su forzoso eclipse en completar la propaganda separatista, valiéndose de los medios más ingeniosos para conferenciar con sus amigos, salir de la ciudad y volver a ella, viajando a grandes distancias, sin caer en manos de las autoridades haitianas. Llegó por fin el día del supremo esfuerzo, el glorioso 27 de Febrero de 1844, y sabido es lo que hizo Mella por su parte, desde el momento en que por su oportuno disparo del arma de fuego con que había concurrido al punto convenido, disipó los últimos escrúpulos y vacilaciones de los más tímidos de sus compañeros, dando el primer viva a la República Dominicana, hecho que determinó la ocupación del fuerte de El Conde y la organización de la Junta revolucionaria en que figuró entre los primeros caudillos, hasta que pasó al Cibao y si no se halló en la brillante acción del 30 de Marzo, primer timbre de ilustración de la heroica Santiago, fué porque el bizarro general Imbert, que mandaba en Jefe, le encomendó la comisión de traer refuerzos desde la Sierra.

No es de este lugar, por la brevedad a que debemos ceñirnos, relatar la parte activa y muy decisiva que en el éxito feliz de la separación tuvieron otros trabajos preparatorios y complementarios en que intervino la política extranjera. Diremos, sí, de paso, que no creemos que se haya hecho todavía un concienzudo examen de los medios que otros patriotas experimentados y reflexivos emplearon para asegurar ese éxito y librar la Patria del yugo haitiano: la pasión se interpuso demasiado temprano y dividió a los hermanos que conspi-

raban a un mismo fin, haciendo que se ofuscaran, hasta el punto de negarse recíprocamente toda virtud y todo mérito. A distancia de esas luchas, todo el que de ellas escriba está obligado en conciencia a reponer cada nombre y cada asunto en su lugar; y por esto creemos que aun no se ha hecho la debida justicia a la memoria del cónsul francés en Port-au-Prince, Mr. Levasseur; ni se le ha hecho a la influencia de otros agentes oficiales franceses en los acontecimientos de la separación, aunque ya comienzan a disiparse las tinieblas, que de buena fé sin duda, se han esparcido sobre esos acontecimientos, y no hace muchos días que en un periódico de Santiago, EL ECO DEL PUEBLO (2), hemos leído con viva satisfacción las primeras alabanzas, muy merecidas por cierto, que se tributan al nombre de Mr. Juchereau de Saint-Denis, que era cónsul de Francia en Santo Domingo cuando se proclamó la independencia, y cooperó eficazmente con su autoridad moral a la capitulación de las fuerzas haitianas.

Corramos un velo sobre los sucesos posteriores, sobre los graves y tristes yerros a que la pasión y la discordia política indujeron a los caudillos de la revolución, enfrentando como sañudos enemigos, de una parte a los héroes del 27 de Febrero, y de la otra al esforzado general Pedro Santana, vencedor en la batalla de Azua, veinte días después y sus amigos personales. ¿De quién fué la culpa? No nos precipitemos en decirlo, sin consultar todos los datos fidedignos, y oír las disculpas de los contendientes. Bástenos por hoy con deplorar la fatalidad, que así pudo acibarar inmediatamente el regocijo de la familia dominicana, cuando apenas comenzaba a saborear la dicha de llamarse libre, merced a los esfuerzos de sus mejores hijos.

Por consecuencia de aquellos tristísimos sucesos, Mella fué con sus más distinguidos compañeros condenado al destierro, pena que sufrió con la entereza varonil que lo caracterizaba, y que acaso contribuyó a darle aquella madurez de juicio, y la impasible magnanimidad que demostró después en los siguientes sucesos de su agitada existencia. Regresó al

(2) V. B. A. G. N., 1943, No. 28-29, págs. 145-146.

país cuando las pasiones de partido se calmaron, y se redujo a la vida privada, a fin de reponer su modesta fortuna, descuidada y en ruina por su consagración al servicio de la Patria. Dedicado a la explotación de un corte de maderas que poseía en la costa solitaria de Puerto Plata, completamente retraído de la política, solo pudieron restituirlo a la vida pública los gravísimos acontecimientos de 1849.

Un fuerte ejército dominicano, disuelto en Azua por la intriga y la traición combinadas; el emperador de Haití, el feroz Soulouque, marchando con sus numerosas huestes sobre la capital de Santo Domingo; nuestros soldados dispersos y sin confianza ya en sus jefes, las familias huyendo al extranjero o a los montes; la consternación en todos los ánimos; tal era el cuadro que la Nación, desarmada y atónita, presentaba por todas partes.

Mella sale de su retiro, y busca ansiosamente a los que quieran morir por la Patria. El Congreso Nacional, presidido por Buenaventura Báez, hace un grande esfuerzo patriótico, y confía al valor de Santana el encargo de salvar la República. Acude el gran soldado desde los campos del Seibo, donde vivía aislado y bajo el peso del rencor de sus adversarios políticos; llama en torno suyo a los que se sientan capaces de acompañarle a la desesperada lid, y unos pocos, muy pocos, responden a su llamamiento. Ramón Mella, dando a generoso olvido los agravios, fué de los primeros que, como Antonio Duvergé, Juan Contreras y otros bravos de imperecedero renombre, corrieron presurosos a la voz del bizarro caudillo, y bajo sus órdenes legaron a la Historia la jornada inmortal de las CARRERAS. Aquella portentosa victoria del valor dominicano, en que apenas ochocientos hombres, no del todo bien armados, destrozaron y arrollaron al engreído ejército de Soulouque, compuesto de diez mil soldados de todas armas, fué seguida de un nuevo intersticio de luctuosas pasiones; como si más que otro pueblo alguno estuviésemos predestinados a ofrecer al mundo contrastes y alternativas bruscas, destellos de luz esplendorosa seguidos de negras y malsanas sombras. La guerra civil volvió a cernirse sobre los des-

tinios de la joven República, trayéndole larga copia de infortunios y lágrimas.

MELLA estuvo en su puesto, y como consecuencia del vínculo que establecían entre los vencedores la victoria y los laureles de LAS CARRERAS, después de la caída del infortunado presidente Jimenes, al instalarse el gobierno de Buenaventura Báez, fué llamado a desempeñar una cartera en el Ministerio, lo que hizo de mal grado, en espera de la primera ocasión que se le presentara para dimitir y volverse a la vida del hogar. No tardó en cumplirse su deseo: surgió en el seno del gabinete un desacuerdo, en el cual quedaron dos ministros en minoría, uno de ellos MELLA, que en el acto presentó irrevocablemente su renuncia y se fué a su casa. Permaneció alejado de la política hasta que en 1853 el presidente Santana, que aunque teniéndolo por adversario político lo distinguió siempre con alta estimación personal, acaso por evitar las ocasiones de encontrarse a MELLA otra vez entre sus antagonistas activos, puso el mayor empeño en conferirle el encargo diplomático de ir a negociar con el gobierno de España el reconocimiento de la independencia de su antigua colonia, acto apetecido por todos los dominicanos como la consagración de sus derechos políticos de pueblo libre y soberano. MELLA desempeñó su misión con la mayor dignidad y acierto; hizo resonar el nombre de la República Dominicana del modo más simpático y honroso en las esferas políticas y literarias de la corte de España, y allí contrajo amistad íntima con los más connotados hombres públicos, habiendo sido altamente recomendado por el Conde de Mirasol, apasionado y buen amigo de los dominicanos que le había conocido y tratado cordialmente en Puerto Rico, donde fué mucho tiempo el expresado Conde, Gobernador y Capitán General.

En la ocasión antedicha, MELLA, mal avenido con las demoras y vacilaciones del ministro de Estado español, Señor Calderón de la Barca, que creía imprudente de parte de su gobierno adelantarse en el reconocimiento solicitado a las primeras potencias europeas, se despidió en una expresiva y concluyente nota, pidiendo sus pasaportes; proceder que fué

muy bien apreciado de Santana y de todo el gobierno dominicano.

Después no reaparece en el escenario político, sino en la gloriosa campaña de Diciembre de 1855 y Enero de 1856, habiendo contribuido poderosamente con su pericia y su esfuerzo a repeler la invasión haitiana, y a la sangrienta victoria que las armas dominicanas obtuvieron en Jácuba o Sabana Larga. Conjurado así el peligro de la Patria, Mella, siempre desinteresado y modesto, vuelve a sus faenas ordinarias, viviendo la vida ejemplar del buen ciudadano, hasta que en Julio de 1857 la ciudad de Santiago, a la voz del general José D. Valverde, se sublevó contra el gobierno de Báez. MELLA tomó parte activa en aquel movimiento, que se propagó por toda la República, y cuyos últimos actos fueron la toma de Samaná a viva fuerza, que logró el mismo Mella después de largo y penoso asedio, y el sitio de la Capital en 1858, a cuyo éxito contribuyó personalmente. Por algún tiempo desempeñó después la gobernación de la ciudad de Puerto Plata, dejando memoria grata de su mando en aquella importante comarca; pero disgustado de la vida pública se retiró otra vez para consagrarse a sus negocios privados, y en ellos estaba ocupado, cuando supo que peligraba la nacionalidad con el proyecto de anexión a España.

Entonces hizo lo que pocos hicieron: los odios y antagonismos de partido habían enervado de tal modo el patriotismo, que parecía muerto el amor a la independencia, y echaba raíces en muchos ánimos la opinión de que más valía darse al diablo, que ser gobernado por los santanistas. De esto dieron flagrante testimonio la matrícula española que se abrió en el año de 1856, y el pronunciamiento de Domingo Ramírez, Tabera y otros en favor de los haitianos (3), bajo la sugestión de Valentín Alcántara, en 1859. En el primer caso, viendo los numerosos matriculados que desertaban de la nacionalidad, decía Mella que todo se remediaría con envolver al cónsul Segovia en su bandera, y expulsarlo del país; mientras que en el ánimo de Santana entraba el pensamiento de que la inmensa

(3) No en favor de los haitianos, sino en contra de Santana.

mayoría de los dominicanos quería ligar su suerte a la de España. En el segundo caso, Santana y Mella pudieron creer que el patriotismo estaba muerto; sólo que el primero vió como única salvación posible para sus compatriotas la anexión a España, mientras que Mella jamás capituló con la idea de que desapareciera la nacionalidad. Por esto, al proclamarse la anexión en 1861, Mella se opuso enérgicamente a ella, fué encarcelado, y salió para el destierro.

No quiso regresar durante la dominación española por más que se le invitó a que lo hiciera, brindándole consideración y garantías. Sólo cuando la fama le llevó la noticia del alzamiento nacional, iniciado en Capotillo por Cabrera y Monción, acudió presuroso a ocupar un puesto entre los más denodados patriotas. Venía ya muy quebrantado de salud, y las fatigas que se impuso para organizar los ramos que se encomendaron inmediatamente a su cargo como uno de los ministros del gobierno revolucionario, agravaron mortalmente sus dolencias. Un supremo y extraordinario servicio, de inmenso valor la causa nacional, aceleró su fin.

Sabido es que la violencia y las brutalidades sanguinarias del general Pedro Florentino fueron el mayor inconveniente que a los restauradores dominicanos se opusieron para que la revolución cundiera en el Sur de la Isla. Aquel feroz capitán, por sus recelos injustos, por sus bárbaras medidas contra cuantos sospechaba de adictos a los españoles, fué causa de que muchos que amaban de todo corazón la independencia y trabajaban por ella abandonaran las filas de la revolución y se pusieran al lado de las autoridades españolas. El gobierno provisional de Santiago conoció muy pronto el daño y descrédito que aquellos salvajes crímenes inferían a su causa, pero en vano intentó reprimir los desafueros de Florentino. Este se demandó con los emisarios del gobierno, y siguió haciendo cuantas maldades le plugo. Reservada estaba a Ramón Mella la gloria de purgar la tierra de aquel monstruo, y librar a la revolución de semejante ignominia. Enfermo y todo, fué en persona al teatro de las sanguinosas hazañas de Florentino, y negándose éste a constituirse en prisión, Mella según lo exigían

las circunstancias, confió al valeroso Juan Rondón el encargo de prenderle, y de matarlo en caso de resistencia, como así sucedió en efecto.

Este acto vigoroso hizo respetable el gobierno revolucionario, y sirvió inmensamente al crédito y buen nombre de la revolución restauradora. Con él coronó RAMON MELLA una vida de grandes servicios a su patria, y al morir, pudo cerrar los ojos tranquilo, confiado en la resurrección definitiva del objeto de todos sus desvelos y sacrificios, la libertad e independencia de la República Dominicana.

PARALELO ENTRE NÚÑEZ DE CÁCERES Y JUAN PABLO DUARTE

Por José Ramón López

Aparentemente Duarte y Núñez de Cáceres son dos caracteres completamente diferentes, sin paralelismo posible.

El Dr. Núñez de Cáceres no intentó cernirse hasta las alturas de la independencia. Se limitó a cambiar de dominio. Entre la Colonia, que era una oligarquía, y la Gran Colombia que era, o debía ser, una democracia, optó por esta última y quiso anexar el país a ese sol que alboreaba en el horizonte.

Duarte no. Duarte desde que regresó a costas dominicanas ansió la independencia absoluta. No la amó pasivamente, sino con pasión, con irresistible deseo. Fue un partidario activo, incansable, que no se detuvo un momento desde que concibió la obra hasta que logró verla realizada.

En la obra de ambos Próceres hay este paralelismo: idéntica vigorosa energía intelectual consagrada exclusivamente a un gran ideal. Porque existen dos maneras de querer: la manera pasiva, esperadora, que no actúa, sino que se embarca en la acción impulsada por otro. Y la manera activa, que empuña la bandera, salta a vanguardia, realiza todos los empeños y los sacrificios necesarios y, al fin, logra ver cristalizado el ideal.

Coinciden también ambos próceres en el amor patriótico tan exaltado que les cerró los ojos ante las verdaderas causas

de imposibilidad de la independencia de la Metrópoli española, primero; y de la separación de Haití, después.

Si se estudia la historia dominicana chocará de una manera mortificante la insistencia con que se ha pensado en la anexión o en el protectorado, de algún país poderoso.

En 1844 el glorioso golpe del 27 de Febrero hubo de ser festinado para anticiparse a una conspiración urdida en Azua con objeto de derrocar el dominio haitiano y solicitar el protectorado de Francia.

En 1861 Santana, que no tenía ya fe en la independencia y se horrorizaba ante la probabilidad de que Haití volviera a dominarnos, solicitó y obtuvo la anexión a España.

Recién lograda la restauración de la independencia, en la sexta década del siglo pasado, el presidente dominicano gestionó la anexión a los Estados Unidos.

Cayó ese gobierno, surgió el de Báez, y éste gestionó nuevamente la anexión que se habría realizado a no ser por la invencible oposición de los Senadores estadounidenses.

Posteriormente, todavía hubo peligro de la renovación de esas gestiones, pues se llegó a pactar un nuevo arrendamiento de la Bahía de Samaná.

Un hecho aislado puede ser la resultancia de causas circunstanciales, sin asidero ni arraigo, que estén llamadas a desaparecer por completo. Pero cuando el hecho se repite, hay lugar a sospecha de que el hecho sea efecto de causas orgánicas, de causas que están vivas y poderosas en el medio en que los resultados aparecen.

Pero en esta circunstancia del aparente desvío de los dominicanos respecto a su independencia absoluta, las causas no son las que parecen ser, sino otras muy distintas.

Tibieza de patriotismo nó. El dominicano ama su independencia apasionadamente, y puede que ningún otro pensamiento predomine en su espíritu tan imperiosamente como ese. Por la patria ha sacrificado sus bienes, a la patria ha ofrendado su vida, por la patria ningún sacrificio le parece bastante grande. No se le puede acusar de frialdad patriótica sin incurrir en calumniosa injusticia.

Mas no puede haber edificio sin cimiento. Nada puede sos-

tenerse si no encuentra el centro de gravedad en qué apoyarse. Los hombres dirigentes de 1821, encabezados por el Dr. Núñez de Cáceres deben de haberse preguntado:

¿Cuántas escuelas hay en el país?Cuál es la proporción de gente ilustrada entre las multitudes populares? Qué riquezas para el sostenimiento de la patria libre, puede desarrollar un pueblo de analfabetos?

Y ante la desolación de la negativa respuesta, Núñez de Cáceres, en cuyo corazón de patriota ha debido engendrarse el feto de la República soberana, hubo de comprimirse y resignarse a la incorporación a otra República previamente formada. Optó entre dos males por el menor, incurriendo en la imprecisión de no calcular que el gobierno haitiano, codicioso de dominio sobre la isla entera, no había de desaprovechar la oportunidad de invadirnos y conquistarnos en el momento en que habíamos renunciado a ser parte de la monarquía española para incorporarnos a un país recién redimido, desorganizado todavía y asediado por sus problemas internos y por la amenaza exterior de la Metrópoli inconforme con la segregación.

Las mismas preguntas se harían los Próceres de 1844, salvo Duarte y sus compañeros. Independencia? La amaban. Pero en dónde estaban los recursos mentales y económicos indispensables para sostenerla? Pensaban por eso en el protectorado de Francia.

En 1861 Santana no era un españolizado. Era un dominicano que temía a Haití y no veía con qué contrarrestar las agresiones del vecino occidental. Perseveraban la pobreza intelectual y la económica, y no encontró otra solución a la dificultad que la anexión a España.

Las posteriores tentativas de anexiones fueron también el resultado de la natural desconfianza en nuestra falta de desarrollo intelectual y económico. Donde están—se preguntaban los dirigentes, sin encontrar contestación — los indispensables recursos mentales y económicos? Y optaban entre diversos males, por el que creían menor. Pesimistas, que no traidores, eran.

Por eso, descartada la materialidad de los hechos que a menudo eclipsa la voluntad, el motivo que los determinó, se en-

cuentra paralelismo entre la vida de Duarte y la de Núñez de Cáceres.

El primero, hombre-virtud, hombre-deber, hombre-ideal, logró redimirse del pesimismo y concibió y realizó la República independiente y soberana.

El segundo, todavía sugestionado por el peso de tres siglos de colonia, no se atrevió a remontarse hasta la independencia, porque no tenía fe en una obra que carecía de los principales elementos: recursos culturales y recursos económicos. Se limitó, pues, a redimir el país de un régimen oligárquico impuesto por la autocracia, e incorporarlo a otro que surgía ornado con acicalamientos democráticos.

Pero Núñez de Cáceres, aunque no fuera íntegramente un Libertador, fue el Precursor de la Independencia, porque bajo su dirección el pueblo dominicano aprendió a disponer libremente de sus destinos. Primer demócrata del país, lo enseñó a convertir en ley su voluntad. Son dos partes de una misma obra: la iniciación por Núñez de Cáceres; la realización por el glorioso Duarte.

Personalmente entre ambos Próceres existe mucho parecido.

Núñez de Cáceres sacrificó su obra, su bienestar, y tuvo que abandonar sus lares y morir en extrañas tierras, suspirando por la perdida patria.

Duarte lo sacrificó todo, hasta el patrimonio de sus hermanas con que se costó la canastilla de la Patria. Más desgraciado que el otro, exilado antes del 27 de Febrero, no pudo encontrarse en la Puerta del Conde la noche del nacimiento de la nacionalidad: y expulsó más tarde por los violentos, los faltos de intelectualidad que se apoderaron del gobierno, murió pobre y triste en una de nuestras hermanas Repúblicas.

Los dos, Duarte y Núñez de Cáceres, aunque de diversa magnitud la obra de cada uno, aunque el ideal del primero fue más alto que el del segundo, pasarán unidos a las luminosas capillas de la Historia, porque en ambos prevaleció depurado patriotismo y en ambos fue idéntico el deseo de bien y de dignidad para el país.

Sobre todo, la historia de ambos es una enseñanza que

todos los dominicanos debemos tener presente. La escuela y el trabajo son las únicas fuerzas, con poder suficiente para mantener la independencia de un pueblo. Sin escuelas la mentalidad de un pueblo se mantiene a oscuras, impotente, incapaz para encontrar las soluciones convenientes. Un pueblo de poca cultura intelectual se postra ante los violentos, ante los matones, ante los esterilizadores de la producción, y desprecia al hombre-idea, al hombre-virtud, al hombre-ideal, cada uno de cuyos consejos es más eficaz que un ejército y una escuadra. El pueblo sin instrucción jamás podrá ser factor económico poderoso, porque sólo es capaz de producir esfuerzos musculares casi siempre incoherentes; y jamás logra conseguir honradamente las cosas quien no produce con qué pagarlas.

Sostengamos la escuela y el trabajo para que los Duartes y los Núñez de Cáceres del porvenir no sean mártires como los del pasado, sino hombres felices y eficaces en medio de un pueblo apreciable, rodeado de bienestar.

Y recordemos siempre que no basta ser patriota, sino que es preciso aprender a serlo.

(COSMOPOLITA, S. D. No. 2, Sept. 1919).

PARALELO ENTRE NUÑEZ DE CACERES Y JUAN PABLO DUARTE

Por Angel Rafael Lamarche

(Único trabajo laureado en ese tema, en los Juegos Florales de San Pedro de Macorís. — Lema: Verdad y Fé...)

La Historia —esa inflexible deidad, hija del tiempo, en cuyas manos inmaculadas, reposa el cetro de la justicia y el haz fulminador de las execraciones— al evocar las vidas ilustres de los hombres que se ofrendaron al sacro ideal de la Patria libre, se anima en resplandores deslumbrantes, poniendo en los corazones estremecidos, un infinito sentimiento de admiración y de amor; Porque, esas vidas, que son en el escenario de sus épocas, energías poderosas que plasman en benditas realidades, el divino anhelo de la Libertad rescatada, vienen a ser, al través de las edades, en cuyas sombras desaparece la memoria de los hombres comunes, cumbres luminosas, llevando a la conciencia de la generaciones, que cruzan en el eterno peregrinar, junto a la grandeza de sus recuerdos, la virtud ejemplarizadora de la fé, la voluntad y la convicción, tres altos dones, en los cuales descansan incommovibles, las grandes obras de redención, animadas por el hábito sublime del heroísmo!

¡Benditas vidas, que poseeis a través de la tumba, la virtud taumaturga de crear secundadores en la inmortal cruzada del honor patrio, a cuya vanguardia cabalgará eternamente,

sin treguas ni desmayos, "con la lanza en ristre" y "la adarga al brazo", el sublime Quijote del Ideal!

Ante vuestras memorias venerandas, el mármol impoluto y el bronce ciclópeo, hablarán en la intensidad plástica del gesto, y la lira, fuente inagotable de armonías, vibrará en soberbio raudal de notas, como sonidos conmovedores del olímpico clarín de la Fama!

He aquí dos vidas egregias, de ese conjunto maravilloso, que constituye sobre el haz de la tierra, "no un cielo de varios astros, sino la órbita de una inmensa estrella fija, que se des- hace en torrentes de luz, sobre el regazo de todas las naciones y sobre el seno de todos los siglos"; vidas que, son veneros preciosos de sacrificios y abnegaciones imponderables, en cuyos cursos no hay la menor sombra de pecado, que pueda oscurecer el brillo de sus glorias!

Mas, ¡cuán distinto es el cauce por donde se precipita, buliente y soberbio, como "caudal de crecidas aguas" el amor a la Patria, condensado en ideal redentor, en estas existencias tan admirables como desdichadas!

Juan Pablo Duarte es un apóstol, la fé y la serena un- ción de su alma, florecen en sus labios, la prédica persuasi- va y evangelizadora; José Núñez de Cáceres, "ardiente y or- gulloso" continuamente deslumbrado en su interior por el pen- samiento, rápido y violento; que prende en la mente del lucha- dor, como tal se perfila en la historia.

¡Bien podrían compararse ambas vidas, por los carac- teres relevantes que las separan, a dos sendas, fáciles e ilu- minada por la verdad, concluyendo ante el augusto templo de la Gloria —en cuyas naves, donde extiende sus alas el Genio y abre sus fauces, eternamente insaciables, el martirio, oficia reverente, la admiración; ambas florecidas en blancas rosas de sacrificios y amarillas parasitarias de melancolía, mostrán- dose en la una el trofeo de armas del combatiente, en la otra se alza luminoso, el bienhechor signo de la cruz!

¿En cuál de estas sendas hallará el espíritu ávido de luz, mayor suma de merecimientos y más alto ejemplo de ideal y de deber?...

¿Cuál de esas armas —la palabra que impulsa o la frase

que evangeliza— ha de ser más preciosamente útil, para esa portentosa obra de libertad, realizada por los hombres, en el transcurso del tiempo, a la manera de fuego celeste, que desciende sobre una porción de la tierra, a purificarla del leve contacto de la opresión y del oprobio?... Siempre despertarán en nuestras almas muy diversas sensaciones, el dulce renovador de Galilea y el profeta inexorable, en cuyos pálidos labios vivía la terrible condena para la disipación y la liviandad humana; pero ambos despertarán en nosotros, profundo sentimiento de veneración!...

La libertad no conoce de categorías ni de rangos, bajo su cielo se confunden, embriagados en la santa comunión del ideal, apóstoles y guerreros, profetas y luchadores, como teoría inmensa, acicateada por el más puro anhelo y el más noble esfuerzo, ella solo exige de los hombres: defensores!...

Duarte ha sido en nuestras jornadas libertadoras el apóstol, su creencia infinita en la existencia de la Patria libre, exenta de todo amparo extraño, perpetuada por el amor y la constancia en el civismo de sus hijos; su ejecutoria sin máculas ante los disturbios que no tardaron en surgir desgraciadamente en la Patria redimida; su devoción y su desprendimiento único; le hacen elevarse, agigantándose en la historia, hasta la alta misión del apostolado.

Núñez de Cáceres, espíritu noble, hecho a las controversias de la tribuna forense, terrible duelista en el ardoroso campo del periodismo, encuentra la gran propulsora de sus sentimientos patrióticos en la visión homérica de la Libertad, envuelta en el humo de las batallas, pasando majestuosa e irreductible a través de los campos gloriosos de las "Queseras", "Boyaca" y "Pantano de Vargas": en donde como su portaestandarte, recibiendo en la frente ardorosa el ósculo de la inmortalidad, "grande en la acción y en el pensamiento", cruzaba la figura augusta del Cóndor venezolano, arrojando sobre sus hombros ciclópeos, hechos a sostener naciones, el oro y la púrpura de la Epopeya.

¿Parecía que todo debía influir notablemente, por voluntad suprema, en su vida para forjarle hombre de Lucha?

Y no es que el apóstol se recluya dentro de una pasividad contemplativa ni alcance el logro de su ideal, por virtud de concentración de pensamiento; necesita la lucha como arma de éxito, pero empleándola en diversa forma al luchador. Conjunto singular de convicción y de estoicismo, luciendo a grandes trechos en la existencia de la humanidad, posee el más precioso don con que puede la naturaleza dotar al hombre: saber esperar. De esa cualidad poco común hace el apóstol "antimural" de su doctrina, haciendo de la hora que pasa, torturando al impaciente y al violento, sabia máxima que vigorice la empresa. Vive su doctrina predicándola, sin encontrar tardío el advenimiento; pasando por entre los hombres, despertando con la sana persuasión de su palabra conciencias aletargadas, dejando en las almas el prolífico germen del ideal. Lucha, ofrendando en su labor sublime, paso a paso, sus ilusiones, sus esperanzas, su vida; teniendo el poder de llevar tras sí, comulgados a cabalidad en sus principios, secundadores.

El luchador no llega a la altura del apóstol, es a éste como el ingenio al genio; a veces se le acerca, casi se le iguala, mas al fin, esa serenidad y esa virtud creadora del apóstol, le diferencia y le divide. Fácil a experimentar las angustias de un advenimiento tardío, sin consultar a la razón, se arroja confiado a la palestra, creyendo ver ya, entre las palpitaciones de su anhelo, surgir del cuño del esfuerzo, triunfante su ideal.

Las circunstancias son las poderosas cinceladoras de los destinos del hombre; en los primeros años de estas vidas meritorias donde se inicia notablemente la manera futura del hombre, encuéntranse causas poderosas que, influyen en gran parte, en hacer del trinitario: el apóstol, del ilustre jurista: el luchador.

Juan Pablo Duarte nace en el seno de un hogar amparado por la felicidad, teniendo junto a él para guiarle en sus primeros balbuceos, para arrancar de sus labios la primer sonrisa, a la madre, cuyo cariño ternísimo depara aún a costa de cruentos sacrificios, las más dulces alegrías y dota de los más nobles sentimientos. Puestas en él justas esperanzas, el honorable progenitor cuida solícito de su educación y apenas media en los años dorados de la adolescencia, envíale a cursar estu-

dios superiores a España. Allí, en la ciudad condal, en Barcelona, admirable muestra de la pujanza catalana, poniendo muy en alto el recordado nombre de la hidalga tierra de poetas y conquistadores, encontró medio propicio al desenvolvimiento de sus grandes facultades, no tan solo en el sentido de los conocimientos universitarios, sino en el oreo de su espíritu, en los grandes principios de renovación, que embargaban casi toda la Europa, y llegaban fascinadores y urentes, a la Península, como los vientos marinos combaten el peñón aislado en el océano. ¿Dónde encontrar más amplios horizontes para sus conocimientos y mejor escuela para la bendita misión que le aguardaba en el futuro, que en el viejo continente, exerta de poderosos ideales, donde latía todavía, demoledor y supremo. el grito de igualdad de la Revolución Francesa, que se presenta en la historia a la manera de gigantesca cuchilla, que cae a filo sobre el cuello congestionado de la Tiranía!... Medios propicios, posición risueña, hicieron del transcurso de su existencia en los años de la infancia y la adolescencia, suave senda; privando a su corazón del amargo brote de las reticencias y resquemores. que dejan en toda alma buena la injusticia de los hombres y del destino; propiciándole de esta forma para la augusta misión del apostolado.

José Núñez de Cáceres vé la luz en un hogar, si distinguido y honorable, poco próspero económicamente; trayendo a la vida el triste sino de ocasionar su natividad la muerte a la noble dama que le llevó en su seno; faltándole así, en los inolvidables años de la infancia, el puro cariño de la madre, conociendo las torturas de la orfandad, que deja por siempre en la existencia una inclinación dolorosa a la emlancolía. Y no concluye ahí el destino despiadado de fustigarle, es apenas iniciación tristísima de la vía de amarguras por la cual se deslizó su vida. Terminada que fué su educación elemental en los deficientes planteles a la sazón existentes en el país, cuando se disponía a ingresar en la recordada Universidad Pontificia de "Santo Tomás de Aquino", a cursar leyes, la negativa rotunda de su padre, viene a marchitar sus más caros ideales, dejando en su alma punzante dolor. Obediente al mandato paterno, tuvo que abandonar la romántica ciudad de los Colones y

marchar abatido a una hacienda a entregarse a las rudas faenas agrícolas, que si son en verdad preciosos veneros de riquezas, no dejan de ser por esto improbas y desapetecibles, para todos aquellos que, como el Doctor Núñez de Cáceres, rinden culto ferviente al dignificador ejercicio de las ciencias y las letras.

Si en vista del malestar que embargaba al ilustre patricio, desatendiendo las labores a él encomendadas, escapando al bosque, para allí, bajo la grata umbría de las frondas, libre de la amonestación paterna, entregarse a la lectura, con ahinco, de contadas y releídas obras que había podido traer consigo; hubo el severo padre de revocar su resolución, permitiéndole el retorno a la ciudad, con la expresa condición de que fueran sufragados por aquél todos los gastos que ocasionaren su estada en la ciudad y sus estudios no dejó de influir notoriamente en su vida, poniendo más acíbar en su alma y colocando en sus manos, en edad tan sólo propicia a cultivar las fragantes rosas del ensueño, el arma, para vencer los innumerables obstáculos que surgen amenazadores ante el hombre que lucha por consolidar su existencia, máxime cuando apenas ha salido de los linderos de la adolescencia y está desvalido del inapreciable amparo paternal.

Por eso no pudo tener esa fé inquebrantable, extrahumana del apóstol, acostumbrado como estaba, desgarrando sus sentimientos, a ver la traición y el egoísmo, escondiéndose tras la sonrisa, tras la protesta de amistad. Hay que admirarle reverentemente, varón de tan noble alma, en quien los desencantos no dejaron en su espíritu, el pesimismo intenso y desolador de todos los zaheridos del destino.

De ahí, sin duda, que al concebir el ideal de la Patria libre, lo hiciera con la restricción de poner, en el caso que el éxito coronase sus esfuerzos, al nuevo estado independiente, bajo el amparo de la Confederación Sud-Americana. No creía los medios del país suficientes, para perpetuarla, por sí solos en la vida de los pueblos libres. ¡¡¡Temor infundado que, aún a los hombres de la Junta Gubernativa de Febrero de 1844, les hizo pensar, con enérgica desaprobación de Duarte, Sánchez y Mella, en la necesidad de un protectorado!!!

Duarte, como apóstol, concibe a la Patria redimida, sin amparos extraños, confiado en que el amor de sus hijos, sabrá labrar medios de subsistencia y, deparar, en los trances de peligro, cuando la esclavitud avance fatídica y amenazadora, la defensa heroica, que, solo encuentre palabras con que narrar la hazaña, en los versos del inmenso liróforo de Chío, respondiendo fielmente, a la célebre frase: "Ante el enemigo, ya no es un pueblo, es un soldado".

La obra del Dr. Núñez de Cáceres, impremeditada, sin haber recurrido antes de lanzarse al campo de acción, en solicitud de la efectiva ayuda de la Confederación, nace con el triste destino de perecer al corto tiempo, bajo el vandalismo de las hordas de Jean Pierre Boyer, quedando tan solo en el recuerdo, la memorable jornada, cabiéndole el honor eminentísimo y la gloria indiscutible de haber sido el primer intento de independización, en esta tierra infortunada, tantas veces vilipendiada por las funestas pasiones de sus hijos.

Un hecho realizado durante la efímera vida, del nuevo Estado, refleja hondamente y asevera, cuán lejos de los principios del apóstol, se hallaba el insigne paladín de Diciembre de 1821; encargado de dotar al país de una nueva forma de legislación gubernamental, estando en sus manos, la abolición de la odiosa esclavitud que le fué propuesta, bajo la excusa de no perturbar la vida de sus conciudadanos, se negó resueltamente a conceder el precioso dón de la libertad a los desdichados esclavos; como si la existencia miserable de estos desheredados de la suerte, no estuviera también regida por los mismos principios de igualdad, que hizo exclamar, creando invisibles lazos de piedad y de amor, al blondo rabí de Galilea: "Amaos los unos a los otros".

Juan Pablo Duarte, no habría dudado un momento, entre mezquinos problemas de "intereses creados" y el ineludible derecho de la libertad del hombre; para él, el triunfo del ideal era ante todo. Así le vemos después de haber labrado cuidadosamente su hermosa concepción, sacrificando a ella la fortuna de su familia, reverente al credo de su doctrina cívica, renunciar lleno de grandeza, a la proclama que, elevóse a la Dirección Suprema de la nueva República, hecha por el levanta-

miento del Cibao, respondiendo a la funesta cuartelada del 3 de julio de 1844, que arrojó, sobre la Patria, espesas sombras!... ¡Quién siendo alma de una idea triunfadora, a la que ha sacrificado prosperidad y hogar, declina el puesto que, en justicia merece, por evitar el empleo de la dureza, para acallar a los disturbadores, retirándose ante el escarnio de los vendimiadores de la Patria, a comer dolorosamente, bañado en lágrimas, el pan amargo del ostracismo, es ser más que hombre de ideales, es ser más que un caudillo immaculado, es acercarse luminosa y eternamente redentora del Gólgota!....

Aun en el destierro, se apartan estas vidas, presas de la desgracia implacable. Núñez de Cáceres, va hacia playas extrañas, con la esperanza de encontrar en el seno del gobierno de la Gran Colombia, protección para reivindicar su ideal vulnerado: forcejea, insta, lucha, aproximase así, al apóstol; mas, cuando convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, acerca del Libertador, no teme enfrentársele al coloso forjador de pueblos libres, y labora la separación de Venezuela, de la Confederación, erigiéndola en Estado aparte, apareciendo de nuevo la impremeditación del luchador, bajo el gobierno del célebre adalid José Antonio Páez, el formidable "centauro", bajo cuyo comando escribieron una página inmensa de valor, los llaneros, indómitos, bajo el fuego del sol, en las vastas llanuras del Apure.

Duarte, marchita la frente augusta, libre el alma de mancillas va a morar en las Selvas del Río Negro, a orar como el profeta bíblico, por la Patria adolorida; cruzando el océano de nuevo, a pesar de sus quebrantos, cuando llega hasta él la noticia de la anexión, para ofrecer su ayuda, apareciendo ante el Gobierno Provisional de Santiago de los Caballeros, como suprema encarnación del patriotismo. ¡Oh pasiones, no tuvo premio esta acción; con móviles pérfidos, le alejaron los hombres del Gobierno, a tierras extrañas!...

Solo en la muerte tienen estos hombres su gran punto de contacto; ambos mueren en tierras extrañas, Duarte en Venezuela; Núñez de Cáceres, en México, donde fué a residir, decepcionado de Páez; ansiosos de bañar sus almas, en la dulce nostalgia de los atardeceres patrios; escuchar de nuevo

la voz sonora de los bronce llamar a la oración, como en los años de la infancia; saciar sus ojos en la contemplación de los bosques lujuriosos de vegetación, en sus saltos de agua atronadores, orlados de espumas, en las montañas, doradas tenuemente por la luz del sol naciente; volver a henchir sus pechos con el aire cargado de aromas que, en las tibias noches viene de los campos vecinos; besar la tierra, donde duermen su último sueño sus mayores; ambos incomprendidos, infortunados, como cuantos dedicaron sus vidas, a levantar de la abyección, del servilismo, a los hombres;

.....

¡Oh tú, padre de la Patria, Pigmalión sublime que diste vida a la grandiosa concepción de tu mente pura, a costa del bienestar y de la dicha propia; y tú, gran esforzado, poderosa energía hecha hombre, que supiste de la comunión amarga del dolor; si he analizado en vuestras vidas, no lo he hecho con la fría intención del crítico intransigente, sino con la profunda emoción del hijo que se complace, en ir desenvolviendo, ante sus ojos deslumbrados, los grandes hechos, los altos merecimientos de su padre!

(Revista Renacimiento, Nos. 186-188, Sept. 20, 27 y Octubre 4 de 1919)

Junta Directiva
del
Instituto Duartiano

Presidente: Licenciado Pedro Troncoso Sánchez.

Primer Vicepresidente: Lic. Joaquín E. Salazar.

Segundo Vicepresidente: Lic. Porfirio Herrera.

Secretario: Dr. Enrique Patín Veloz.

Tesorero: Dr. Víctor Ml. Soñé Uribe.

Vocales: Dr. Virgilio Hoepelman.

Dr. Antonio Frías Gálvez,

Dr. Julio Jaime Julia,

Lic. Antonio Guerrero Peynado.

Gobernador de la Casa de Duarte:

Dr. Alfredo Mere Márquez.

